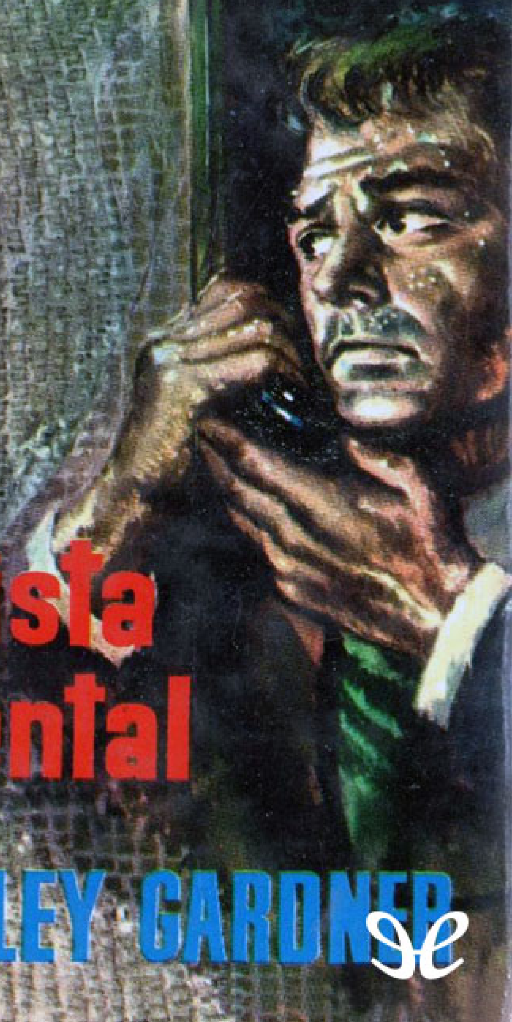


UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

el caso de la chantajista sentimental



ERLE STANLEY GARDNER



Stewart G. Bedford es un rico hombre de negocios que recientemente se ha casado con una mujer mucho más joven. Una mañana Binney Denham lo visita y le solicita un "préstamo"; para no publicar la ficha policial de su esposa. Poco a poco se ve envuelto en un chantaje, que se complica cuando Binney aparece asesinado.



Erle Stanley Gardner

El caso de la chantajista sentimental

Perry Mason - 51

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Gilded Lily*
Erle Stanley Gardner, 1956
Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Stewart G. Bedford entró en su despacho, fue a colgar su sombrero y luego, atravesando la estancia, se dirigió hacia el enorme *secrétaire* de nogal que su mujer le había regalado con motivo de su último cumpleaños; finalmente, se dejó caer en su sillón giratorio.

Su secretaria, Elsa Griffin, había dejado en la mesa el diario de la mañana, doblado de manera tal que la fotografía de mistress Bedford sonreía a su esposo desde el centro de la página.

La fotografía era buena; ponía en evidencia el fulgor característico de la mirada, la vitalidad, la personalidad relampagueante de Ann Roann Bedford.

Stewart G. Bedford se sentía orgulloso, muy orgulloso, de su esposa; a este orgullo se añadía la emoción de la posesión, la conciencia de que él, un hombre de cincuenta y dos años, había sido capaz de casarse con una mujer veinte años más joven y de darle la dicha que irradiaba de toda su persona.

Con toda su riqueza, sus relaciones comerciales, sus amigos influyentes, Bedford nunca había llevado una vida mundana. Hacía unos doce años que había muerto su primera esposa. Después del fallecimiento, el círculo de sus amistades hubiese deseado poder considerar a Stewart G. Bedford como un «excelente partido», pero Bedford no quiso saber nada. Se sumergió en su vida profesional, aumentó su éxito financiero, y extrajo de su fama creciente en el mundo de los negocios la misma clase de orgullo que le hubiese proporcionado un hijo, si hubiese tenido alguno.

Entonces había conocido a Ann Roann, y su vida dio un cambio brusco, del que surgió un noviazgo ultrarrápido y un matrimonio relámpago.

Ann encontró en la nueva posición social que le proporcionaba

su matrimonio, el mismo placer que experimenta un niño con la posesión de un juguete nuevo. Bedford siguió interesándose en sus negocios, pero su actividad profesional había dejado de ser el centro de su vida. Deseaba dar a Ann Roann todo lo que podía hacerle dichosa la existencia, y la lista era larga. Pero a esta generosidad ella correspondía con una gratitud tan espontánea, tan entusiasta, que Bedford experimentaba permanentemente las sensaciones que experimenta un padre indulgente por la mañana del día de Reyes.

Bedford leía el diario cuando Elsa Griffin entró en el despacho:

—Buenos días, Elsa —dijo—. Y gracias por haberme llamado la atención sobre la reseña de la velada, ofrecida por mistress Bedford.

Ella correspondió a su agradecimiento con una en cantadora sonrisa.

Para Stewart, Elsa Griffin tenía las mismas características de comodidad que una prenda interior o un par de zapatillas. Después de quince años de trabajar con él, Elsa conocía todas sus manías, todos sus caprichos, y poseía en grado superlativo el donde leer los pensamientos de su jefe. Bedford la apreciaba mucho; de hecho, después de la muerte de la primera señora Bedford, había habido entre ambos un entreacto romántico. La comprensión discreta de Elsa había influido en la vida de Stewart, quien, en un momento dado, había pensado incluso en la posibilidad de casarse con su secretaria. Pero eso fue antes de su encuentro con Ann Roann.

¡Una mujer que acababa apenas de cumplir los treinta años! Bedford no ignoraba que, desde el día en que se enamoró de Ann Roann, se había portado como un colegial; sabía también el pesar que ello produjo a Elsa Griffin. Bedford se lanzó de cabeza al matrimonio, y Elsa le ofreció sus felicitaciones y sus deseos de dicha; tras de lo cual, se apresuró a volver a su puesto de secretaria perfecta… Si había sufrido (y Stewart estaba seguro de que sí), había tenido buen cuidado en no demostrarlo.

—Tiene usted una visita —anunció Elsa Griffin.

—¿Quién es?

—Un tal Denham. Me ha pedido que le diga que Binney Denham deseaba verle, y que esperaría.

—¿Benny Denham? No le conozco. ¿Cómo es que ha solicitado verme personalmente? Diríjale a uno de los jefes de servicio…

—No Benny: Binney —rectificó Elsa—. Dice que se trata de un

asunto personal y que esperará el tiempo que sea preciso.

Bedford frunció el ceño.

—No puedo estar a disposición de cualquiera. ¡Si tuviese que recibir a todos los sujetos que se presentan con el pretexto de asuntos personales…!

—Lo, sé —dijo Elsa—. Pero este míster Denham… tiene algo… Resulta difícil de explicar… Una especie de insistencia que… En fin, que da un poco de miedo.

—¿Miedo? —repitió Bedford, con aire belicoso.

—No en ese sentido. Pero posee una especie de tenacidad impresionante. Se tiene la sensación de que es mejor ceder. Está ahí sentado en una silla, sin decir nada, sin moverse… y cada vez que alzo la mirada le encuentro contemplándome con una expresión extraña. Más vale que le reciba usted, S. G. Es una especie de intuición.

Bedford cedió.

—Bueno, como quiera. ¿Qué arriesgo? Veré lo que quiere y luego me desharé de él. Asunto personal… ¿No será por casualidad un viejo camarada de estudios que querrá darme un sablazo?

—¡Oh, en absoluto! Tengo la impresión de que se trata de algo importante.

—De acuerdo —repuso Bedford, con una sonrisa—. Me fiaré de su intuición. Liquidémoslo antes de empezar con el correo. Que pase.

Elsa salió del despacho y, poco después, Binney Denham asomó por la puerta con un tímido saludo y una sonrisa de disculpa. Sólo sus ojos no parecían disculparse: tenían una mirada firme que parecía evaluar la situación, como si se tratara de un asunto de vida o muerte.

—Me alegro de que haya aceptado recibirme, señor Bedford —empezó a decir—. Temí encontrar ciertas dificultades. Delbert me había dicho que era preciso que le viese a usted, y que debía esperar basta que lo consiguiera; y cuando se contraria a Delbert, se pone furioso.

Una especie de timbre de alarma se disparó en el cerebro de Bedford.

—Siéntese —dijo—. ¿Quién diablos es Delbert?

—Mi asociado, en cierto modo.

—¿Dirigen el mismo negocio?

—No, no. Soy su colaborador.

—Perfecto. Siéntese y cuénteme lo que le trae por aquí. Pero le agradeceré que sea breve: esta mañana espero varias visitas y he de despachar mucha correspondencia.

—Ciertamente, señor. Muchas gracias, señor.

Binney Denham se adelantó y, apretando el sombrero contra su estómago, fue a sentarse en el borde de una silla colocada a un lado de la mesa.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Bedford.

—Se trata de una inversión —explicó Denham—. Parece que Delbert necesita dinero para montar un negocio. No más de veinte mil dólares, que incluso podrá devolver dentro de unos cuantos…

—¡Pero, oiga! ¿Qué historia es ésta? —estalló Bedford—. Dice a mi secretaria que necesita hablarme para un asunto personal. Yo no le conozco, ni tampoco a Delbert; y no tengo la menor intención de financiar un negocio, cualquiera que sea al precio de veinte mil dólares. Si eso es todo lo que…

—Oh, no me ha entendido usted, señor —protestó el hombrecillo—. Ha de saber que se trata de su esposa.

Bedford sintió que le invadía una ira silenciosa y púsose en tensión, pero el timbre de alarma que había escuchado poco antes, le envió de repente una señal tan estridente que Bedford mostróse lleno de prudencia.

—¿Qué tiene que ver mi esposa en todo esto?

—Bueno, señor, he aquí de lo que se trata. Desde luego, comprenderá que en este momento hay una gran demanda para esta clase de cosas. Esas revistas… sin duda, a usted le gustan tan poco como a mí. Yo incluso me niego a leerlas y estoy persuadido de que usted hace lo mismo, señor. Pero debe de estar enterado de su existencia; y tienen un público considerable.

—Entendido. Y ahora dígame lo que tiene que decir: ¿de qué está hablando?

—Bueno…, naturalmente, casi sería mejor que conociese a Delbert, míster Bedford, para comprender la situación. Delbert es muy tenaz. Cuando quiere algo, lo consigue.

—De acuerdo —interrumpió Bedford, con tono seco—. ¿Y mi esposa? ¿Por qué la mezcla en esto?

—Si he hablado de ella, ha sido sólo porque… Hágase cargo, yo conozco bien a Delbert; y, pese a que no esté de acuerdo con su idea…

—¿De qué se trata?

—Necesita dinero.

—Entendido, necesita dinero. ¿Y qué?

—Ha pensado que usted podría facilitárselo.

—¿Y mi esposa? —preguntó Bedford, mientras contenía la tentación de arrojar del despacho al hombrecillo.

—Naturalmente, se trata de la ficha de su esposa.

—¿La ficha de mi esposa?

—Su ficha policíaca, con huellas dactilares y todo —terminó Denham, con el mismo tono tranquilo y modesto.

Se produjo un silencio glacial. Bedford estaba demasiado acostumbrado a considerar los negocios como una partida de póker para permitir que su rostro mostrase el menor indicio a Denham, y rápidamente hizo marcha atrás. ¿Qué sabía él de Ann Roann, en realidad? Ella había sido la víctima de un matrimonio absurdo del que le desagradaba hablar; una especie de tragedia: su esposo, al suicidarse, había confesado de manera definitiva su propio fracaso. El importe de un seguro había permitido a la joven viuda vivir cierto tiempo y readaptarse a una existencia normal; luego, durante dos años, había viajado por el extranjero y había conocido a Stewart Bedford.

—Pongamos las cartas boca arriba —dijo Bedford, con una voz que no reconoció—. ¿De qué se trata? ¿De un chantaje?

—¡Chantaje! —exclamó el hombrecillo, mostrando todos los signos del horror más sincero—. ¡Oh, Dios mío! ¡No, míster Bedford! ¡Válgame el cielo! Ni el propio Delbert consentiría en hacer algo tan ruin.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Quisiera que me dejase hablarle de la inversión. Estoy convencido de que le parecerá a usted muy segura; y sus veinte mil dólares le serán devueltos en… en seis meses, según dice Delbert. Personalmente, yo más bien diría un año. Delbert es siempre optimista.

—Hábleme de la ficha policíaca de mi esposa —interrumpió Bedford, con voz que se había vuelto áspera.

—Evidentemente, éste es el problema —repuso Denham, con aire de disculpa—. Compréndalo, señor, Delbert necesita *imprescindiblemente* ese dinero y ha pensado que usted podría tal vez prestárselo. Por otra parte, él tiene esa información, desde luego, y sabe que alguna de esas revistas de que le hablaba antes, las paga muy caras. Lo he discutido con él. Estoy persuadido de que ninguna revista le daría veinte mil dólares, pero Delbert piensa que sí, a condición de que la noticia sea verídica…

—¿Lo es? —interrumpió Bedford.

—Oh, desde luego, señor. ¡Desde luego! De lo contrario, ni siquiera me hubiese atrevido a hablar.

—¿Cómo puede demostrarlo?

—Con lo que la policía llama una foto de filiación, y unas huellas dactilares.

—Enséñemelas.

—Preferiría hablar de la inversión, míster Bedford. Verdaderamente, no tenía intención de presentarle las cosas así, pero como me he dado cuenta de que empezaba a impacientarse…

—Enséñeme esos documentos —insistió Bedford.

Apartando la mano derecha del borde de su sombrero, el hombrecillo sacó del bolsillo interior de su americana un sobre marrón muy sencillo.

—Verdaderamente —dijo, con aire apesadumbrado—, no tenía intención de informarle de esta manera.

Alargó el sobre a Bedford. Éste lo cogió y extrajo los papeles que contenía. Si la fotografía no representaba a Ann Roann, entonces era la fotografía más diestramente amañada del mundo… Debía de haber sido hecha unos años antes; era, en efecto, Ann Roann, con aquel fulgor temerario, un poco insolente, en su mirada, con aquella característica inclinación de la cabeza, con su ligera sonrisa; en la parte baja de la fotografía aparecía una serie de huellas dactilares y los números de los artículos del código penal que ella había infringido.

La voz de Denham volvió a sonar, alcanzando a Bedford en el punto a donde le habían conducido sus reflexiones:

—Esos artículos del código penal se relacionan con la estafa a las compañías de seguros, si usted me permite, míster Bedford. Sé que esto le intriga. También me ha intrigado a mí, de manera que

me he informado.

—¿Y qué se supone que ha hecho mi esposa? —preguntó Bedford.

—Ella poseía unas joyas aseguradas. Cometió el error de venderlas antes de declarar que se las habían robado. Cobró el dinero de la compañía de seguros, la cual, más tarde descubrió que las joyas habían sido vendidas y… usted lo sabe tan bien como yo. En tales casos, la policía se muestra muy eficiente.

—¿Y luego? —preguntó Bedford—. ¿Fue condenada a prisión o sólo multada?

—¡Señor! Yo no sé nada —exclamó Denham—. Ni siquiera estoy seguro de que el propio Delbert lo sepa. Tiene usted en sus manos los documentos que él me ha confiado. Decía que iba a enviarlos a esa revista y que la información le valdría dinero. Yo le he dicho que, en mi opinión, actuaba muy estúpidamente y que la revista nunca le pagaría la cantidad que necesitaba para montar su negocio. Además, con franqueza, míster Bedford, estas cosas no me gustan. Detesto esas revistas que destruyen la reputación de la gente, que desentierran errores existentes en el pasado de ciertos individuos. Verdaderamente, esto no me gusta.

—Entiendo —replicó Bedford con frialdad.

Tenía ante sí la fotocopia del texto que describía a su esposa: edad, peso, estatura, color de los ojos, huellas dactilares, clasificación.

De modo que se trataba de un chantaje. Bedford sabía bien lo que debía hacer en tales circunstancias. Hubiese podido sacar a patadas a aquel granuja y entregarlo a la policía; hubiese podido decirle: «Adelante, ¡tiene usted mi bendición! Pero a mí no me sacará ni un céntimo». O también hubiese podido darle cuerda al hombrecillo, telefonear a la policía, explicarle el asunto al inspector especializado en aquellos casos, y que le hubiese prometido liquidarlo todo de manera muy discreta y muy confidencial.

Bedford pagaría a Denham con dinero debidamente marcado; se detendría a Binney Denham y el asunto quedarla zanjado.

Pero, ¿lo quedaría en realidad?

Había entre bastidores aquel misterioso Delbert… Delbert, que aparentemente era quien organizaba el asunto… Delbert, que quería vender su información a uno de aquellos periódicos escandalosos

que surgían como las setas…

O bien aquellos documentos eran falsificados y entonces sus autores caían bajo el peso de la ley, o bien eran auténticos, en cuyo caso Bedford estaba atrapado, sin escapatoria posible.

—Necesito tiempo para examinar esos documentos —dijo en voz alta.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Binney Denham.

Y, por primera vez, su tono tuvo una dureza que obligó a Bedford a alzar bruscamente la mirada: pero ante él sólo estaba un hombrecillo sentado tímidamente en el borde de una silla y apretando el sombrero contra su estómago.

—Bueno, para empezar, quiero verificar los hechos.

—¡Oh! ¿Quiere decir en relación con la inversión? —replicó Denham con una voz que la esperanza parecía reanimar.

—¡Al diablo la inversión! —exclamó Bedford—. Sé de lo que estoy hablando y usted lo sabe tan bien como yo. Ahora, lárguese de aquí y déjeme reflexionar.

—Pero, hubiese querido hablarle de la inversión —insistió Denham—. Delbert afirma que le será devuelto su dinero hasta el último céntimo. Para él se trata únicamente de pedir prestado un capital que le permitirá poner en marcha su negocio, míster Bedford, y…

—Lo sé, lo sé —interrumpió Bedford—. Déjeme tiempo para que reflexione.

Inmediatamente, Binney se puso en pie.

—Discúlpeme de nuevo por haber venido a verle sin haber concertado una cita, míster Bedford. Sé lo ocupado que está usted siempre. Me doy cuenta de que he abusado de su amabilidad. Me marcho.

Bedford le detuvo:

—Un momento, Denham. ¿Cómo podré ponerme en contacto con usted?

Ya en el umbral, Binney Denham dio media vuelta:

—¡Oh!, seré yo el que se pondrá en contacto con usted, señor, si no tiene inconveniente. Y. desde luego, tendré que hablar de ello con Delbert. Buenos días, señor.

Luego, el hombrecillo entreabrió la puerta y se deslizó por la rendija.

Capítulo 2

Aquella noche, Stewart y Ann Roann cenaron solos; Ann Roann sirvió personalmente los combinados en una bandeja de plata que les habían regalado para su boda. Luego se fue al *office*, y Bedford se apresuró a ocultar la bandeja debajo del diván.

La cena discurrió penosamente. Stewart se es forzaba en disimular su nerviosismo. Terminada la comida, subió la bandeja a la biblioteca, la fijó sobre una plancha con ayuda de esparadrapo, a fin de preservar de todo contacto las huellas dactilares que pudiesen haber en el fondo, y, finalmente, lo metió todo en una caja de cartón que recientemente había servido para embalar unas camisas nuevas.

Cuando a la mañana siguiente salía hacia su despacho con la caja de cartón bajo el brazo, Ann Roann hizo unos comentarios a los que él contestó, con un tono que esperaba fuese natural, que el color de las camisas no le había gustado y que se proponía cambiarlas; agregó que pediría a Elsa Griffin que preparara el paquete y lo enviase por correo.

Durante un momento, Bedford creyó percibir en los ojos grises de su esposa un destello de desconfianza; pero Ann no dijo nada más y el beso que dio a su esposa fue una prueba elocuente de la dicha que Stewart había convertido en centro de su vida.

Refugiado en el secreto de su despacho, Bedford enfrentóse con un problema, del que no sabía nada. Antes de subir, había pasado por una tienda de artículos para pintores y había comprado carboncillo y un cepillo. Pulverizó la punta del bastoncillo de carbón y espolvoreó el fondo de la bandeja; tuvo la satisfacción de comprobar que había puesto en evidencia varias huellas dactilares perfectamente legibles.

Sólo le quedaba compararlas con las que figuraban en el

documento que le había dejado el hombrecillo demasiado molesto que deseaba «pedirle prestados» veinte mil dólares. Estaba tan absorto en su trabajo, que no oyó a Elsa Griffin entrar en el despacho. La secretaria estaba junto a él, mirando por encima de su hombro cuando Stewart alzó la mirada y, al verla, se sobresaltó.

—No quiero que se me moleste —dijo con tono irritado.

—Lo sé —contestó ella con voz tranquila y comprensiva—. Pero he pensado que tal vez pudiera serle útil.

—Pues bien, no.

Ella insistió.

—Los detectives emplean otro método: cogen un pedazo de cinta adhesiva transparente y la colocan sobre las huellas que hay que poner en evidencia. Cuando se arranca la cinta, el polvo se pega a la goma, lo que permite manejar la huella y estudiarla a placer sin estropear la huella original.

Stewart Bedford se volvió bruscamente.

—Oiga —dijo—, ¿qué sabe usted y de qué está hablando?

—Tal vez lo haya olvidado, pero ayer, durante su conversación con míster Denham, dejó el intercomunicador abierto.

—¡Vamos!

Ella asintió con la cabeza. Él insistió:

—No me di cuenta. Juraría que lo había cerrado.

Ella hizo un ademán de negación:

—Pues no lo hizo.

—Muy bien. En tal caso, vaya a buscarme cinta adhesiva. Ensayaremos su sistema.

—Ya la he traído —contestó ella— y también unas tijeras.

Con sus largos y hábiles dedos, cortó rápidamente unos pedazos de cinta que colocó en el fondo de la bandeja; luego, tras de haberlos pegado al metal, los arrancó.

—Parece usted muy experta —observó Bedford.

Elsa se puso a reír.

—No me crea si no quiere pero hace tiempo seguí un curso por correspondencia destinado a los aprendices de detectives.

—¿Por qué?

—No lo sé —reconoció con tranquilidad—. Trataba de distraerme, y los problemas de investigación siempre me han apasionado. Pensaba que eso aguzaría mis facultades de

observación.

Con ademán afectuoso, Bedford le palmoteó un hombro:

—Bueno, puesto que es tan experta, coja una silla y venga a sentarse. Veremos lo que podemos descubrir con esta lupa.

Resultó que Elsa Griffin tenía un talento indiscutible: en un cuarto de hora, Stewart Bedford llegó a la deprimente conclusión de que las huellas de la ficha policíaca correspondían línea por línea y sin la menor duda a las cuatro perfectas huellas encontradas en la bandeja de plata.

—Y ahora —dijo a Elsa—, puesto que es usted ducha en eso, ¿qué me aconseja?

Ella meneó la cabeza.

—Es un problema que deberá resolver usted solo, S. G. El día en que empiece a pagar, nunca más terminará.

—¿Y si no pago?

Ella se encogió de hombros. Bedford dirigió la vista a la bandeja, que le devolvió la imagen deformada de su rostro inquieto. Sabía el golpe que representaría para Ann Roann el que saliera de nuevo a la luz un asunto de aquella índole.

Ella estaba llena de vida, de entusiasmo, de alegría. A Bedford no le fue difícil imaginar lo que le sucedería si una revista de escándalo se apoderaba de los documentos. Habría personas que, de manera glacial, expresarían su simpatía y anatematizarían «aquellas horribles revistas». Otros se esforzarían en mostrarse «caritativos» con respecto a Ann Roann. Y otros no vacilarían ni un momento en ponerla en cuarentena, deliberada, fríamente.

Poco a poco, el círculo de sus amistades se restringiría. Ann Roann se vería obligada a pretextar una depresión nerviosa, un crucero por el extranjero. Nunca más volvería, o por lo menos tal como ella hubiese deseado volver.

Elsa Griffin pareció adivinar lo que pensaba Stewart.

—Podría entretener a ese Denham —sugirió—; ganar tiempo, pero también tratar de descubrir quién es. Después de todo, también él debe de tener sus puntos débiles. Una vez leí la historia de un hombre que se encontraba en una situación semejante. No podía permitirse ignorar las amenazas de los chantajistas porque temía que revelasen públicamente lo que sabían de él, pero… En fin, supo arreglárselas… Los chantajistas eran dos, como en su caso.

—Prosiga: ¿Qué hizo el individuo?

—Mató a uno de los chantajistas y se las arregló para que el otro pareciese culpable; éste se azaró y, aunque trató de contar la verdad al jurado, no le hicieron caso y le enviaron a la silla eléctrica.

—Está un poco cogido por los cabellos —observó Bedford—; en una novela pase, pero en la realidad…

—Lo sé. No era más que una novela; pero, estaba tan bien relatada, que parecía verdad. Me impresionó.

Bedford la contempló, estupefacto, al descubrir en el carácter de la joven un aspecto nuevo del que nunca había sospechado la existencia.

—No la imaginaba tan sedienta de sangre, Elsa. ¿Cómo ha llegado a interesarse en estas cosas?

—Leyendo las revistas que publican aventuras policíacas auténticas.

—¿Le gustan?

—Me encantan.

Él la contempló de nuevo.

—Esto me ocupa el cerebro —explicó un poco a la defensiva, pero sin agresividad—. Cuando una mujer vuelve a encontrarse sola, es preciso que haga algo para distraerse.

Stewart apresuróse a bajar la mirada hacia la bandeja, que guardó suavemente en la caja de cartón.

—Sólo nos queda esperar, Elsa —anunció—. Si Denham me telefonea o solicita verme, trate de desanimarlo en la medida de lo posible. Pero si insiste, hágalo pasar, le hablaré.

—¿Y qué hacemos con esto? —preguntó ella, indicando los pedazos de cinta que llevaban las huellas dactilares.

—Destrúyalo —ordenó Bedford—. No se contente con echarlos a la papelera. Córtelos a pedacitos y quémelos.

* * *

Binney Denham no dio señales de vida en todo el día. Finalmente, Bedford se sintió exasperado de tanto esperar. Durante la tarde, llamó por dos veces a Elsa a su despacho.

—¿Seguimos sin noticias de Denham?

Ella meneó la cabeza en ademán negativo.

—Olvídese de lo que le he dicho antes —prosiguió Bedford—, si Denham telefonea, pásemelo en seguida; y si solicita verme, hágalo entrar sin pérdida de tiempo. No puedo soportar más esta espera. Mejor será saber en seguida a qué atenerme.

—Entendido —contestó Elsa.

Pero Binney Denham no telefoneó; y cuando Bedford regresó a su casa aquella noche, estaba en la misma predisposición de ánimo que un condenado a muerte que espera el resultado de su recurso de gracia. Cada minuto se transformaba en sesenta segundos de angustia y de tortura.

Ann Roann llevaba un vestido cuyo escote en punta llegaba hasta muy abajo y terminaba con un motivo bordado que representaba una rana; había ido al peluquero y sus cabellos resplandecían.

Stewart Bedford se sorprendió deseando que, como la víspera, cenaran los dos solos, pero su esposa le recordó que esperaban a unos amigos y que tenía que irse a cambiar.

Llevóse a su habitación la caja de cartón, sacó la bandeja de plata, a la que quitó sus tiras de esparadrapo y consiguió bajarla al *office* sin encontrar a nadie.

La cena, íntima, constituyó un éxito. Nunca Ann Roann había estado tan encantadora, y Bedford observó satisfecho las miradas que le dirigían hombres que, durante años, nunca le habían dedicado una atención especial. Ahora todos le miraban como para descubrir en él alguna cualidad secreta que se les hubiese escapado. Había en sus ojos una mezcla tal de envidia y de admiración, que Bedford se sintió rejuvenecido; y sorprendióse irguiendo los hombros y hundiendo el vientre.

Entonces tuvo lugar la llamada telefónica. El mayordomo anunció que un tal míster D. quería hablar con míster Bedford de un asunto muy importante.

Bedford decidió mostrar mucha firmeza.

—Diga a ese señor que estoy ocupado —contestó—. Que vuelva a llamarme mañana a mi despacho o bien que deje un número de teléfono al que pueda llamarle dentro de una o dos horas.

El mayordomo desapareció con un gesto de asentimiento y, durante un momento, Bedford tuvo la impresión de que había

ganado un tanto. Ya les enseñaría a aquellos chantajistas que él no estaba dispuesto a dejarse manejar como un pelele. Luego el mayordomo regresó.

—Discúlpeme el señor —dijo—, pero míster D. insiste sobre la importancia de lo que debe decirle. Me ha pedido que le explique que su asociado está procediendo a su antojo y que él volverá a llamarle dentro de veinte minutos; es todo lo que puede hacer.

—Muy bien —replicó Bedford, esforzándose en conservar una apariencia tranquila, pese a que el pánico se apoderaba de él—. ¡Ya le hablaré entonces!

No se dio cuenta de la frecuencia de las miradas que lanzaba furtivamente a su reloj de pulsera hasta que vio a su esposa que lo observaba con ojos intrigados. En aquel momento se reprochó el no haber contestado inmediatamente a Denham.

Exactamente veinte minutos después, el mayor domo asomó por la puerta del comedor y desde allí hizo a Bedford un discreto ademán. Esta vez, Bedford se dirigió hacia la puerta, esforzándose en conservar un aire natural, y dijo al mayordomo:

—Gracias, Harvey. Hablaré desde mi despacho, en el primer piso. Cuelgue tan pronto me haya pasado la comunicación.

Luego se disculpó con sus invitados, subió rápidamente la escalera, cerró con cuidado la puerta de su despacho y, cogiendo el aparato, habló:

—¡Dígame! Aquí, Bedford. —Inmediatamente le llegó la humilde voz de Denham.

—Siento muchísimo haberle tenido que molestar esta noche, señor. Pero he pensado que le gustaba estar enterado. Ha de saber que Delbert ha hablado con alguien que conoce al director de esa revista y, aparentemente, no le costaría nada obtener…

—¿Con quién ha hablado? —interrumpió Bedford.

—No lo sé, señor; de veras que no lo sé. Se trata sencillamente de alguien relacionado con la revista. Según él, la revista paga muy bien el material que le sirve de base para sus artículos y…

—¡Vamos, vamos! —exclamó Bedford—. No hay ni una revista de escándalo que estuviese dispuesta a pagar una suma semejante por una información del género que ustedes tienen. Además, si alguna revista publica la historia, la acusaré de difamación.

—Claro que sí, señor, lo sé. Quisiera que pudiese usted hablar

con Delbert. Probablemente le convencería. Tiene el propósito de ir mañana, por la mañana, a ver al director de la revista. Personalmente, estoy convencido de que, cuando el director vea lo que Delbert le ofrece, sólo querrá pagarle una suma irrisoria, pero he pensado que preferiría usted saberlo, señor.

—Escúcheme bien —replicó Bedford—. Portémonos como personas sensatas. Delbert no debe tratar con esa revista. Dígale que con quien tiene que ponerse en contacto es conmigo.

—¡Oh, Delbert no querrá, señor! Le tiene un miedo atroz.

—¿Me tiene miedo?

—Claro que sí, señor. Es por esto que… Hágase cargo. Yo he sido el que primero tuvo la idea de dirigirme a usted. Delbert quería, sencillamente, vender la información a una revista; dice que tratando con usted se corren riesgos y que usted podría atraparlo de una u otra forma. En resumen, no le interesa arreglar el asunto de esta manera. Quiere vender la información a una revista y está dispuesto a aceptar lo que le ofrezcan.

—Escúcheme bien —contestó Bedford—. Su Delbert es un imbécil. No es él quien tiene que enseñarme lo que he de hacer.

—Ciertamente que no, señor.

—No crea que se me puede asustar tan fácilmente.

—Claro está, señor.

—Por otra parte, sé que sus documentos son falsificados. Sé que en este asunto hay algo que no está muy claro.

—Siento mucho enterarme de esto, señor, porque Delbert…

—Un momento —interrumpió Bedford—, y no se sulfure. Le he dicho lo que pienso; pero, por otra parte, estoy decidido a hacer lo que usted y Delbert me piden antes que sufrir todas estas molestias. ¿Está claro?

—Ciertamente, señor, muy claro. Si puedo transmitir a Delbert esta parte de nuestra conversación, su actitud cambiará por completo; por lo menos eso espero. Desde luego, él teme que sea usted demasiado listo para nosotros y que nos tienda una trampa.

—¡Ni trampa ni nada! —exclamó Bedford—. En tendámonos bien: cuando cierro un trato es con la mejor buena fe. Sólo tengo una palabra. Si les digo que no les tiendo ninguna trampa pueden creerme. Ahora diga a Delbert que no se las dé de listo y telefonéeme mañana a mi despacho: nos pondremos de acuerdo

sobre la manera de arreglar las cosas.

—Desdichadamente, me temo que nos veremos obligados a arreglarlo esta misma noche, señor.

—¿Esta noche? ¡Pero es imposible!

—Entonces, tanto peor —replicó Denham—. Si se toma las cosas así…

—¡Espere! —gritó Bedford—. ¡Espere! No cuelgue. Me limito a decirle que esta noche no puedo solucionar esto.

—Pero yo no estoy seguro de poder impedir que Delbert cometa una tontería.

—Voy a darle un cheque —propuso Bedford.

—¡Oh, Dios mío no, señor! ¡Un cheque no! Delbert no querrá ni oír hablar de él. Estará convencido de que usted le tiende una trampa. Tendría que ser dinero efectivo, si entiende lo que quiero decir; tendría que ser dinero que… bueno, dinero al que no se pueda seguir la pista. Delbert es muy receloso y tiene en alta estima su habilidad como hombre de negocios.

—Dejemos de jugar a ladrones y policías —interrumpió Bedford —, y pongámonos de acuerdo sobre la manera cómo vamos a arreglar esto. Mañana por la mañana iré al banco a buscar dinero y usted podrá…

—Un momento, por favor —interrumpió la voz de Denham—. Delbert dice que es mejor dejarlo correr, que no tiene importancia.

—¡Espere, espere! ¡Un momento! —exclamó Bedford.

Podía oír voces al otro extremo de la línea: la de Denham, que parecía insistir, y, por una o dos veces (sin que pudiese estar bien seguro), otra voz, mucho menos amable; después, la de Denham que reanudaba su humilde ronroneo; pero era imposible entender lo que decía.

De nuevo Denham volvió a hablar por el aparato:

—Fíjese en lo que le digo, míster Bedford. He aquí, probablemente, la mejor manera de proceder. Mañana por la mañana va usted a su banco, a primera hora: y saca veinte mil dólares en cheques de viaje. Tienen que ser cheques de cien dólares cada uno. Llévese esos cheques a su despacho y allí yo me pondré en contacto con usted. Lamento haberle tenido que molestar esta noche, míster Bedford; ya le dije a Delbert que no sería muy delicado. ¡Pero si supiese cómo es él! Impaciente y desconfiado

como nadie. En resumen, hago cuanto me es posible y esto me coloca, en una situación muy embarazosa.

—No se preocupe por eso —se oyó contestar Bedford—. Pero, óigame bien. Denham, cuide de que Delbert no cometa una tontería. Tendrán el dinero mañana pero nada de tonterías. No se aparte ni un momento de Delbert.

—Ciertamente, señor. Lo intentaré.

—Perfecto —repuso Bedford—. Hasta mañana.

Oyó que Binney Denham colgaba y, antes de colgar él, sacó un pañuelo del bolsillo para secarse el sudor frio que le humedecía la frente. Fue entonces cuando oyó en la línea el segundo clic; era imposible confundirse.

Tembloroso de aprensión, esforzóse en recordar si, después de haber obtenido la comunicación, había oído al mayordomo colgar el aparato de la planta baja. Nada había percibido en este sentido.

¿Era posible que alguien hubiese escuchado toda la conversación desde la planta baja? ¿Quién?

Y, por lo demás, ¿cuánto tiempo llevaba trabajando con los Bedford aquel maldito mayordomo? Fue Ann Roann quien lo contrató; ¿qué sabía de él?

Y aquel Delbert, ¿quién era? ¿Quién aseguraba a Bedford que existía verdaderamente un Delbert? ¿Quién le aseguraba que se las había sólo con Denham, y con nadie más?

Impulsado por una determinación feroz, Bedford abrió un cajón de su mesa y sacó un 38 de acero azul, de cañón corto, que metió en su cartera de cuero.

«Maldita sea —pensó—, si esos chantajistas quieren dárselas de listos, sabrán con quién se juegan los cuartos».

Luego salió de su despacho y bajó, sin ruido, la escalera; al llegar al último escalón se detuvo bruscamente: Ann Roann estaba en el *office*; había encontrado la bandeja y la sostenía de manera que el fondo quedara iluminado.

La bandeja de plata no había sido lavada y podía distinguirse el débil rastro de las huellas, subrayado por una capa muy delgada de polvo de carboncillo, así como también las señales que habían dejado sobre el metal las tiras de cinta adhesiva.

Capítulo 3

En tanto que estampaba doscientas veces su firma al pie de los cheques de viaje de cien dólares, Stewart G. Bedford sintió que la irritación se apoderaba de él. El banquero, tratando de darle conversación, no había arreglado las cosas.

—¿Viaje de negocios o de placer, míster Bedford?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿No?

—No.

En medio de un silencio embarazoso, Bedford siguió firmando; luego, dándose cuenta de que su actitud sólo serviría para incitar la curiosidad de su interlocutor, añadió:

—En estos tiempos, prefiero tener a mano alguna reserva; algo que pueda convertir en efectivo en cualquier otro momento.

—¡Oh, entiendo! —contestó el banquero, sin añadir nada más.

Bedford se guardó los cheques y salió del banco. Al entrar en su despacho, encontró a Elsa Griffin que le esperaba. Enarcó las cejas con sorpresa.

—Míster Denham le espera junto con una joven —anunció Elsa.

—¿Una joven?

Ella asintió con la cabeza.

—¿De qué género?

—Una muñeca.

—¿Una zorra?

—Es difícil de decir. Pero es verdaderamente encantadora. Rubia, de bonito cutis, piernas espléndidas, ojos grandes y claros, aire estúpido y un poco de perfume. Esto es todo.

—¿Está segura de que no hay nada más?

—Por completo.

—Entonces, hágales entrar —ordenó Bedford—. Dejaré abierto

el intercomunicador para que pueda usted escuchar lo que digamos.

—¿Puedo hacer algo?

—Lo único que podemos hacer es darles el dinero.

Elsa Griffin salió y Binney Denham entró junto con la rubia.

—Buenos días, míster Bedford. Permítame que le presente a Geraldine Corning.

Con un parpadeo, la rubia dijo con voz gutural muy atractiva:

—Gerry para los amigos.

—He aquí lo que sucede —prosiguió Binney Denham—. Va usted a salir con Gerry.

—¿Qué quiere decir con eso de que he de salir con Gerry?

—Que sale usted conmigo —explicó Gerry.

—Óigame —empezó a decir Bedford con tono furioso—, estoy dispuesto a…

La extraña mirada que acababa de aparecer en los ojos de Binney Denham le hizo callar.

—Delbert ha dicho que era preciso que la cosa ocurriera así —explicó Denham—. Ha previsto los menores detalles, míster Bedford. ¡No tiene idea del trabajo que me ha dado! Si tuviésemos que modificar algo de su plan, creo que no conseguiría convencerlo.

—Entendido —contestó Bedford, colérico—. Terminemos de una vez.

—¿Tiene los cheques de viaje?

—Están ahí, en mi cartera.

—¡Perfecto, estupendo! Ya había dicho a Delbert que podíamos contar con usted. Y cuando un hombre empieza a tener miedo, comete actos irrazonables. ¿No opina usted lo mismo, míster Bedford?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —contestó Bedford con sequedad.

—Es cierto. Discúlpeme por haberle hecho la pregunta. Me refería a Delbert: es un tipo extraño, créame.

Gerry dirigió a Bedford una mirada sonriente:

—Creo que sería mejor que nos pusiésemos en camino —propuso.

—¿A dónde vamos? —quiso saber Bedford.

—Gerry se lo explicará. Si me lo permite, bajaré con ustedes en el ascensor y luego me marcharé. Estoy seguro de que todo irá bien.

Bedford pareció vacilar.

—Desde luego —prosiguió Denham—, siento mucho que debamos conducir el asunto de esta manera, y deseo que sepa que yo no tengo ninguna intervención. Yo confío en su palabra, míster Bedford. Pero, para comprenderlo, hay que conocer a Delbert. ¡Es tan desconfiado…! Tiene miedo, ¿entiende? Se da cuenta de que usted es un hombre de negocios muy listo y teme que se haya puesto en contacto con alguien que pueda causarnos preocupaciones. Preferiría venderle la información a la revista. Dice que es perfectamente legal, y que nadie…

—¡Oh, por amor de Dios! —estalló Bedford—. Terminemos con esta comedia. Voy a pagar; tengo el dinero. A ustedes les interesa ese dinero. Y, ahora, marchémonos.

Gerry se le acercó y, rodeando familiarmente con su brazo el de Bedford, dijo:

—Ya lo has oído, Binney: dice que quiere marcharse.

Bedford se dirigió hacia la puerta que conducía al despacho de Elsa Griffin.

—Por ahí no —rectificó Denham con aire de disculpa—. Hemos de salir directamente de su despacho y coger el ascensor.

—Tengo que advertir a mi secretaria de que me marcho —explicó Bedford, en una última tentativa de resistencia—. Ella ha de saber que salgo.

Binney carraspeó.

—Lo siento, señor. Delbert ha insistido mucho sobre este punto.

Bedford se dejó conducir por Geraldine Corning hasta la puerta, que Binney Denham abrió para dejarlos pasar. Luego, los tres tomaron el ascensor y llegaron a la planta baja.

Binney los guió hasta un vehículo, que parecía nuevo, y que estaba estacionado ante el edificio.

—¿Tiene usted confianza en las mujeres que conducen? —preguntó Geraldine.

—¿Conduce bien?

—No demasiado.

—Entonces, ya cogeré yo el volante.

—Tiene mi bendición.

—¿Y Denham?

—Oh Binney no viene. Su trabajo ha terminado. Nos seguirá durante un rato, y eso es todo.

Bedford se sentó al volante; la rubia se colocó graciosamente a su lado. Bedford tuvo que reconocer que era verdaderamente atractiva: las curvas en los lugares adecuados, los ojos, el cutis, las piernas, el vestido: todo era excelente. Y, sin embargo, no acababa de decidir si era estúpida o si desempeñaba una comedia.

—Hasta la vista, Binney —dijo la rubia.

El hombrecillo se inclinó, sonrió, inclinóse de nuevo y volvió a sonreír.

—Buen viaje —dijo en el momento en que Bedford ponía el motor en marcha.

—¿En qué dirección vamos? —preguntó Bedford.

—Todo derecho —replicó la rubia.

Por un momento fugaz, Bedford distinguió a Elsa Griffin en la acera; provista de un lápiz y de una libreta, evidentemente acababa de anotar la matrícula del coche que él conducía. Absteniéndose de mirar directamente a Elsa, Bedford sumergió su coche en el torrente circulatorio.

—Ahora, escúcheme bien —dijo—. Quiero saber a dónde me llevará todo esto.

—¿No tendrá miedo de mí, por casualidad?

—Quiero saberlo.

—Haga lo que se le dice —le aconsejó ella—, y no tendrá problemas.

—No estoy de acuerdo.

—Entonces, demos media vuelta y dejémoslo correr.

Bedford reflexionó un momento y después prosiguió la marcha. Cambiando de posición, la rubia colocó sus pies sobre el asiento, sin tratar en absoluto de ocultar sus piernas.

—Escucha, amigo —empezó a decir—, sería mucho mejor que tú y yo fuésemos buenos compañeros; esto nos facilitaría las cosas.

Bedford no respondió. La rubia hizo una ligera mueca y anunció:

—Soy una persona sociable.

Luego, al cabo de un momento, recuperó su posición primitiva, bajóse la falda hasta las rodillas y dijo:

—Si prefieres ser desagradable, haz como gustes. En el próximo cruce tuerce a la izquierda, gruñón.

Bedford obedeció.

—Ahora a la derecha, por la autopista, y luego coge la dirección

norte —prosiguió la joven.

Bedford deslizó su coche entre los que llenaban la calzada, e instintivamente, comprobó el marcador de gasolina: el depósito estaba lleno. Bedford se dispuso a recorrer un largo camino.

—Tuerce de nuevo a la derecha y deja la autopista en el próximo cruce —ordenó la rubia.

Bedford siguió sus instrucciones. La chica volvió a encoger sus piernas sobre el asiento; después apoyó ligeramente una mano en la espalda de su compañero. En aquel momento, Bedford se dio cuenta de que, por la ventanilla posterior, observaba cuidadosamente los coches que seguían al de ellos. Dirigió la mirada al retrovisor: cuando abandonaron la autopista sólo les siguió un automóvil, que se mantenía a distancia respetuosa.

—A la derecha —dijo Geraldine.

Bedford reconoció al conductor del otro auto: era Binney Denham. Éste continuó siguiéndoles, tan pronto desde cerca como desde lejos, durante todas las vueltas y revueltas que Bedford, según las indicaciones de Geraldine, hizo dar al vehículo. Finalmente, habiéndose asegurado de que nadie les seguía, Denham desapareció y Geraldine Corning anunció:

—Ahora, todo derecho. Ya le diré cuando hay que detenerse.

Se dejaron llevar por el torrente circulatorio, que les condujo fuera de Wilshire. Finalmente, de acuerdo con las instrucciones de la joven, Bedford torció hacia el norte.

—Aminore la marcha —le dijo ella— y vea si puede encontrar un buen hotel.

Mientras ella hablaba, el vehículo pasó ante un motel[1] situado a la izquierda de la carretera, pero tan cochambroso que Bedford pasó sin detenerse. Seiscientos cincuenta metros más lejos, encontró otro que se llamaba *Staylonger*.

—¿Qué le parece éste? —preguntó a su compañera.

—Creo que irá bien. Métase en él. Alquilaremos un pabellón y esperaremos.

—¿Con qué nombres hemos de inscribimos en el registro?

La joven se encogió de hombros.

—Yo estoy aquí para entretenerle hasta que el asunto haya terminado —explicó—. Binney ha pensado que si yo le hacía compañía se sentiría menos nervioso.

—Pero, oiga —replicó Bedford—, soy un hombre casado; no tengo intención de dejarme coger en una trampa.

—Como quiera. Hemos de esperar aquí. Eso es todo. No hay ninguna trampa. Déjese guiar por su conciencia.

Bedford entró; el propietario los acogió con una sonrisa que mostraba unos dientes dorados y no hizo ninguna pregunta.

Bedford firmó «S. G. Wilfred» y dio una dirección de San Diego. Al mismo tiempo contó la historia que acababa de inventar:

—Esperamos a unos amigos que vienen de San Diego —dijo—. Nosotros nos hemos adelantado. ¿Tiene usted un pabellón doble?

—Desde luego —replicó el propietario—. De hecho, tenemos todo lo que usted pueda desear. Sólo que si se inscribe para un apartamento doble, se verá obligado a pagar doble; en tanto que si toma uno sencillo, puedo reservarle el otro hasta las seis, y en aquel momento sus amigos podrán pagar.

—No, lo pagaré yo todo —contestó Bedford.

—Entonces serán veintiocho dólares.

Bedford se disponía a protestar de la enormidad de la suma; pero una ojeada a la rubia que esperaba en el coche le convenció de que más valía no decir nada. Entregó al hombre veintiocho dólares y a cambio recibió dos llaves.

—Son los dos pabellones de la hilera —le dijo el propietario—. Los que tienen entre ellos un garaje doble; los números 15 y 16. Tienen puerta de comunicación.

Bedford le dio las gracias, regresó al coche y lo condujo hasta el interior del garaje.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora, esperaremos —replicó Gerry.

Bedford abrió la puerta de uno de los pabellones, hizo pasar a Gerry y entró él a su vez. Estaba bien: había una cama doble, una pequeña cocina, una nevera y una puerta de comunicación que daba a otro pabellón exactamente igual. Cada pieza incluía también un lavabo y un cuarto de ducha.

—¿Espera visitas? —preguntó Geraldine.

—Ésta es su habitación —replicó Bedford—, la otra es para mí.

La joven le lanzó una mirada de reproche; después dijo:

—¿Tiene los cheques de viaje?

Bedford asintió con la cabeza.

—Entonces, más vale que empiece a firmarlos —le aconsejó ella, indicándole la mesa.

Bedford abrió la cremallera de su cartera y, en el momento de sacar los cheques, distinguió el revólver; lo había olvidado. Rápidamente, colocó la cartera de un modo que la joven no pudiese ver lo que contenía y sacó los fajos de los cheques de viaje. Después, sentándose a la mesa, empezó a firmar.

La joven se quitó la chaqueta, se observó en el espejo con aire experto, se examinó las piernas, se estiró las medias y después, mirando a Bedford por encima del hombro, anunció:

—Creo que voy a refrescarme un poco.

Ella franqueó la puerta de comunicación y metióse en el otro pabellón. Bedford oyó caer agua de un grifo; después una puerta que se cerraba, luego un cajón que se abría y volvía a cerrarse y finalmente la puerta exterior que se abría.

La desconfianza se apoderó de él bruscamente y, dejando su estilográfica, entró en la otra habitación; Geraldine, en ropa interior, estaba ante una maleta abierta. Con aire natural, volvióse hacia Bedford y le preguntó enarcando las cejas:

—¿Ya ha terminado de firmar?

—No —contestó Bedford furioso—. He oído una puerta que se abría y se cerraba y me he preguntado si no se habría marchado sin despedirse. La rubia se rió.

—No —dijo—, sólo había ido al auto a buscar mi maleta. No le abandono —agregó—. Mejor será que termine de firmar. No tardarán en pedirle los cheques.

En la actitud de ella no había ni provocación ni embarazo. Permanecía allí y le observaba, con aire reflexivo; y Bedford, humillado al descubrir la reacción que experimentaba ante la visión de la joven, dio media vuelta y fue al otro pabellón a terminar de firmar los cheques de viaje. Por segunda vez aquel día, firmó doscientas veces seguidas; después acercóse a la puerta de comunicación que había que dado entreabierta.

—¿Está visible? —preguntó.

—Oh, déjese de monsergas y entre —exclamó la chica.

Bedford entró y encontró a Geraldine vestida con una falda de gabardina que realzaba las curvas de sus caderas, con un jersey de color rojo apagado que subrayaba su busto y con un cinturón muy

vistoso que rodeaba su esbelto talle.

—¿Los tiene? —preguntó ella.

Bedford le alargó los cheques. Ella los cogió, comprobólos cuidadosamente uno por uno, para asegurarse de que todos estaban debidamente firmados, y después de lanzar una ojeada a su reloj de pulsera, anunció:

—Voy un instante al coche; espéreme aquí.

Ella salió y cerró la puerta con llave. Sólo en el motel, Bedford sacó de un bolsillo una libretita de la que arrancó una hoja, en la que anotó el número de su teléfono privado que comunicaba directamente con el despacho de Elsa Griffin. Después escribió: «Llamen a este número y digan que estoy en el *Staylonger Motel*». Después sacó de su cartera un billete de veinte dólares, lo dobló por la mitad, lo colocó en medio la hoja escrita y volvió a doblarlo; finalmente se lo guardó todo en el bolsillo de la americana. Entonces se acercó a la maleta de la chica con la esperanza de descubrir algo más acerca de su propietaria; la maleta y el bolso más pequeño, que estaba al lado, eran completamente nuevos y llevaban impresas en letras doradas sobre el cuero las iniciales G. C. Eso era todo.

Oyó pasos en la escalera de madera que conducía a la puerta y, sin ruido, se alejó del equipaje. Poco después la joven abría la puerta.

—Tengo una botella —anunció—. ¿Y si nos bebiésemos un trago?

—Para mí es demasiado pronto —contestó él.

Gerry encendió un cigarrillo, se desperezó voluptuosamente y fue a sentarse al borde de la cama.

—Tendremos que esperar bastante rato —explicó.

—¿Esperar qué?

—Que todo haya terminado, estúpido. Hasta entonces, no puede usted salir, como no sea conmigo.

—¿Cuándo podré volver a ocuparme de mis asuntos?

—Cuando el nuestro esté completamente liquidado. ¡No sea tan impaciente!

Bedford se fue a la otra habitación e instalóse en otra butaca no demasiado confortable. Los minutos parecían transformarse en horas. Finalmente se levantó y dirigióse al otro pabellón. Geraldine

estaba tendida en el diván, con los pies apoyados en una silla y la falda levantada hasta medio muslo.

—No puedo pasar todo el día aquí sin hacer nada —observó Bedford con ira.

—Vamos, gruñón —contestó ella—, pórtese como un ser humano. Todavía nos queda un buen rato. ¿Sabe jugar a las cartas?

—Un poco.

—¿Al gin rummy?

—De acuerdo. ¿A un centavo el punto?

—Como quiera.

Al cabo de una hora, Bedford había perdido veintisiete dólares. Estaba repartiendo los naipes cuando, bruscamente, se detuvo:

—Por el amor de Dios —exclamó—. Dejémonos de andarnos por las ramas. ¿Cuándo saldré de aquí?

—Durante la tarde, después del cierre de los bancos.

—¡Oh, escuche! —exclamó—. ¡Esto es demasiado!

—Tranquilícese —le aconsejó ella—. Y relájese un poco; después de todo, yo también soy un ser humano y me aburro tanto como usted. Ahora ya he entregado la pasta: si complicase la situación, nada podría ganar y sí en cambio perder mucho. Siéntese, quítese la americana y descálcese. ¿Qué le parecería si bebiésemos algo?

Ella fue a buscar cubitos de hielo a la nevera Bedford cedió.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué hay para beber?

—Whisky, solo o con agua.

—Para mí, solo.

—Esto está mejor —manifestó la rubia—. Si no fuese tan gruñón, me gustaría. Hay muchas personas que estarían encantadas de pasar varias horas conmigo. Si cesara de estar enfurruñado, podríamos divertirnos de lo lindo.

Descorchó una botellita de whisky y sirvió dos generosas raciones.

—Es usted verdaderamente bonita —le dijo Bedford—. Tiene una figura perfecta.

—Ya he observado que antes se fijaba en ello.

—La… brevedad de su indumentaria no parecía embarazarla.

—No es la primera vez que me miran así.

—¿A qué se dedica? —preguntó Bedford—. Quiero decir: ¿Cómo se gana la vida?

Gerry sonrió.

—La mayoría del tiempo —explicó— me dan instrucciones y yo las sigo.

—¿Quién da las instrucciones?

—Eso depende.

—¿Conoce a Delbert?

—Sólo de nombre. Lo único que sé es lo que Binney me ha dicho. Debe de tratarse de un chiflado… pero no de un tonto. Es muy nervioso, si entiende lo que quiero decir.

—¿Y Binney?

—Oh, Binney es muy amable, pero insignificante.

—Bueno —prosiguió Bedford—, escojamos un tema de conversación que nos permita hablar. ¿Qué hacía en la vida antes de encontrar a ese individuo?

—Era cómplice.

—¿Cómplice? ¿Quiere decir cómplice profesional?

—Esto es. Iba a un hotel con un hombre, me desvestía y esperaba a que la policía fuese a sorprendemos. ¿Y si hablásemos de usted? —agregó—. Explíqueme de qué asunto se ocupa.

—Resulta bastante complicado —contestó Bedford.

La rubia bostezó.

—Decididamente, es usted virtuoso, ¿eh?

—Estoy casado.

—Juguemos a las cartas.

Jugaron hasta el momento en que Geraldine decidió que tenía ganas de dormir. En el momento en que Bedford se dirigía hacia la otra habitación, ella abrió el cierre de cremallera de su falda.

—¿Cerrará la puerta con llave? —preguntó él.

—Ya está hecho —contestó Geraldine con tranquilidad—. Tengo las llaves. He cerrado desde fuera cuando he ido hasta el coche. No pensará que soy una estúpida, ¿verdad?

—No estaba muy seguro.

—¿No duerme nunca?

—Durante el día, no.

—Tanto peor. En tal caso, sufriremos juntos. ¿Qué prefiere: otra partida de cartas? ¿Otro whisky? ¿Ambas cosas?

—¿No tendría un diario?

—Me tiene a mí. Ellos han creído que esto bastaría para

distraerle. No podían preverlo todo —añadió riendo.

Bedford se fue a su habitación y se sentó. La rubia se reunió con él. Al cabo de un momento, la monotonía de la inactividad hizo que se apoderase de Bedford una somnolencia tal que tuvo que tenderse en la cama. Durante varios minutos, cayó en un sueño ligero.

Una bocanada de perfume seductor le despertó: la rubia, ataviada con un salto de cama vaporoso y semitransparente, estaba junto a la cama y, con un papelito en la mano, contemplaba a Bedford. Éste se incorporó sobresaltado.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Acaba de llegar un mensaje —explicó ella—. Ha habido una dificultad. Nos veremos obligados a quedarnos aquí más tiempo.

—¿Hasta cuándo?

—No lo dicen.

—Tendremos que comer —observó Bedford.

—Ya han pensado en ello. Podemos ir a almorzar fuera. Yo escogeré el restaurante. Usted no deberá separarse de mí bajo ningún pretexto. Ninguna llamada telefónica; si necesita ir al lavabo, hágalo aquí antes de que salgamos, y cuidado, nada de golpes bajos, pues de lo contrario pierde usted su pasta y Delbert vende la información a la revista.

—¿Cómo se han comunicado con usted? —quiso saber él.

La chica sonrió bruscamente.

—Con palomas mensajeras. Yo oculto las mías en el sostén. ¿No se había fijado?

—Bueno, de acuerdo; vayamos a almorzar por ahí.

Bedford se sorprendió al notar la sensación de compañerismo que experimentaba cuando Gerry se instaló a su lado en el coche. Ella se sentó, recogió las piernas y apoyó la rodilla derecha en el muslo de Bedford.

—¿Vamos, guapo?

—Vamos, preciosa.

—Esto está mejor —observó ella con una sonrisa.

Bedford enfiló la carretera y púsose a avanzar lentamente. Acabó por decir:

—Debe empezar a tener apetito.

—Gracias —contestó ella.

El enarcó las cejas con gesto de interrogación. La chica explicó:

—Está usted tratándome como un ser humano. Y ha de saber que lo soy.

—¿Cómo se embarcó con esa gente? —preguntó él bruscamente.

Se produjo un silencio. Al cabo del mismo, Gerry propuso:

—Probablemente porque en la vida una se deja arrastrar. Una vez se ha empezado, la corriente la lleva más y más aprisa hasta el momento en que es demasiado tarde para hacer marcha atrás. Pero esto debe de ser filosofía, y supongo que no es lo que usted esperará de mí, ¿verdad?

Bedford dijo con aire pensativo:

—¿Y por qué se dejan arrastrar al principio?

—Porque una no se da cuenta de que existe la corriente; e incluso suponiendo que se sepa, una cree que más vale dejarse llevar que permanecer sentada en un rincón. ¡Pero no quiero darle una conferencia sobre esto con el estómago vacío!

—Hay un sitio por aquí cerca donde sirven unos solomillos suculentos —dijo Bedford.

Se disponía a estacionar el coche cuando, de repente, cambió de opinión. Cuando alzó la mirada, vio que la joven le observaba con aire medio divertido, medio despreciativo.

—Le conocen en ese sitio, ¿eh? —preguntó.

—He venido otras veces.

—Si le ven en mi compañía, su reputación quedará por los suelos, ¿eh?

—No —contestó él, salvajemente—, y debería usted saberlo, pero, dadas las circunstancias, no me interesa dejar una pista tras de mí. Después de todo, no sé con quién me enfrento.

—En todo caso, conmigo no, puede estar seguro —observó ella —. Y, por lo demás, no olvide que el restaurante lo he de escoger yo. Usted debe contentarse con pagar la cuenta.

Recorrieron otros dos o tres kilómetros y luego llegaron ante un parador.

—Detengámonos aquí —ordenó bruscamente la joven.

Encontraron sitio en un comedor que daba al mar. El aire era tibio, impregnado del olor salino del océano; comieron unos solomillos de tres dedos de grosor, con guarnición de cebollas fritas, cerveza y pan. Después del postre, un coñac y un estomacal. Bedford pagó la cuenta.

—Esto para usted —dijo al camarero, alargándole el billete de veinte dólares doblado en cuatro que contenía el mensaje.

Se levantó, porque le interesaba que Geraldine estuviese lejos cuando el camarero desdoblase el billete. Sabía que acababa de dar un paso por el solo placer de gastar una jugarreta a sus enemigos. Esta sensación fue creciendo cuando él se encontró ya en el coche. Dióse cuenta de que su acción, que no podía servir para nada, amenazaba con estropearlo todo y hacerle perder el beneficio de los veinte mil dólares invertidos en el asunto.

Sin embargo, su raciocinio le decía que los chantajistas no tenían la menor intención de vender los documentos a una revista cuando, sin gran dificultad, habían podido sacarle a Bedford veinte mil dólares. Y cuando más reflexionaba, más seguro estaba de que Delbert era sólo un personaje inventado. La banda se limitaba a Binney Denham y a la rubia.

¿Era posible que aquella rubia de costumbres tan libres fuese el cerebro de la banda? Sin embargo, Bedford, mediante un proceso misterioso, había llegado a ver en ella a un ser humano semejante a sí mismo. Prefería considerarla una buena chica que, Dios sabe por qué circunstancias, había caído en manos del siniestro individuo que era Binney bajo su apariencia de hombrecillo humilde.

El silencio entre Bedford y la chica se había hecho cálido e íntimo.

—Es usted un tipo simpático —le anunció ella— cuando se le conoce mejor. Al principio, una no se siente demasiado halagada, pero supongo que es lo que ocurre con ciertos hombres casados que sólo piensan en su esposa. ¿Hace mucho que están casados?

—Cerca de dos años.

—¿Son felices?

—Hum…

—Todo este asunto está relacionado con ella, ¿verdad?

—Si no le importa, preferiría no hablar de ella.

—Como quiera. Creo que tendremos que regresar al motel.

—¿La avisarán cuando podamos marcharnos?

—Desde luego. Es que se requiere tiempo para liquidar doscientos cheques de viaje si se quiere hacer de una manera adecuada.

—¿Y usted debe mantenerme fuera de la circulación hasta que la

operación haya terminado?

La rubia le observó un momento.

—Más o menos es eso —acabó por admitir—. ¿Cómo se ha encontrado metido en este jaleo?

—Hablemos de otra cosa —contestó él.

—Entendido. Emprenda el camino de regreso. Supongo que, lo mismo que yo, se ha dejado usted llevar por la corriente. Empiezan por decirle lo que debe hacer, y uno cede. Después, cada vez resulta más difícil resistir. En todo caso, por lo que a mí respecta, las cosas han ocurrido así. Pero llega un momento en que hay que volver a subir la pendiente. Le estoy hablando demasiado, y no debería hacerlo. Es malo para el trabajo. A ellos no les gustaría. Sin duda es porque resulta usted un tipo simpático. Siempre ha debido de ser un sujeto cabal. Yo, en cambio, siempre he escogido las soluciones más fáciles; sin duda porque nunca he tenido valor suficiente para erguirme y hacer frente a la situación.

Durante un momento, siguieron rodando en silencio. Finalmente, ella dijo:

—Sólo hay un sistema de escapar.

—¿Para quién?

—Para usted lo mismo que para mí. Había olvidado el aspecto que tiene un individuo correcto.

—Bueno, ¿qué me dice de ese sistema de escapar? —preguntó Bedford.

La chica hizo un ademán negativo y calló bruscamente. Después se acercó a él. El cerebro de Bedford, que hasta entonces había trabajado a marchas forzadas, empezó a tranquilizarse. Bedford había sido un estúpido al colocarse en manos de Binney Denham y del individuo misterioso de quien sólo sabía que se llamaba Delbert. Aquella gente tenía su dinero; en lo sucesivo, no les interesaría que el asunto adquiriese publicidad. Sin duda se portarían bien con él, para poderle sacar más dinero cada vez que lo desearan.

A tal fin, Bedford sabía que tendría que hacer algo, pero también que, durante cierto tiempo gozaría de una tregua que le permitiría organizar un plan de acción.

Llegaban al motel. El coche se metió en sus terrenos. El propietario asomó la cabeza por la puerta, para ver quién llegaba, pareció reconocer el coche y, después de saludar con la mano,

desapareció en el interior del edificio.

—En tanto que Bedford guardaba el coche en el garaje, Geraldine Corning que tenía las dos llaves, abrió la puerta; ambos entraron en la habitación de Bedford. La chica sacó la botella de whisky y el juego de naipes, y luego, de repente, púsose a reír y echó las cartas en la papelera.

—Trataremos de pasarnos sin ellas —anunció—. En toda mi vida me había aburrido tanto. ¡Dios mío! ¡Vaya manera de ganarme la vida!

Fue a buscar cubitos de hielo a la nevera y los puso en los vasos, después sirvió dos raciones de whisky. Seguidamente, dirigióse a la cocina, añadió un poco de agua al contenido de cada vaso, regresó con una cuchara y mezcló las bebidas.

Durante un momento, bebieron en silencio. Después Geraldine se quitó los zapatos, se acarició los pies con las manos, contempló sus piernas con una admiración no disimulada, desperezóse, bostezó, bebió otro sorbo de licor y anunció:

—Tengo sueño.

Seguidamente, con la punta de un pie, aproximó una silla, apoyó en ella las piernas y recostóse en el diván.

—Usted no puede saberlo —dijo—. En la vida de toda mujer hay un momento en que llega a una encrucijada, y esto de una manera tan fácil, tan natural que ni siquiera se da cuenta de lo que le está ocurriendo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Bedford.

—Que usted me ha enseñado una cosa: que no se consigue nada dejándose arrastrar por la corriente. Voy a cambiar de dirección —añadió—. Estoy harta de dejar que otras personas dirijan mi existencia. Hábleme de su esposa.

Bedford se sentó en la cama y colocóse ambas almohadas bajo la cabeza.

—No hablemos de ella —repuso.

—¿Quiere decir que no quiere hablar de ella *conmigo*?

—No, exactamente.

—Lo que quería saber —dijo Geraldine, con tono pensativo—, es cómo está hecha una mujer capaz de inspirar un amor así a un hombre.

—Es una mujer maravillosa —repuso Bedford.

—¡Lo supongo! Lo que quiero saber es cómo reacciona ante la vida y… también quisiera saber lo que Binney sabe de ella.

—¿Por qué?

—¡No tengo ni idea! —exclamó ella—. Había pensado que tal vez pudiese ayudarla.

Echando la cabeza hacia atrás, Geraldine bostezó desmesuradamente.

—¡Dios, mío, qué sueño tengo! —dijo.

Callaron durante un momento. Bedford apoyó la cabeza en los almohadones sorprendióse pensando en Ann Roann; tenía la impresión de que hubiese debido hablar de ella a Geraldine, explicarle la personalidad de su esposa, su vitalidad, el don que tenía de mostrarse espiritual sin ser nunca malévola.

Oyó un ligero suspiro; incorporándose, vio que Gerry se había dormido. También él se sentía extrañamente amodorrado. Empezó a desperezarse de una manera que, dadas las circunstancias, resultaba cuando menos inesperada. Le abandonó la tensión. Sus ojos se cerraron, volvieron a abrirse y, durante un segundo, vio una doble imagen. Tuvo que hacer un esfuerzo para obligarlas a unirse. Incorporóse, sintióse preso del vértigo y volvió a caer sobre la almohada. Entonces comprendió que el whisky estaba drogado. Pero era demasiado tarde para hacer algo. Bedford hizo una débil tentativa para levantarse de la cama: le fallaron las fuerzas y se abandonó a la oleada de sueño que le sumergía.

Tuvo la impresión de que oía voces. Alguien cuchicheaba algo que le afectaba; creyó reconocer un roce de papel que le pareció relacionado con uno de sus problemas personales; trató de despertarse para hacer frente a sus responsabilidades, pero la droga actuaba aún con demasiada fuerza y el silencio volvió a caer sobre él.

Le llegó el ruido de un motor, después el de un tubo de escape… y de nuevo trató de salir de su letargo; pero en vano.

Después de un tiempo que le pareció una eternidad, Bedford empezó a recuperar el sentido. Estaba tendido en una cama, en un motel; esto lo sabía. Hubiese tenido que levantarse. En la habitación había una muchacha; ella había drogado su whisky. Con los ojos cerrados reflexionó sobre aquello durante diez o quince minutos, con pequeños intervalos durante los que volvía a adormecerse. Su

vaso había sido drogado, pero el de la chica también, sin duda. Los dos habían salido; la joven había dejado la botella en la habitación. Alguien debía de haberse introducido en ella y metido la droga en la botella de whisky durante su ausencia Era simpática, la chica. Al principio le había desagradado profundamente, pero después había descubierto que tenía muchas facetas buenas. Ella le había encontrado simpático. Si él la hubiese cortejado, ella no se lo hubiese tenido en cuenta; de hecho, había ocurrido precisamente lo contrario: ella se había sentido herida en su vanidad. Ella había empezado a reflexionar y a pensar en la esposa de Bedford; había hecho preguntas sobre Ann Roann.

El recuerdo de Ann Roann devolvió bruscamente a Bedford toda su lucidez, y le hizo abrir los ojos.

La habitación estaba sumida en la oscuridad, con la excepción de un rayo de luz procedente de la puerta de comunicación. Fuera era de noche. En el momento en que Bedford abandonaba la cama, descubrió un pedazo de papel sujeto con un alfiler a la manga izquierda de su americana. Acercando el papel al rayo luminoso, leyó:

«Operación terminada. Puede usted marcharse. Afectuosamente, Gerry».

Sus ojos se habituaron rápidamente a la luz que procedía de la habitación vecina, y se dirigió a la puerta de comunicación. Iba a gritar: «¿Se puede pasar?», pero se contuvo; después de todo, si Geraldine lo hubiese querido, habría podido cerrar la puerta. Bedford volvió a verla tal como la había encontrado aquella misma mañana: casi desnuda. ¡Aquella muchacha estaba extraordinariamente bien formada! Y no había parecido nada incómoda… Entró en la habitación.

Inmediatamente, vio el cuerpo tendido de costado, en el suelo, la sangre que se había esparcido hasta la alfombra y cuya superficie brillante reflejaba la luz que llegaba de la lámpara de cabecera.

El cuerpo pertenecía a Binney Denham; el hombrecillo estaba bien muerto. Incluso muerto conservaba su aire humilde y parecía disculparse por haber vertido en la descolorida alfombra la mancha de sangre roja que había manado de la herida que tenía en el pecho.

Capítulo 4

Por un instante, Stewart Bedford fue presa del pánico. Volviendo apresuradamente a la otra habitación, cogió su sombrero y su cartera. Después abrió esta última y buscó su revólver: había desaparecido.

Se puso el sombrero, cogió la cartera y, estremeciéndose ante la idea de que tal vez Geraldine le hubiese dejado encerrado, dio vuelta al pomo de la puerta: ésta se abrió sin dificultad.

Bedford observó el gran patio iluminado: los pabellones estaban situados en forma de herradura; cada puerta de entrada, cada garaje, tenía encima una bombilla encendida, lo que daba al motel mayor profundidad. Luego Bedford fue a lanzar una ojeada al garaje correspondiente a los dos pabellones que Gerry y él habían ocupado: el garaje estaba vacío; el coche amarillo había desaparecido.

En el momento de salir en busca de un taxi, Bedford descubrió que no tenía valor para atravesar en toda su longitud aquel patio central demasiado iluminado. El despacho del motel se encontraba a un extremo de la hilera de pabellones, muy próximo a la carretera; había nueve probabilidades sobre diez de que el propietario debería salir y empezaría a hacerle preguntas.

Cerró la puerta del pabellón número 15, el cual rodeó rápidamente y encontróse en el límite del terreno del motel, ante una cerca de alambre de espino. Bedford pasó su cartera al otro lado y luego trató de deslizarse entre los alambres. Éstos estaban muy tirantes, Bedford estaba nervioso y, en el momento en que se creía ya al otro lado, enganchóse el pantalón por la rodilla y sintió cómo el tejido cedía.

Encontróse libre y empezó a atravesar una pradera de suelo desigual. La luz del motel, a sus espaldas, iluminaba lo suficiente

para permitirle evitar los accidentes del terreno.

Llegó a una carretera secundaria que desembocaba en la autopista por la que los autos transitaban en gran número en ambas direcciones. Bedford avanzó rápidamente. Un coche procedente de la autopista aminoró la marcha y, luego, de repente, metióse por la carretera secundaria. Bedford se vio iluminado por los faros y, durante unos segundos, estuvo a punto de ceder al pánico y huir. Después se dio cuenta que aquella actitud sospechosa podía llegar a oídos de la policía lo que tendría como consecuencia la llegada al lugar de un coche patrulla. Adelantó, pues, la barbilla, irguió los hombros y, con aire decidido, dirigióse hacia los faros, esforzándose en conservar el paso regular de un hombre de negocios que, provisto de su cartera, acude a una cita concreta.

Los faros le iluminaron con mayor intensidad; el coche se detuvo a la altura de Bedford, quien oyó que la portezuela se abría.

—¡Stu! ¡Oh, Stu! —exclamó Elsa Griffin.

Bedford se dio cuenta de que ella estaba medio loca de inquietud y, en la oleada de alivio que le invadió al reconocerla, no advirtió que, por primera vez desde hacía cinco años, su secretaria acababa de llamarle por su nombre de pila.

Bedford se metió en el auto.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella.

—No lo sé. Muchas cosas. Temo que estemos metidos en un buen lío. ¿Y cómo es que está usted aquí?

—He recibido su mensaje —explicó ella—. Alguien que afirmaba ser camarero de un restaurante, me ha telefoneado para decirme que un hombre había dejado un mensaje y un billete de veinte dólares…

—Lo sé, lo sé —interrumpió él—. ¿Y qué ha hecho usted?

—He ido al motel y he alquilado un pabellón bajo un nombre falso. He inventado una dirección e invertido los números de mi permiso de conducción; el propietario no ha advertido nada. En seguida he descubierto el automóvil amarillo, del que ya había anotado el número. Es un coche de alquiler.

—¿Y luego?

—He esperado y vigilado, interminablemente. Desde luego, no podía sentarme ante la puerta y permanecer con los ojos fijos en su pabellón, pero estaba sentada un poco más adentro y he dejado

abierta la puerta de manera que ninguna de las idas y venidas que se produjesen desde ese pabellón pudiesen escapárseme, y si el automóvil amarillo hubiese salido, habría estado preparada para seguirlo.

—Prosiga —dijo él—. ¿Qué ha sucedido luego?

—Pues bien, hace aproximadamente una hora y media, el automóvil ha salido del garaje. Yo he subido al mío y lo he seguido. No desde muy cerca, evidentemente, pero lo bastante para no perderlo de vista en la autopista. Hemos recorrido tres kilómetros antes de atreverme a avanzar lo suficiente para comprobar que la rubia iba sola en el coche. He dado media vuelta y he estacionado el coche; y créame, acabo de pasar una hora de martirio. No sabía si le habría sucedido algo; sentía deseos de ir hasta su pabellón, pero tenía miedo. He descubierto que, por la ventana del cuarto de baño, podía percibir la puerta de su garaje y la de los dos pabellones; de modo que, me he quedado allí vigilando. Después le he visto salir y rodear el pabellón. He pensado que tal vez quisiera salir a la carretera por detrás y, no viéndole asomar, he comprendido que debía de haber franqueado la cerca. Rápidamente he saltado a mi coche y me he dirigido a esta carretera lateral.

—Estamos metidos en un buen lío, Elsa —anunció Bedford—. En ese pabellón hay un muerto.

—¿Quién?

—Binney Denham.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Me temo mucho que haya recibido una bala de revólver y que vayamos a tener muchas preocupaciones. Anoche guardé mi revólver en la cartera, después de la llamada telefónica, y lo llevaba conmigo.

—Oh —dijo ella—, es lo que me temía. Me figuraba que podía ocurrir algo por el estilo.

—¡Eh, espere, un momento! —exclamó Bedford—. ¡No he sido yo quien lo ha matado! Yo no sé nada: estaba durmiendo. La chica me había hecho beber un vaso de whisky drogado; pero no creo que sea culpa de ella; alguien ha debido entrar en el pabellón y drogar toda la botella.

—En todo caso —replicó Elsa Griffin—, he pedido a Perry Mason, el abogado, que le espere en su bufete.

—¿Cómo se le ha ocurrido esta idea? —exclamó Bedford, sorprendido.

—Una especie de intuición. Sabía que había algo que no había salido bien. Poco después de marcharse usted, he telefoneado a míster Mason para explicarle que se encontraba usted en dificultades, que no podía explicárselas por teléfono, y le he preguntado si había algún lugar donde pudiera ponerme en contacto con él, a cualquier hora del día o de la noche… En resumen: le está esperando.

Stewart Bedford dio unas palmaditas en la espalda de Elsa:

—¡La secretaria modelo! —exclamó—. Bueno, vamos allá.

Capítulo 5

Eran más de las diez de la noche. El célebre abogado Perry Mason estaba sentado en su despacho, junto a su fiel secretaria, Della Street, que ocupaba una butaca próxima a la mesa de él.

Masen consultó el reloj:

—Vamos a concederles hasta las once —anunció—; después, nos marcharemos.

—¿Has hablado con la secretaria de Stewart G. Bedford?

—En efecto.

—Si lo he entendido bien, se trata de un asunto muy grave, ¿no?

—Ella me ha dicho que la cuestión monetaria no debía representar un obstáculo, que míster Bedford necesitaba verme esta noche, pero que, antes de traérmelo, debería localizarlo… Un momento. Della: ahí viene alguien.

Se oyó llamar suavemente a la puerta que daba al vestíbulo. Della Street fue a abrir.

Elsa Griffin y Stewart Bedford pendraron en el despacho.

—¡Gracias a Dios que todavía está aquí! —exclamó Elsa—. Hemos venido tan aprisa como hemos podido.

—¿Qué sucede, Bedford? —preguntó Mason, estrechándole la mano—. Creo que los dos conocen ya a mi secretaria, Della Street. ¿De qué se trata?

—No creo que haya motivos para que nos salgan canas —replicó Bedford, en un esfuerzo evidente de mostrarse de buen humor.

—No es esta mi opinión —intervino Elsa Griffin—. Podrán localizarle a causa de los cheques de viaje.

Mason les indicó unas butacas.

—¿Y si se sentasen y me contasen toda la historia, empezando por el principio? —propuso.

—Tenía un negocio con un hombre al que conozco bajo el

nombre de Binney Denham —replicó Bedford—. Tal vez no sea el suyo verdadero. Este individuo ha sido asesinado esta noche en un motel.

—¿Lo sabe la policía?

—Aún no.

—¿Y cómo es que usted sí lo sabe?

—Ha visto el cadáver —explicó Elsa Griffin.

—¿No se lo ha comunicado a nadie?

Bedford denegó con la cabeza.

—Hemos pensado que sería conveniente consultarle —aclaró Elsa.

—¿Qué clase de negocios tenía usted con Denham? —inquirió Mason.

—Es un asunto privado —contestó Bedford.

—Explíquese.

—Ya le he dicho que es un asunto privado. Ahora que Denham ha muerto, no hay motivos para…

—¿De qué negocio se trataba? —repitió Mason, por tercera vez.

—Era un chantaje —contestó Elsa Griffin.

—Es lo que me figuraba —dijo Mason, con aire sombrío—. Vamos, cuénteme, y no me oculte nada: quiero la versión íntegra.

—Explíqueselo, S. G. —intervino Elsa—, o lo haré yo misma.

Bedford frunció el ceño y, tras unos momentos de reflexión, contó la historia de cabo a rabo. Incluso mostró la ficha policíaca de su esposa, con su descripción y sus huellas dactilares.

—Me han dejado esto —explicó, entregándoselo todo a Mason.

El abogado estudió la fotografía.

—Desde luego —observó—, usted sabe que se trata de la foto de su esposa, pero nada le dice que sean sus huellas dactilares. Después de todo, puede tratarse de una falsificación.

—No —replicó Bedford—; son, efectivamente, sus huellas.

—¿Cómo lo sabe?

Bedford le explicó cómo había efectuado la comprobación.

—Será preciso que comunique a la policía la noticia del asesinato —le hizo observar Mason.

—Y si no lo hago, ¿qué ocurrirá?

—Sufrirá graves contratiempos —repuso Mason—. Miss Griffin, va usted a ir a una cabina telefónica y llamará a la policía; no diga

quién es. Limítese a advertirles que hay un cadáver en el pabellón número 16 del *Staylonger Motel.*

—Más valdrá que sea yo quien me encargue de ello —dijo Bedford.

—No —objetó Mason—; quiero que dé el aviso una voz femenina.

—¿Por qué?

—Porque descubrirán que era una mujer la que ocupaba ese pabellón.

—Y después, ¿qué hacemos? —preguntó Bedford.

Mason consultó su reloj y dijo:

—Ahora deberé esforzarme en sacar de la cama a Paul Drake, de la Agencia de Detectives Drake, para encargarle este asunto; y no puedo decírselo todo, porque podría resultar peligroso. ¿Cuál es la matrícula del auto amarillo?

Elsa Griffin se lo leyó:

—CXY 221.

Mason llamó a Paul Drake a su número particular. Cuando oyó que su interlocutor contestaba con voz somnolienta, le dijo:

—Paul, tengo un trabajo para ti; un trabajo que va a requerir tu esfuerzo personal.

—¡Señor! —protestó Drake—. ¿Es que tú no duermes nunca?

Mason prosiguió:

—La policía está a punto de descubrir un cadáver en el *Staylonger Motel*, junto a la costa. Quiero conocer todos los aspectos y detalles del asunto.

—¿Qué quieres decir con este «está a punto de descubrir»?

—Que los minutos son preciosos —replicó Mason—. He aquí también el número de matrícula de un automóvil. Se trata sin duda de un coche de alquiler. Tienes que descubrir el lugar donde se encuentra, quién lo ha alquilado, y si tal persona lo ha devuelto; y, en este caso, a qué hora exactamente. Espera, hay algo más: tienes que procurarte los servicios de alguien que esté por encima de toda sospecha: de preferencia, una mujer, y que sea capaz de expresar la inocencia más absoluta. Quiero que esa mujer alquile el coche tan pronto como sea posible.

—¿Y luego qué tiene que hacer?

—Conducirlo a un lugar donde mi criminalista pueda

examinarlo detalladamente, para hacer desaparecer cabellos, briznas de tejido, manchas de sangre, armas, huellas dactilares…

—¿Y luego?

—Luego, esa mujer deberá irse a la montaña, mañana a primera hora, para buscar tierra para su jardín; que llene el coche de cajas de cartón conteniendo tierra, y que compre carne congelada para aprovisionar su nevera.

—En otras palabras —observó Drake—, quieres que borre todos los indicios que hayan podido quedar en el coche.

—Oh, en absoluto —replicó Mason—. ¡Nunca se me ocurriría hacer una cosa semejante, Paul! Por lo demás, ¿qué rastros quieres que borre desde el momento que mi criminalista habrá pasado por el coche antes que ella?

Drake reflexionó un momento y luego contestó:

—Muy bien. ¿A quién quieres como criminalista?

—Si puedes atrapar el automóvil, trata de conseguir al doctor Leroy Shelby.

—¿Debe estar el enterado?

—Debe descubrir todos los rastros que haya en ese coche —repuso Mason.

—De acuerdo —contestó Drake, con tono cansado—. Voy a ponerme a trabajar.

—Y cuidado —insistió Mason—. Llevamos un poco de ventaja a la policía; pero tal vez no mucha. Es posible que, de aquí a mañana por la mañana, tengan ya el número de matrícula de ese coche. Si es preciso, saca de la cama al doctor Shelby.

—Preguntarán al doctor Shelby por cuenta de quién trabaja.

—Seguramente. Ahí es donde tú intervienes.

—Y entonces la policía se me echará encima como un solo hombre.

—¿Y qué?

—¿Qué le digo yo a la policía?

—Dile que trabajas para mí.

—¿Puedo contestar esto? —preguntó Drake, con tono de alivio.

—Claro —confirmó Mason—, pero no pierdas tiempo.

Colgó el aparato y dijo a Bedford:

—Ahora tiene usted que hacer una cosa: regresar a su casa y persuadir a su esposa de que regresa de un consejo de

administración o de una reunión de negocios. ¿Cree que podrá convencerla?

—Si está ya acostada, es posible —dijo Bedford—. Cuando tiene sueño, es menos curiosa.

—En tal caso, le felicito —observó Mason, secamente—. Trate de indicarme el lugar donde yo pueda llamarle mañana por la mañana. Si alguien quiere hacerle preguntas, dígale que me las haga a mí. Por otra parte, sin duda querrán tener una explicación con esos cheques de viaje. Conteste que se trata de un asunto demasiado confidencial para poderlo explicar. Que me pregunten a mí.

Bedford hizo un ademán de comprensión y luego salió del despacho de Mason. Elsa Griffin se disponía a seguirle, pero Mason la detuvo.

—Concédale un poco de ventaja —aconsejó.

—¿Qué tengo que hacer, después de telefonear a la policía?

—Por el momento, métase en algún rincón y quédese en él.

—¿Puedo volver aquí?

—¿Para qué?

—Me gustaría saber lo que ocurre. Usted esperará aquí, ¿verdad?

Mason asintió con la cabeza.

—Procuraría no molestarle, y tal vez pudiese ayudarle con el teléfono y otras cosas por el estilo.

—Entendido —contestó Mason—. ¿Sabe lo que debe decir a la policía?

—Hablarles del cadáver, y nada más.

—Exactamente.

—Después, desde luego, querrán saber quién está al aparato.

—No se preocupe de lo que quieran saber —dijo Mason—. Hábleles del cadáver. Si la interrumpen para hacer una pregunta, no se deje intimidar: es un viejo truco. Siga hablando. Cuando empiece a hablarles del cadáver, la escucharán Cuando lo haya dicho todo, cuelgue inmediatamente.

—Entendido; seguiré sus instrucciones.

—Esto es —confirmó Mason.

Ella se deslizó hacia el vestíbulo y cerró la puerta a sus espaldas.

Della Street miró a Mason:

—Adivino que necesitaremos café, ¿no?

—Café, pastas, salchichas y patatas fritas —replicó Mason; luego añadió con un escalofrío—: ¡Qué horror meterse una mezcla así en el estómago a estas horas!

Della Street sonrió:

—Ahora sabremos lo que experimenta Paul Drake. Es una compensación equitativa. Por lo general, nosotros estamos en el restaurante comiendo solomillos en tanto que Drake come salchichas en su despacho.

—Y bicarbonato.

—Y bicarbonato, en efecto. Voy a telefonear al restaurante de abajo para que nos suban todo eso.

—Saca el termo grande que hay en la biblioteca —aconsejó Mason—. Y hazlo llenar de café: es posible que no nos acostemos en toda la noche.

Capítulo 6

A la una de la madrugada, Paul Drake llamó a la puerta del despacho de Mason. Della Street le hizo pasar.

Paul Drake se aproximó al mullido butacón reservado para los clientes, se instaló en su posición favorita —con las piernas por encima de uno de los brazos— y anunció:

—A partir de este momento, estaré en mi despacho, Perry. Tengo hombres sobre la pista. He pensado que te gustaría saber de qué se trata.

—Adelante —contestó Mason.

—Primero la víctima. Un tal Binney Denham. Nadie parece saber a qué se dedicaba. Tenía una caja en uno de esos bancos que permanecen abiertos las veinticuatro horas del día; la caja estaba a su nombre, conjuntamente con el de otro individuo, un tal Harry Elston. Ayer noche, a las nueve cuarenta y cinco, Elston se presentó en el banco y fue a visitar su caja; llevaba con él una cartera. Nadie sabe si guardó algo en ella o si, por el contrario, sacó algo. A estas horas, la policía ha sellado la caja. Un funcionario de Hacienda, encargado del impuesto sobre la herencia, debe ir mañana por la mañana y en aquel momento abrirán la caja. Te apuesto a que la encuentra vacía.

Mason asintió con la cabeza.

—Aparte de esto, nada se ha podido descubrir. Denham no tenía cuenta bancaria y en el mundo de los negocios no se descubre ningún rastro que llegue hasta él; sin embargo, vivía y gastaba bastante dinero, siempre en efectivo.

»Así que se abran las oficinas, la policía va a informarse en el departamento de impuestos sobre la renta.

»Ahora, el coche: Procedía de una casa de alquiler. He tratado de alquilarlo, pero la policía tenía ya la matrícula; habían

telefoneado y el coche no puede moverse ya.

—¿Quién lo había alquilado, Paul?

—Un individuo sin señas características, provisto de un permiso de conducción procedente de Oklahoma. Las características del permiso estaban anotadas en el contrato de alquiler. La policía las ha comprobado: todo era falso, tanto el nombre como la dirección.

—¿Un hombre o una mujer?

—Un hombrecillo incoloro. Nadie parece recordarlo con claridad.

—¿Qué más?

—Por lo que concierne al motel, la policía parece haber obtenido varias descripciones bastantes precisas. Aparentemente, los dos pabellones estaban ocupados por un fulano y una zorra. El fulano ha asegurado que esperaba a otra pareja y ha alquilado un pabellón doble con puerta de comunicación. Mientras el hombre se inscribía en el registro, la chica ha permanecido en el auto. El dueño del motel no la ha visto muy bien, pero ha sacado la impresión de que era una rubia, de bonito cutis y con ese algo indefinible que señala a la prostituta. El individuo parecía algo asustado. Tenía tipo de hombre de negocios. He obtenido una buena descripción de él.

—Te escucho —dijo Mason.

—Cincuenta a cincuenta y cuatro años. Traje gris. Estatura: un metro setenta. Peso, unos setenta kilos. Ojos grises. Nariz bastante larga y recta. Boca ancha, firme. Llevaba sombrero gris, pero parecía tener mucho cabello; sin canas, con excepción de las sienes.

Ante la precisión de esta descripción, Elsa Griffin no puedo contenerse y dirigió a Perry Mason una mirada de estupefacción. El rostro impasible del abogado la advirtió de que debía, callar.

—¿Nada más, Paul? —preguntó el abogado.

—Sí. Ha llegado una mujer joven y ha alquilado el pabellón 12; una chica bastante bonita, morena, delgada, de aspecto tranquilo, de treinta a treinta y cinco años.

—Prosigue.

—Se inscribió, entró y volvió a salir; todavía no ha regresado.

—¿Qué pinta ella en esta historia? —preguntó Mason.

—No parece nada sospechosa —admitió Drake—. Pero el dueño dice que ha sorprendido a una mujer que registraba ese mismo

pabellón número 12. Una mujer de treinta a treinta y dos años. Según parece, se trata de una mujer estupenda, de línea admirable, de piernas largas, en fin, un chasis de lujo; cabellos oscuros, ojos grises. Estaba examinando el pabellón 12. El dueño la ha sorprendido en el momento en que ella salía ya. No estaba inscrita y el dueño ha querido saber lo que hacía allí. Ella le ha contestado que estaba citada con una amiga, pero que ésta no estaba en casa; y como la puerta no estaba cerrada con llave, entró, sentóse y aguardó cerca de una hora.

—¿Tenía coche?

—Es ahí donde la cosa aparece sospechosa: debía haber estacionado su auto a dos o tres manzanas de distancia, y había ido a pie. No hay ninguna línea de autobús que deje a menos de seiscientos metros del hotel, y esa gachí iba hecha un brazo de mar, con tacones altos y todo.

—¿Y examinaba el pabellón 12?

—Sí. Es la única cosa extraña que ha observado el dueño del motel. Debían de ser alrededor de las ocho. La cliente del pabellón 12 se había inscrito unas dos horas antes y después se había marchado en coche.

»El dueño ha creído las palabras de la otra mujer y no ha pensado más en ello. Pero cuando la policía le ha pedido que recordara si había ocurrido algo especial, pensó en ella.

»La policía no parece conceder importancia a este detalle; por lo menos, de momento.

»El dueño recuerda haber visto salir el vehículo amarillo; hacia las ocho, le parece; no está seguro, pero tiene la impresión de que la rubia iba al volante y de que no iba nadie más en el vehículo. Lo que ha hecho que la policía piense que tal vez la rubia se haya marchado del motel antes del asesinato. No se puede afirmar con precisión a qué hora ha sido muerto el hombre.

—¿De un disparo de revólver? —preguntó Mason.

—¡Exacto! Una bala del 38. El sujeto la ha recibido en la espalda. La píldora le ha atravesado el corazón y el individuo ha muerto casi instantáneamente.

—¿Cómo saben que le han disparado por la espalda? —objetó Mason—. Todavía no se ha efectuado la autopsia.

—Han encontrado la bala —explicó Drake—. Ha atravesado el

cuerpo por completo, pero no ha perforado la parte delantera de la americana; cuando han desplazado el cadáver, la bala ha caído. Es algo que ocurre mucho más a menudo de lo que te figuras. La carga de pólvora que contiene el cartucho del 38, basta apenas para hacer que la bala atraviese el cuerpo de la víctima, y, si la ropa ofrece cierta resistencia, la bala se queda en ella.

—¿Y en qué estado está la bala? ¿Lo sabes, Paul? ¿Muy aplastada, o bien…?

—Si lo he entendido bien, está en bastante buen estado. La policía está casi segura de encontrar las suficientes características que le permitan la identificación del arma, si consiguen echarle mano.

»Pero déjame proseguir, Perry. La policía cree que si la rubia se ha marchado sola es, tal vez, porque Denham se presentó y se peleó con el amigo de la rubia. Éste se había inscrito bajo el nombre de S. G. Wilfred y había dado una dirección de San Diego. Tanto la dirección como el nombre, son completamente falsos.

—Está bien. ¿Y luego?

—Pues bien, la policía ha pensado que si ese sujeto, a quien llamaremos Wilfred, se ha cargado a Denham en el curso de una pelea por causa de la rubia, y después se ha encontrado sin auto en el motel, es posible que haya tratado de largarse por detrás. Por lo tanto, se ha puesto a buscar si había dejado algún rastro, y ha descubierto que había pasado por entre una cerca de alambre de espino en el que se había desgarrado la ropa; ha encontrado algunas fibras de lana enganchadas en el lugar por donde ha atravesado la cerca. Un buen trabajo.

—¿Y los rastros? —preguntó Mason.

—Se está sacando el molde de las huellas de sus pasos. La policía las ha seguido al otro lado del alambre de espinos a través de una pradera, hasta una carretera secundaria. Opinan que el sujeto habrá salido probablemente a pie hasta la autopista y que allí ha hecho un «auto-stop» para llegar hasta la ciudad. La policía va a difundir una llamada dirigida a todos los que hayan cargado a algún «autostopista», para que den su descripción.

—Bien —murmuró Mason con tono pensativo—. ¿Qué más, Paul?

—El cacharro amarillo ha sido devuelto a la agencia de alquiler.

Una joven estacionó el coche en el aparcamiento de la agencia, se dirigió hacia las oficinas y después parece haber desaparecido. Desde luego, ya sabes cómo ocurren esas cosas: la persona que alquila un auto deja un depósito de cincuenta dólares, y la agencia que le ha alquilado el coche no se ocupa de los vehículos que regresan. Corresponde al cliente presentarse y reclamar su depósito; los alquileres por un día nunca cuestan cincuenta dólares.

—¿Tiene la policía el coche en su poder?

—Desde hace muy poco. Han encargado a un experto, que busque todas las huellas que puedan encontrarse y, por lo que me ha parecido entender, han hecho una buena pesca; desde luego, las huellas descubiertas en el auto son las mismas que las que aparecen en los pabellones quince y dieciséis.

—En resumen, que muy pronto van a tener pruebas bastante precisas, ¿no? —observó Perry Mason.

—¿Muy pronto? ¡Querrás decir que las tienen ya! —repuso Drake—. Todo lo que les falta es el hombre cuyas huellas correspondan a las que han descubierto; pero confía en ello: le pescarán.

—¿Cuándo?

Por un momento, Drake cerró los ojos y se concentró; después declaró:

—Te apuesto a que le habrán cogido antes de las diez de la mañana; y diez contra uno a que a las cinco de la tarde es cosa hecha.

—¿Qué te propones hacer ahora?

—Tengo un diván en el despacho; voy a descabezar un sueñecito. Tengo a mis hombres en todas partes, reuniendo todos los indicios que puedan aparecer.

—Muy bien —dijo Mason—. Si ocurre alguna cosa, avísame.

—¿Dónde podré encontrarte?

—Aquí mismo.

—¡En este asunto debes de tener un cliente de gran importancia! —observó Drake.

—No te fatigues el cerebro haciendo conjeturas —le aconsejó Mason—. Dedícate a tu trabajo y nada más.

—Gracias por el consejo —replicó Drake; y, se seguidamente, se marchó.

Mason se encaró con Elsa Griffin.

—Aparentemente —le hizo observar—, nadie la ha encontrado a usted sospechosa.

—Pero esa descripción de la inquilina del pabellón 12, era muy precisa —contestó ella.

—¿Quiere volver allá?

Elsa, bruscamente, pareció muy alarmada:

—¿Regresar? ¿Para qué?

—Como sabe —le explicó Mason—, Bedford me ha dicho que usted le había ayudado a revelar las huellas que había en la bandeja de plata. ¿Querría regresar al motel y volver al pabellón 12? Es posible que el dueño quiera asegurarse de que todo va bien; deshágase de él contándole algo, cualquier cosa, y luego dedíquese a buscar todas las huellas que puedan encontrarse en los pomos de las puertas, los cajones, etc. Y tráigamelo todo.

—Pero, imagine… imagine que el dueño del motel sienta sospechas y compruebe el número de mi permiso de conducción; cuando me he inscrito he invertido las cifras.

—Éste es un riesgo que hay que correr.

Elsa meneó la cabeza:

—No creo que esto fuese conveniente para míster Bedford. Si alguien me identificase, muy pronto llegarían hasta él.

—Al punto a que han llegado las cosas, lo que sobran son detalles que permitan llegar hasta él —le hizo observar Mason—. Paul Drake tiene razón: es posible que la policía le haya identificado antes de las diez de la mañana; y a las cinco de la tarde la cosa estará, sin duda, hecha. Hay en circulación doscientos cheques de viaje provistos de su firma, y Binney Denham era el beneficiario. Durante el día, la policía llegará hasta el origen de estos cheques de viaje, encontrará a Bedford y comprobará sus huellas dactilares.

—¿Y luego?

—Luego, nos encontraremos con una acusación de asesinato; después celebraremos el juicio.

—¿Y entonces?

—Entonces, corresponderá al Tribunal demostrar que Bedford es culpable, sin duda posible, del asesinato de Denham. ¿Cree usted que él es el asesino?

—¡Ciertamente que no! —protestó ella con brusca vehemencia.

—Eso me figuro —replicó Mason—. Tiene su versión del asunto; tiene también el mensaje que le habían dejado prendido en la manga de su americana y que ha encontrado al despertarse.

—Pero, y si le preguntan por qué no ha advertido a la policía cuando ha encontrado el cadáver, ¿qué excusa podrá dar?

—Ha advertido a la policía —rectificó Mason—. La ha advertido usted, pero ha sido él quien se lo ha ordenado. Ha hecho cuanto ha podido para poner a la policía al corriente sin complicarse en el asunto. Por lo demás, ha obrado mal tratando de evitar toda publicidad en el asunto, a causa de que se las había con un chantajista.

—¿Cree usted que si regreso al motel y busco las huellas dactilares en el pabellón 12, puede conseguirse algo?

—Es cuestión de suerte —repuso Mason—. Por lo que me ha dicho Drake, no parece usted nada sospechosa. El dueño del motel hará todo lo posible para que no se moleste a los clientes de su establecimiento y, dentro de sus medios, se esforzará en concentrar todo el asunto en los pabellones 15 y 16. Bébase un combinado y vierta un poco en su *écharpe* para que parezca que ha bebido con exceso. Regrese a su pabellón como si nada hubiera ocurrido. Si el propietario acude a decirle que una mujer ha entrado en su pabellón, contéstele que ya lo sabía, que se trata de una amiga suya que debía venir a verla y a la que usted había dicho que entrase para esperarla; que se ha retrasado usted y que no ha podido llegar a tiempo de ver a su amiga.

»Quisiera tener las huellas de la persona, quienquiera que sea, que ha entrado en su pabellón; pero ante todo, lo que quiero es que haga desaparecer todas las huellas que usted haya podido dejar allí. Una vez las haya puesto en evidencia, coja jabón y agua caliente, y realice una limpieza a fondo del pabellón. Que no encuentren nada que pueda incriminarla.

—¿Por qué? —quiso saber Elsa.

—Porque, si más tarde, a la policía se le ocurre que hay algo extraño en la historia de la inquilina del pabellón 12, y empieza a buscar sus huellas, no encontrará las de usted.

»¿No se da cuenta de que si no regresa usted esta noche, provocará precisamente las sospechas que trata de evitar? Si su pabellón permanece vacío, el propietario avisará a la policía, que

verá en ello otra circunstancia sospechosa.

—Entendido —contestó ella—. Me marcho. ¿Dónde puedo encontrar lo que necesito para obtener las huellas?

—Tengo aquí lo necesario —contestó Mason, con una sonrisa—. Cójalo, puesto que parece que sabe utilizarlo.

—En efecto —confirmó Elsa—. No me crea si no quiere, pero seguí un curso por correspondencia para convertirme en detective. Me marcho.

—Si ocurre algo —le recordó Mason—, fíjese bien que digo «algo», telefonee a la agencia de Paul Drake. Yo estaré en contacto con él. Y si empiezan a hacerle preguntas, cierre la boca herméticamente.

—Allá voy.

Capítulo 7

A las siete de la mañana, Paul Drake estaba de regreso en el despacho de Mason.

—¿Qué sabes de Binney Denham, Perry? —preguntó el detective.

—¿Y tú? —inquirió Mason.

—Lo que sabe la policía, nada más. Pero las cosas empiezan a concretarse.

—Desembucha.

—Pues bien, había esa caja en el banco, mancomunadamente con Harry Elston. Éste visitó la caja y ahora la policía no consigue localizarlo. Era de esperar. La policía ha descubierto el lugar donde vivía Binney Denham: un apartamento extrañamente lujoso para un hombre que parecía vivir solo.

—¿Qué quieres decir con eso de que parecía?

—La policía encuentra que es un poco grande para él solo.

—¿Y qué más?

—Han descubierto cuarenta mil dólares en efectivo, ocultos bajo una alfombra, en billetes de a cien. Una esquina de la alfombra había sido levantada, tan a menudo, que conservaba la señal; esto ha descubierto el potaje. Bajo la alfombra, el pavimento estaba generosamente cubierto de billetes grandes.

—¿Los chicos del impuesto sobre la renta no han intervenido en el asunto? —quiso saber el abogado.

—Aún no. Lo harán durante la mañana.

—¡Encantador! —observó Mason.

—¿Verdad que sí?

—¿Qué más sabes?

—La policía ha forjado la hipótesis de que, tal vez, Binney formase parte de una banda de chantajistas y que ha sido asesinado

por una de sus víctimas. Tal vez el individuo y la fulana que ocupaban los dos pabellones, fuesen para él una presa ideal. Hasta ahora la policía no ha conseguido identificar ni al hombre ni a la mujer. Les llaman míster X y miss Y. Supongamos que míster X sea mi hombre de negocios bastante conocido, y que miss Y sea, o bien una distracción para el fin de semana, o bien una candidata al puesto que ocupa la legitima mistress X y que se haya previsto un divorcio en Reno. Supongamos que todo esto sea muy confidencial y que Binney Denham haya descubierto el pastel; Binney de pasada, entra a dar los buenos días, aprovecha la ocasión para pedir un donativo y recibe un balazo en la espalda.

—Muy interesante —comentó el abogado—. ¿Y cómo hubiese podido descubrir Binney Denham el pastel?

—Binney Denham tenía en su casa cuarenta mil dólares bajo la alfombra. Cuando un fulano consigue obtener donativos de esta categoría, es que dispone de ciertos medios para estar al corriente.

—¡Apasionante! —replicó Mason.

—Sería mejor que no te mezclaras en este asunto —le aconsejó Drake.

—¿A qué viene eso?

—Representas a alguien; no te he preguntado a quién, pero supongo que podría ser muy bien el famoso míster X.

—No pierdas el tiempo haciendo suposiciones —le aconsejó Perry Mason.

—Pues bien —prosiguió Paul Drake—, si representas a ese míster X, esperemos que no haya dejado una pista demasiado clara. Esta clase de historia equivale a una carga de dinamita.

—Lo sé. ¿Un poco de café, Paul?

—No me vendría mal.

Della Street llenó de café una taza y se la alargó al detective, quien lo probó e hizo una mueca.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Mason.

—Este café ha estado encerrado en un termo —explicó Drake—. Apostaría a que fue hecho hacia medianoche.

—Te equivocas —contestó Della Street—. Lo he hecho subir a las tres de la madrugada.

—Entonces, debe de ser mi estómago —dijo Drake, con aire de disculpa—. A fuerza de pasar las noches alimentándome de café, de

bocadillos y de bicarbonato, estoy completamente desquiciado.

—¿Oyó alguien el disparo? —preguntó Mason.

—Demasiadas personas —repuso Drake—. Algunas tienen la impresión de que lo oyeron hacia las ocho y cuarto; otras, a las ocho cuarenta y cinco y aun otras a las nueve y media. Es posible que la policía pueda precisar un poco más después de la autopsia.

Drake terminó su café y añadió:

—Bajo a la cafetería a comerme unos huevos con tocino. ¿Queréis acompañarme?

Mason hizo un ademán negativo.

—Todavía me quedaré aquí un rato más —explicó.

—¡Cáspita! —exclamó el detective—. Ese míster X debe de ser millonario.

—¿Lo supones, o estás enterado? —quiso saber Mason.

—Lo deduzco —contestó Drake, levantándose del sillón.

Veinte minutos después de su marcha, Elsa Griffin llamó a la puerta y, cuando Della Street la hubo abierto, penetró en el despacho con aire furtivo.

Mason le dijo:

—Me hace usted pensar en la bella espía que acaba de seducir al crédulo general, para sonsacarle el secreto de la última bomba atómica.

—He hecho un buen trabajo —contestó ella, con entusiasmo.

—¡Magnífico! Cuénteme.

—Cuando he llegado allá, todo estaba en calma. En el garaje había un coche de la policía y aparentemente dos hombres estaban en los pabellones quince y dieciséis, sin duda ocupados en buscar huellas.

—¿Qué ha hecho usted?

—He detenido mi coche ante el pabellón doce, he entrado y he encendido la luz. Después, he esperado un poco para ver si alguien venía. No me interesaba que me encontrasen buscando huellas dactilares.

—¿Y luego?

—Ha llegado el dueño. Disimuladamente, me ha examinado con atención; sin duda ha pensado que, bajo mi apariencia apacible, tal vez ocultase algo de feroz.

—¿Qué ha hecho usted?

—Le he tranquilizado sobre este extremo. Le he dicho que pertenecía a un club que acababa de celebrar una reunión, que era eso lo que me había llevado a la ciudad y que la reunión había durado hasta muy tarde y que necesitaría dormir algunas horas antes de marcharme y volver a mi trabajo.

—¿Él no ha dicho nada?

—Sobre el asesinato, ni una palabra. Se ha limitado a explicarme que había ocurrido algo, sin dar, más detalles, que una mujer había entrado en mi pabellón y me ha preguntado si contaba con mi permiso. «Ya lo creo», le he contestado, «era una miembro del club, con la que debía encontrarme aquí; le había dicho que entrara y me esperase si yo no estaba». He añadido que por este motivo no había cerrado la puerta.

—¿Le ha dicho a qué hora había ocurrido eso?

—No lo sabía exactamente; pero, más o menos, adivino que la desconocida entró en mi pabellón en tanto que yo corría tras de la rubia. Debí seguirla un buen rato antes de atreverme a adelantarla.

—¿Y era efectivamente la rubia quien conducía?

—Sin duda; era Geraldine Corning.

—¿Y las huellas? —preguntó Mason.

—Tengo un montón de ellas. Me temo que la mayoría serán mías; pero es probable que algunas pertenezcan a otra persona. He obtenido unas veinticinco, que son perfectamente utilizables. Cada una de ellas está en una ficha enumerada y en mi agenda de direcciones tengo una lista de referencias que indica el lugar de donde se ha obtenido cada una.

—¿Lo ha limpiado todo antes de irse?

—¡Una limpieza a fondo!

—Déjeme sus huellas en una ficha —le aconsejó el abogado—; esto me permitirá hacer que el especialista de Drake, elimine las de usted entre todas las que ha traído. Esperemos que la desconocida haya dejado sus huellas. ¿Tiene alguna idea sobre su identidad?

—Ninguna. No lo entiendo en absoluto. No entiendo por qué alguien pudo interesarse por el pabellón que yo ocupaba.

—Tal vez fuese sólo un error —sugirió Mason.

—Míster Mason, ¿cree posible que esos chantajistas hayan considerado sospechosa mi llegada y me hayan hecho vigilar? En tal caso, podrían reconocerme.

—En tanto que no tenga más pruebas, me niego a hacer hipótesis. Lléguese al despacho de Drake, déjele sus huellas y las que ha obtenido en el motel y dígale que encargue a su especialista que separe las que no corresponden a usted, y que me las traiga.

—Y después, ¿qué debo hacer?

—Lo más conveniente sería que hoy se abstuviese de ir al despacho.

—Pero míster Bedford me necesitará. Precisamente hoy…

—Precisamente hoy la policía se presentará en el despacho y empezará a hacer infinidad de preguntas —replicó Mason—. No se extrañe demasiado si los policías van acompañados por el propietario del motel.

—¿Para qué?

—Con fines de identificación. Si la encuentra a usted tras de su mesa y la reconoce como la inquilina del pabellón doce, sólo servirá para complicar las cosas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Elsa Griffin.

—Telefonee a míster Bedford y explíquele la situación. No le diga que ha regresado al motel. Conténtese con contarle que prácticamente no ha dormido usted y que yo considero que sería muy prudente que no compareciese por el despacho. Advierta a míster Bedford que recibirá, sin duda, antes de mediodía, la visita de unos personajes oficiales; si le interrogan sobre los cheques de viaje, que conteste que se trata del negocio y que no está dispuesto a dar más detalles. Si empiezan a identificarlo y a comprobar sus huellas dactilares, diga a míster Bedford que no conteste a ninguna pregunta.

»Que se procure una secretaria temporal, a la que dará la consigna de avisarme a mí y a la agencia Drake, tan pronto como alguien que parezca tener alguna relación con la policía se presente en el despacho de míster Bedford. ¿Cree que podrá hacer esto?

Durante un momento, Elsa Griffin miró fijamente al abogado; después dijo:

—No se engañe usted, míster Mason. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, para salvaguardar la felicidad del hombre para el que trabajo.

—Estoy convencido de ello —contestó Mason—, y esto es precisamente lo que hace tan espinosa la situación.

—¿Qué quiere decir?

—A la policía podría ocurrírsele que su afecto hacia su jefe la ha impulsado a adoptar ciertas medidas para librarlo de esos chantajistas.

—¡Oh, esto no lo haría nunca! —exclamó Elsa, precipitadamente.

—La creo sin dificultad —replicó Mason—, pero no olvide que hemos de contar con la policía. Créame, regrese a su casa y procure encontrarse mal para no tener que acudir al despacho. Y no olvide pasar por la agencia Paul Drake, para dejar sus huellas dactilares.

—Entendido —prometió ella.

—Y ahora, vámonos a desayunar, Della —propuso Mason cuando la puerta se hubo cerrado a espaldas de Elsa Griffin.

Capítulo 8

Cuando Mason y Della Street regresaron de desayunar, Sid Carson, el técnico de Paul Drake, había terminado el examen de las huellas que había obtenido Elsa Griffin y se encontraba en el despacho del abogado.

—Casi todas las huellas pertenecen a Elsa Griffin —anunció—, pero hay cuatro que proceden de otra persona.

—¿Cuáles? —preguntó Mason.

—Las tengo en este sobre. Son los números catorce, dieciséis, nueve y doce.

—Entendido —replicó Mason—; las guardaré separadas, por si las necesito. ¿No tiene idea de su origen?

—Casi ninguna. Tal vez provengan de un ocupante anterior; eso depende del estado del tiempo y del cuidado con que se limpien los pabellones en ese motel. El grado de humedad del aire es un factor importante en la persistencia de una huella digital.

—Y las cuatro huellas que acabamos de apartar, ¿son buenas?

—¡Extraordinarias!

—¿Sabe dónde las ha obtenido Elsa Griffin?

—Sí; esa chica ha hecho un buen trabajo. Ha puesto en evidencia las huellas, las ha transferido a unas fichas y luego ha escrito en el dorso de cada cartulina el origen de cada huella. Dos de ellas han sido obtenidas en un espejo y las otras dos en el cerrojo de un armario. Elsa Griffin ha hecho incluso un croquis que representa el cerrojo.

—Gracias, Carson —dijo Mason—. Si le necesito le llamaré de nuevo.

—De acuerdo —replicó Carson, y salió.

Mason examinó las huellas que aparecían bajo la cinta de papel transparente.

—¿Qué sucede? —preguntó Della.

—Della —contestó Mason—, no soy experto en huellas dactilares, pero…

Hízose con una lupa para ver los detalles de las huellas.

—¿Qué hay? —repitió su secretaria.

—¡Que me ahorquen si no he visto ya esas huellas! —exclamó Mason—. Aquí aparece un dibujo muy particular…

Callóse. Della Street acercóse para mirar por encima de su hombro. Bruscamente, el abogado estalló:

—¡Della! ¡La ficha que nos dejó Bedford, la que lleva la foto de su mujer y sus huellas, tráemela!

Della Street apresuróse a ir al fichero y regresó con la ficha que Bedford había dejado a Mason y que los chantajistas le habían dado para demostrarle su información.

—¡Dios mío! —exclamó Della Street—. ¿Habrá ido allí mistress Bedford? ¡No es posible!

—¿Qué sabes tú? —contestó Mason—. Recuerda lo que nos dijo Bedford en relación con la llamada telefónica de Binney a su casa la otra noche: Bedford quería hablar tranquilamente con Denham y había dicho al mayordomo que colgase tan pronto como él empezara a hablar. Imaginemos que mistress Bedford sospechara algo; imaginemos que alejó al mayordomo con un pretexto cualquiera y que le dijo que ella se encargaría de colgar; después de haber oído la conversación y de haber sabido…

—¿Quieres decir, de haber descubierto?

—Miremos las cosas cara a cara —aconsejó Mason—. ¿Cuándo fue declarada culpable de estafa a la compañía de seguros mistress Bedford?

—Hace varios años —contestó Dalla Street—, antes de su primer matrimonio.

—Exactamente —confirmó Mason—. Los chantajistas habrían esperado todo este tiempo antes de coaccionar a Bedford.

»Ahora bien, cuando la policía registró el piso de Binney Denham, encontró el suelo lleno de billetes nuevos de cien dólares.

—Quiere decir que ya la habían coaccionado a ella y que…

—¿Por qué no? Observemos estas huellas. Si ella supo que Binney empezaba a hacer chantaje a su marido… En una situación semejante una mujer es capaz de recurrir a soluciones desesperadas.

—Pero Bedford dijo que habían tomado grandes precauciones para asegurarse de que no les seguían.

—Lo sé —contestó Mason—. Pero sigo convencido de que había visto ya esta huella.

Y cogiendo la lupa, el abogado se puso a examinar las huellas que acompañaban la foto de Ann Roann Bedford, y después las comparó con las que Elsa Griffin había obtenido en el motel. Lanzó un silbido prolongado.

—¿Has hecho diana? —quiso saber Della Street.

—¡Fíjate! ¿Ves este arco cerrado? Cuenta el número de líneas hasta esta primera bifurcación muy característica, y luego mira aquí el lugar en que las líneas forman un…

—¡Dios mío! —exclamó Della Street—. Las huellas son idénticas.

Mason la aprobó con una inclinación de la cabeza.

—Así, pues —prosiguió Della—, mistress Stewart G. Bedford seguía…

—¿Seguía a quién?

—A su marido y a una rubia.

El abogado hizo un ademán negativo.

—Imposible, dadas las precauciones que tomó la chica. Además, si mistress Bedford hubiese ido siguiendo a su marido y a la rubia hubiera sabido en qué pabellones del motel encontrarlos.

—Entonces, ¿a quién seguía?

—Tal vez a Binney Denham.

—Pero, entonces, ¿por qué entró en el pabellón de Elsa Griffin? ¿Y cómo podía saber que Elsa Griffin estaba allí?

—Esto es lo que nos falla por descubrir —contestó Mason—. Llama al despacho de Paul Drake, Della. Haremos seguir a mistress Bedford y sabremos a dónde va esta mañana.

—¿Y luego?

Mason reflexionó un instante, con aire de concentración, y acabó por responder:

—Si he de tener una conversación con ella, vale más que sea antes de que la policía empiece a interrogar a su marido.

Capítulo 9

La joven que acababa de detener, ante el surtidor de gasolina, el largo coche deportivo de marca extranjera, era tan elegante y graciosa como su automóvil. Con una sonrisa, ordenó al empleado de servicio:

—Llene el depósito, por favor.

Luego, abriendo la portezuela, apartóse del volante y, bajándose la falda, se apeó al tiempo que decía:

—Y, puestos a hacer, compruebe el aceite, el agua y la batería.

Cuando regresó se encontró frente a un hombre cuya elevada estatura, delgadas caderas, anchos hombros y rasgos enérgicos, atrajeron su atención.

—Buenos días, mistress Bedford. Permítame presentarme: Perry Mason.

—¿El abogado?

Él asintió con la cabeza.

—¿Cómo está usted, míster Mason? Mi marido me ha hablado de usted, desde luego. Por lo visto me conoce usted, pero no puedo recordar cuándo nos han presentado.

—Exactamente —replicó Mason—. ¿Podría usted concederme una breve entrevista?

Los ojos de Ann Roann adquirieron inmediatamente una expresión fría y reservada:

—¿Sobre qué tema?

—Cinco minutos todo lo más —insistió Mason, lanzando una mirada significativa al empleado que, sin aparentarlo, escuchaba la conversación.

Durante unos segundos, Ann Roann vaciló; luego acabó por contestar:

—Muy bien.

Y se dirigió hacia un espacio libre en el que solían llenarse los radiadores e hincharse los neumáticos. Una vez allí, dijo:

—Se lo pregunto por segunda vez, míster Mason, ¿de qué se trata?

—Del *Staylonger Motel* y de la visita que le hizo usted anoche.

Los ojos color gris pizarra adquirieron una expresión ligeramente burlona.

—Anoche no fui a ningún motel, míster Mason, pero estoy dispuesta a discutirlo con usted. El *Staylonger*… ¿Puede decirme dónde se encuentra?

—Allí donde usted se encontraba anoche —repitió Mason.

—Si insiste, míster Mason, acabaré por enfadarme.

El abogado sacó una ficha del bolsillo y dijo.

—Ésta es la huella dactilar del dedo anular de su mano derecha. Ha sido hallada en la superficie interior del cerrojo del armario. ¿Lo recuerda usted tal vez, mistress Bedford?

Ann Roann contempló a Mason con aire pensativo.

—¿Y quién me asegura que esta huella es mía?

—La he comparado.

—¿Con qué?

—Con las que hay en una ficha policíaca.

Ella apartó la mirada por un instante y luego se le encaró de nuevo:

—¿Puedo preguntarle qué se propone usted, míster Mason? ¿Estamos jugando al gato y la rata dentro de los límites de la legalidad?

—Los diarios de esta tarde anunciarán que se cometió un crimen en el *Staylonger Motel* —explicó Mason—. Desde luego, la policía se interesa en especial por todo lo que pudo ocurrir de anormal ayer noche.

—¿Y usted? —preguntó ella con frialdad.

—Yo represento a un cliente, un cliente que, de momento, prefiere conservar el anónimo.

—Entiendo. Y tal vez su cliente desearía complicarme en el crimen.

—Tal vez.

—En tal caso, yo debería hablar con *mi* abogado, no con el de él.

—Como quiera —contestó Mason—. De todos modos, hay

grandes probabilidades de que antes se vea obligada a hablar con otras personas.

—¿Con quién?

—Con la policía.

—El empleado ha acabado casi con mi coche —anunció Ann Roann—. En esta calle, a trescientos metros de aquí, hay un motel en cuyo entresuelo hay un salón en el que se está especialmente tranquilo. Yo voy hacia allá; si lo desea, puede usted reunirse conmigo.

—Entendido —contestó Mason—. Pero no trate de hacer una jugarreta; con su coche deportivo podría escabullirse entre la circulación, y esto podría costarle caro.

Ella le miró a los ojos, mientras respondía:

—Cuando me conozca mejor, míster Mason, se dará cuenta de que nunca recurro a esta clase de engaños mezquinos. Cuando lucho, es con lealtad. Cuando doy mi palabra, la respeto. Desde luego, supongo que será usted capaz de conducir por entre toda esta circulación sin necesidad de que le preceda un agente motorizado.

* * *

Cuando Mason se reunió con ella, Ann Roann estaba instalada en el salón, junto a una mesa escritorio.

Todo en ella parecía realzar sus líneas alargadas: pendientes, boquilla de marfil trabajado que prolongaba la línea de sus dedos esbeltos. El abogado se sentó junto a ella, Ann Roann le miró y dijo, sonriendo:

—Mientras venía hacia aquí, he tratado de encontrar un medio de impedirle que me haga preguntas y no lo he conseguido. Ignoro si fanfarronea cuando habla de mis huellas y de mi ficha policíaca, pero nada puedo hacer. Bueno, ¿qué quiere de mí?

—Quiero que me hable de las joyas y de la compañía de seguros.

Ann Roann aspiró profundamente el humo de su cigarrillo, lo expelió con aire pensativo y luego, de repente, se decidió:

—Bueno —dijo—, en aquellos tiempos me llamaba Ann Duncan. Siempre he sentido horror por la mediocridad; quería llevar la existencia de una mujer distinguida, hacer algo que se apartase un

poco de lo ordinario. Me vi obligada a ponerme a trabajar; no tenía ninguna formación especial; sólo podía dedicarme a los trabajos de oficina más aburridos. Durante algún tiempo traté de habituarme y no lo conseguí; mi físico hacía que los hombres para los que trabajaba se negasen a limitar sus exigencias a los mediocres trabajos de oficina por los que me pagaban.

»Había heredado de mi madre unas joyas; joyas antiguas, de valor, que estaban aseguradas en una cifra considerable. Yo necesitaba ropa que me diese categoría; necesitaba la ocasión de mostrarme en un ambiente en el que tenía probabilidades de ser apreciada. Estaba dispuesta a probar suerte y a tratar de abrirme una perspectiva más brillante que la de archivar correspondencia todo el día en un despacho y de salir de noche, a escondidas, con un jefe que probablemente había telefoneado a su esposa la clásica excusa del consejo de administración.

—¿Y qué hizo entonces?

—Actué con muy poca habilidad, como una aficionada que era; en vez de ir a hacer valorar mis joyas en una casa recomendable y conocida y venderlas de manera legal, me dirigí a un prestamista. Me parecía que de esta manera, más tarde me sería posible recuperar las joyas cuando tuviese dinero a mi disposición. Y estaba convencida de que sabría utilizar el dinero de las joyas de manera que valiese la pena.

—Prosiga.

—Vivía con mi tía, una mujer muy pobre, que siempre se estaba metiendo en lo que no le concernía. No debería decir esto: la desdichada ha muerto. Pero, sea como sea, era preciso explicarle la desaparición de las joyas; de modo que traté de hacerle creer que me las habían robado, y luego las llevé al prestamista.

—¿Y su tía denunció el robo a la policía?

—Exactamente, y aquí empezaron a complicarse las cosas. Yo no había previsto esto, como tampoco todos los interrogatorios que se sucedieron. Como las joyas estaban aseguradas, mi tía insistió para que reclamase a la compañía una indemnización; y me encargó de llenar el cuestionario y me lo hizo firmar. La policía hizo una investigación; la compañía de seguros, otra; y después me pagó la cifra por la que habían sido aseguradas mis joyas. No quería este dinero, pero me vi obligada a cogerlo para impedir que mi tía

descubriera lo que había hecho. Sin embargo, no gasté nada y conservé intacta la suma.

»Después de eso, expliqué una historia a mi tía. Le expliqué que iba a pasar una temporada en casa de unos amigos. Con el dinero que me había dado el prestamista me compré algunos vestidos elegantes y me fui a Phoenix, en Arizona; allí me alojé en uno de los hoteles a donde acuden los turistas que van a los deportes de invierno, en el que tenía posibilidades de frecuentar personas de categoría elevada.

—¿Y qué sucedió entonces? —quiso saber Mason.

—Pues que la policía encontró las joyas en casa del prestamista. Al principio creyeron que acababan de recuperar las joyas robadas; después el prestamista les describió a la persona que le había llevado las joyas; la policía empezó a hacer conjeturas y… ¡Oh, fue espantoso!

»Sin embargo, entretanto, yo había conocido a un abogado de buena reputación, un viudo. No sé si él se hubiese interesado por mí de no haber estado metida en semejante embrollo. Cuando le expuse mi caso empezó mostrándose frío y escéptico, pero después, al oír mi relato, mostróse más benévolo. Se interesó por mí, me ayudó a solucionar el asunto y consiguió que yo conociese a gente bien.

»Pasé allí los tres meses más maravillosos de mi vida. Después conocí a un hombre que se enamoró de mí. Yo no le amaba, pero él tenía dinero; me necesitaba. Nunca estaba seguro de sí mismo, vacilaba continuamente. Me casé con él y traté de devolverle la confianza en sí mismo, de ayudarle a afrontar la vida, a aceptar riesgos. No tuve mucho éxito. Hizo un esfuerzo, pareció adquirir un poco de seguridad y, luego, un día se encontró momentáneamente en una situación difícil y se mató. Lo patético de la historia es que una hora después de su suicidio llegó la noticia de que la situación difícil se había resuelto y que él había ganado la partida. Esto representó para mí un golpe terrible; hubiese debido estar junto a él y, en cambio, me encontraba en casa del peluquero…

»Mi marido me dejaba bastante dinero y un seguro considerable. A partir de aquel momento viví en el ambiente que me agradaba. Entonces conocí a Stewart Bedford.

»El me fascinó. Tiene veinte años más que yo, pero esto no

representa nada. Se enamoró de mí. Me quiso como un coleccionista de cuadros puede desear una tela que le ha seducido.

»Acepté casarme con él. Descubrí que le gustaba exhibirme ante sus amigos y que éstos ocupaban las más altas esferas de la sociedad. Esto no lo esperaba yo, pero hice cuanto pude para mostrarme a la altura de las circunstancias.

»Y después ocurrió este asunto.

—¿Qué asunto?

—Mi expediente judicial.

—¿Cómo ocurrió?

—Binney Denham me hizo chantaje. Ha sido algo horrible. Yo no podía permitir que la opinión pública descubriese que la esposa de la que Stewart Bedford estaba tan orgullosa, había estado detenida por estafa a una compañía de seguros.

—¿Y luego?

—Binney Denham es uno de los seres más engañosos que he conocido. No sé qué pensar de él. Afirma que actúa por cuenta de otro personaje, obstinado y avaricioso. De hecho, toda la organización se reduce a Binney, a excepción hecha de un pequeño número de individuos que actúan a sus órdenes y sin participar en el golpe.

»Hace una semana me harté del chantaje. Envié a paseo a Binney y le abofeteé; le dije que si trataba de sacarme un céntimo más, le denunciaría a la policía. Y créame, hablaba en serio: después de todo, no iba a pasarme la vida ocultándome a causa de un Binney Denham.

—¿Y se lo contó usted a su marido? —preguntó Mason.

—No. Para comprender esto, míster Mason, es preciso que sepan ciertos detalles. Antes de casarme con él, mi marido había tenido relaciones con su secretaria, una muchacha leal y fiel llamada Elsa Griffin.

—¿Se lo contó él mismo?

—¡Dios mío! No, desde luego. Pero, antes de decidirme al matrimonio, quise saber un poco a dónde iba y asegurarme de que la aventura había terminado.

—¿Y lo estaba?

—Por lo que a él respecta, sí. En cuanto a ella, de todas maneras, iba a quedar con el corazón destrozado. Y decidí casarme

con Stewart.

—¿Sabía su esposo que usted estaba al corriente de sus antiguas relaciones con su secretaria?

—¡Ni pensarlo! Callé prudentemente.

—Así, pues, la sometían a chantaje y un buen día se hartó usted de ello…

Ann Roann asintió con la cabeza.

—¿Y qué explicó a su marido?

—Nada. Tenía la impresión de que había bastantes probabilidades de que Binney Denham me dejaría tranquila si se convencía de que no pensaba darle ni un céntimo más. Después de todo, un chantajista no gana nada con publicar lo que sabe.

—En nuestros días, sí —objetó Mason—. Hay revistas especializadas en dar publicidad a esta clase de historias.

—Se me ocurrió la idea; pero dije a Denham que si alguna vez vendía la información a una revista, confesarla a la policía que él me había hecho chantaje, y que tenía pruebas suficientes para hacerle condenar.

—¿Y ahora?

Ella, apartó la mirada para responder:

—Espero que habrá terminado.

Mason hizo un ademán negativo.

—¿Quiere decir que… que se ha echado sobre Stewart? —preguntó ella.

—¿Qué le hace pensar que haya podido ocurrir esto?

—No lo sé. Anteayer, por la noche, telefoneó alguien y Stewart se portó de una manera muy extraña. Subió a su habitación para contestar a la llamada. El mayordomo tenía el encargo de colgar el aparato de la planta baja así que mi marido empezase a hablar pero debió de marcharse a atender otro asunto, y al pasar yo, me di cuenta de que el receptor no estaba en su sitio. Iba a colgarlo y, en aquel momento, oí voces en el aparato. Me pareció reconocer el acento quejumbroso de Denham. En aquel instante terminó la conversación, y colgué. No había podido entender lo que decían y sólo había creído reconocer una voz. Luego me persuadí de que me había equivocado; al principio pensé pedir explicaciones a mi marido, pero luego cambié de idea.

—Me temo, mistress Bedford, que está usted metida en un

atolladero —anunció Mason.

—No sería la primera vez —contestó con sangre fría—. ¿Y si me dijese lo que se propone?

—A eso voy. Usted ha tenido en su vida este secreto, que le ha pesado como una amenaza constante; ha pagado millares de dólares a unos chantajistas. Luego de repente, se siente audaz…

—Diga más bien que he sentido el valor del desespero…

—A esto me refiero exactamente. Para su gobierno le diré que el hombre asesinado anoche en el *Staylonger Motel*, junto a la playa, era Binney Denham.

De nuevo apareció en los ojos de ella una expresión enigmática, después se rehizo y, con rostro impasible, preguntó:

—¿Se sabe quién lo ha matado?

—Aún no.

—¿Sospechan de alguien?

Mirándola fijamente a los ojos, Mason contestó:

—Anoche, a la hora aproximada en que se cometió el crimen, el propietario sorprendió a una mujer en el momento en que salía del pabellón doce. Según todas las evidencias, había estado merodeando por el edificio. La descripción que el propietario ha hecho de ella, le encaja como un guante.

Ann Roann sonrió.

—Supongo que muchas descripciones podrían encajarme de la misma manera. No hay nada más vago que una descripción.

—Ésta no: tiene usted ciertos detalles característicos que el propietario ha descrito bastante bien. Además, ciertas huellas encontradas en el pabellón doce le corresponden a usted sin lugar a dudas.

—Es imposible.

—Se lo aseguro. Acabo de comprobarlas.

—¿Sabe la policía que las tiene usted en su poder?

—No.

—Le aseguro que no fui al motel, señor Mason.

El abogado no respondió.

—Ha trabajado usted para mi marido con bastante frecuencia, ¿verdad?

—En efecto.

—¿No existe un medio para imitar huellas?

—Tal vez, pero los expertos lo niegan.

—Las huellas de que habla, ¿se encuentran en el pabellón doce?

—Ahora ya no. Alguien las ha borrado.

—¿Y luego?

—Todas las huellas que había allí han sido borradas.

—Hay alguien que le miente, señor Mason. Esas huellas no pueden ser las mías. Aquí hay un error.

—Entendámonos bien —repuso Mason—. ¿Siguió usted o no anoche a Binney Denham hasta ese motel?

—¿Puede decirme por qué habría de seguir yo a Binney Denham hasta un motel?

—Porque su marido estaba allí para pagar veinte mil dólares a Binney Denham, que le hacía chantaje.

Ann Roann apretó los labios y su rostro se endureció.

—Dígame la verdad: no siguió usted a Binney al motel, ¿verdad?

—Preferiría morir que ver a ese repugnante chantajista coaccionar a Stewart. Oh, yo… yo…

—Éste es exactamente el razonamiento que hará la policía cuando trate de establecer el motivo del crimen.

—¿Un motivo que explique por qué maté a Denham?

—Exactamente.

—¡Le repito que no fui a ese motel! Anoche estaba en casa, esperando a Stewart; y, por lo que a él respecta, está usted mal informado. Se encontraba en un abrumador consejo de administración, y estaba enzarzado en una discusión tan delicada, que ni siquiera se atrevió a abandonar por un momento la habitación para telefonearme. ¿Está bien seguro de que Binney Denham ha muerto?

—No cabe la menor duda —replicó Mason.

—Míster Mason, sería una embustera y una hipócrita si afirmase que está noticia me apena. Pero la muerte de Denham originará un problema al que deberá usted hacer frente.

»Como abogado de Stewart, le pido que encuentre un sistema para salvar a mi marido de un escándalo que arruinaría su reputación. Tiene usted que encontrar un medio, cualquiera que sea, para impedir que mi pasado salga a la superficie.

—¿Me toma por un brujo? —preguntó Mason.

—Mi marido está convencido de que lo es —contestó ella—. Y

estamos dispuestos a pagarle como honorarios la cantidad que sea, basándonos en esta suposición, y para que demuestre usted que esas huellas son falsas y que nunca me he acercado a ese motel.

Y tras aquellas palabras, ella le volvió la espalda y se alejó con pasos elásticos y decididos, habiendo terminado la entrevista con dignidad y de una manera que la dejaba dueña absoluta de la situación.

Capítulo 10

Perry Mason iba a aparcar su coche en el estacionamiento reservado para los ocupantes del edificio, cuando el empleado de servicio, en lugar de saludarle como de costumbre con un ademán, pusóse a hacerle señales vehementes.

Mason detuvo el coche y el empleado se le acercó corriendo:

—Un mensaje para usted, míster Mason —anunció.

El abogado cogió la hoja de papel en la que había escrito: «La policía te busca, Della».

Vaciló un momento y luego dejó el coche en el emplazamiento que le estaba reservado, y penetró en el vestíbulo del edificio. Un hombre de elevada estatura surgió aparentemente de la nada y le dijo:

—Si no le importa, Mason, tomaremos juntos el ascensor.

—¡Caramba, caramba! —exclamó Mason—. El inspector Tragg. ¿Puedo hacer algo por usted, inspector?

—Eso depende.

—¿De qué?

—Si no le importa, ya hablaremos en su despacho.

La ascensión terminó en silencio.

Al llegar al piso, Mason tomó la delantera e hizo pasar al inspector a su despacho, en el que se leía: «Particular».

Con voz que la aprehensión hacía aguda, Della Street exclamó:

—Jefe, la policía… ¡Oh!

Luego calló al reconocer al inspector Tragg.

Tragg la saludó con gravedad y luego se instaló en el sillón reservado para los clientes, en tanto que Mason iba a sentarse tras de su mesa.

—¿Un cigarrillo? —ofreció el abogado, alargando un paquete a Tragg.

Éste cogió uno, dio las gracias y prendióle en el encendedor que le acercaba Mason.

El inspector Tragg representaba de manera característica al inspector de policía moderno que ha aprendido su profesión en una escuela especializada, y la práctica porque le gusta. Completamente distinto era su colega, el sargento Holcomb, policía belicoso de la vieja escuela y que no ocultaba su antipatía hacia Perry Mason.

—*Staylonger Motel* —limitóse a decir el inspector Tragg sin apartar la mirada del abogado.

Éste enarcó las cejas.

El otro prosiguió:

—¿No le dice nada?

—El nombre es bonito —comentó Mason.

—¿Nunca ha estado en él?

Mason negó con la cabeza.

—Entonces, ¿alguno de sus clientes?

—Verdaderamente, no sabría decírselo. Tengo bastantes clientes, y supongo que algunos de ellos se alojan con bastante frecuencia en los moteles. Cuando uno viaja en auto, resulta cómodo; se tiene el equipaje a mano y…

—No se esfuerce —interrumpió Tragg—. Alguien fue asesinado anoche en el *Staylonger*.

—¡No es posible! ¿Quién es?

—Un tal Binney Denham. Un personaje muy interesante.

—¿Cliente mío?

—Espero que no.

—Pero, si lo he entendido bien, debe de haber una relación entre él y yo —insistió Mason.

—No me sorprendería demasiado.

—¿Quiere explicarse con claridad?

—Voy a contarle parte de lo que sabemos —contestó Tragg—. Ayer tarde, un sujeto, con aire de hombre de negocios, cabellos oscuros, plateados en las sienes, bien vestido, con aire acomodado, presentóse en el *Staylonger Motel* en compañía de una mujer mucho más joven que él. El hombre tendría unos cincuenta años y la chica, una rubia seductora, tendría unos veinticinco.

—¡Hum! —emitió Mason.

Tragg sonrió.

—Sí —dijo—, lo sé. Un caso único en los anales de la hostelería, ¿eh? Pero, y ahí es donde empieza lo extraño, el hombre insistió en alquilar un pabellón doble; afirmó que esperaba la llegada de otra pareja. Pero, una vez hubo alquilado un pabellón doble con puerta de comunicación, a lo que parece, metió a la rubia en el pabellón dieciséis y él se instaló en el pabellón quince.

»El hombre conducía un automóvil alquilado. Los dos bebieron unas copas, salieron volvieron y la misma noche la rubia se marchó sola.

»Anoche, hacia las once, la policía recibió una llamada telefónica de una desconocida que anunciaba que se había cometido un crimen en el pabellón número dieciséis del *Staylonger Motel*; después, la mujer colgó el teléfono.

—¿Sin más ni más? —preguntó Mason.

—Sin más ni más —confirmó Tragg—. Interesante, ¿no cree?

—¿En qué sentido?

—¡Oh, no sé! Pero, cuando se reflexiona, se encuentra que toda la historia tiene algo de extraño. ¿Por qué había de telefonear una mujer para avisar a la policía de que se habla cometido un crimen?

—Porque se sabía poseedora de una información que debía ser facilitada a la policía —contestó rápidamente el abogado.

—Pero, entonces, ¿por qué no dio su nombre y su dirección?

—Porque no quería verse mezclada personalmente en el asunto.

—Es curioso; piensa usted exactamente lo mismo que yo. Sólo que llevo mis conclusiones un poco más lejos.

—¿Es decir?

—Por lo general, una mujer que no quiere verse mezclada en una historia de esta clase se abstiene de llamar a la policía. Cuando una mujer avisa de buena fe a la policía, da su nombre y dirección. Pero si la mujer es aconsejada por un buen abogado… Bueno, ya entiende lo que quiero decir, Mason: hace reflexionar.

—Si lo he entendido bien, hay todavía más cosas…

—Oh, muchas más. Fuimos al *Staylonger* para verificar. La víctima estaba allí en el suelo, con un agujero de bala en la espalda. El hombre de negocios y la atractiva rubia habían desaparecido.

»La rubia se había marchado en auto. El hombre había salido por detrás y había franqueado una cerca de alambre de espino. Al franquearla se rasgó el traje; con toda evidencia, tenía prisa.

Mason asintió con la cabeza, lleno de comprensión.

—Los indicios son débiles, ¿verdad?

—¡Oh, no se preocupe! No son indicios lo que nos faltan. Fíjese, tenemos el número de matrícula del automóvil, que hemos conseguido localizar; es un auto de alquiler y hemos descubierto en él huellas dactilares excelentes.

—Ya veo —dijo Mason.

—Acabábamos de telefonear al director de la agencia de alquiler para pedirle que apartase ese coche, cuando él nos ha llamado a su vez para decirnos que una mujer acababa de presentarse; quería alquilar un auto, pero uno de un modelo bien definido; ha examinado los que había y luego ha cambiado de idea. Llevaba en la mano un papel en el que había anotado un número de matrícula. Parecía, buscar un vehículo determinado.

Mason sonrió.

—Tal vez el director de la agencia tenga demasiada imaginación.

—Es posible —contestó Tragg—. Pero la mujer ha despertado sus sospechas; él se ha dicho que tal vez tratara de obtener el coche que había intervenido en un asesinato, y, cuando se ha marchado, él la ha seguido. La mujer ha subido a un auto conducido por un individuo. El director ha anotado la matrícula de dicho auto.

—Muy hábil —reconoció Mason.

—El auto está inscrito a nombre de la agencia Drake.

—Ha hablado usted con Drake —preguntó Mason.

—Todavía no. Tal vez más tarde. La agencia Drake tiene sus oficinas en este edificio, en el mismo piso que las suyas, y trabaja mucho para usted. Paul Drake es amigo personal suyo.

—Ya entiendo —murmuró Mason mientras sacudía la ceniza de su cigarrillo.

—De modo que he decidido hacer una pequeña investigación —prosiguió Tragg—. Nada oficial, Mason. Una sencilla verificación.

—Ya entiendo —repitió Mason.

—He observado que, cuando Paul Drake trabaja en un asunto especialmente importante y pasa la noche en vela, se hace subir bocadillos de la cafetería de la planta baja. Por lo tanto esta mañana me he dado una vuelta por la cafetería, me he tomado una taza de café, he charlado con el dueño y le he dicho que tenía entendido

que esta noche pasada había servido cierto número de bocadillos, y que me gustaría hablar con el camarero que hacía el servicio nocturno. El camarero estaba ya en su casa, pero no se había acostado aún, y he podido hablarle por teléfono. Creía que, como de costumbre, se trataría de los seis o siete bocadillos que Drake se hace subir por la noche, pero he tropezado con un filón inesperado. He descubierto que ni usted ni su secretaria se habían ido a dormir y que les habían subido bocadillos y café.

—He aquí lo que ocurre por hacerse subir las cosas a domicilio —observó Mason con aire pensativo—. Hubiese debido ir yo mismo a buscar todo esto.

—O enviar a miss Street —agregó Tragg mientras dirigía una sonrisa a Della.

—¿Y luego? —interrumpió Mason—. Suma usted dos y dos, y encuentra veintidós. ¿Es esto?

—Todavía no he llegado ahí —replicó Tragg—. Me contento con llamar su atención sobre ciertos hechos de los que hasta ahora no he sacado conclusiones. Pero voy a decirle algo, Mason: Denham era un chantajista. Todavía no hemos podido conseguir informes completos sobre él. Sus cuentas estaban hechas en una especie de lenguaje cifrado que no hemos conseguido interpretar. Tenemos las huellas procedentes del automóvil de alquiler; tenemos colillas encontradas en el cenicero. Y también tenemos cierto número de elementos de los que no hablamos aún.

»Si resulta que uno de los clientes de usted ha sido víctima propiciatoria de un chantajista, Binney Denham lo ha exprimido a conciencia y su cliente ha decidido resolver el problema por el único sistema de que se suele disponer en tales casos, la policía está dispuesta a mostrar toda la comprensión que permitan las circunstancias, desde luego, a cambio de cierta cooperación.

»Un abogado inteligente, cuyo cliente se encontrase en un apuro así, obraría mejor tratando de colaborar con la policía y tal vez incluso con el fiscal del distrito, que obstinándose en ocultar lo que sabe.

—Su fiscal del distrito no experimenta por mí un cariño delirante —observó Mason.

—Lo sé —reconoció Tragg—. Bueno, he pensado que no había ningún mal en que de paso subiera a saludarle. Sólo por principio.

Si lo he entendido bien, ¿se niega usted a declarar nada, Mason?

El abogado contestó con un ademán negativo.

—No se comprometa —aconsejó el inspector—. En la policía hay personas que no le quieren mucho. Sólo he querido hacerle una advertencia amistosa, nada más.

—¿Será el sargento Holcomb quien se encargará del asunto? —quiso saber Mason.

—Querrá decir que *está* encargado del asunto.

Tragg se levantó, estiróse la americana, cogió el sombrero y añadió:

—Se lo repito, ha sido una visita amistosa y nada más; y he pensado que le facilitaría a usted las cosas saber que me veré obligado a hacer uso de la declaración del dueño de la cafetería. No creo que las personas que hayan acudido a verle esta noche hayan sido lo bastante estúpidas para firmar con sus verdaderos nombres en el registro de entrada del edificio; pero, desde luego, lo comprobaremos, y obtendremos su descripción. No me sorprendería mucho que esa descripción correspondiese a la de la pareja que ha alquilado los pabellones quince y dieciséis del *Staylonger*. Y, naturalmente, encargaremos a un experto que examine la firma del hombre.

»Bueno, me marcho ya; me espera mi eficiente colaborador; el sargento Holcomb. No le explicaré que he venido a verle.

Cuando Tragg hubo salido, Mason exclamó:

—¡Vaya, que me ahorquen! Uno se cree muy listo, y se le escapa el detalle más evidente.

—¿Te refieres al inspector Tragg? —preguntó Della.

—¡Nada de eso! Estoy hablando de mí. Hacernos subir los bocadillos es muy cómodo para nosotros, y todavía más para la policía. En lo sucesivo sabremos evitar esta trampa.

—Gracias al inspector Tragg —completó Della.

—Gracias a un adversario respetable que, dentro de poco tiempo, se las habrá con nuestro cliente.

Capítulo 11

Mason cerró con cuidado la puerta de su despacho particular, acercóse a Della Street y le murmuró:

—Tendrás que tomarte un pequeño descanso para ir a beber una taza de café.

—¿Y luego?

—Luego irás al teléfono; asegúrate de que nadie está en situación de ver el número que marcas. Llama a Stewart Bedford y dile que bajo ningún pretexto trate de telefonearme; que ya le llamaré de vez en cuando desde una cabina pública; explícale que la policía sabe que estoy complicado en el asunto y que tal vez esté vigilando mi despacho.

Della Street indicó con un ademán que había comprendido.

—Ahora —prosiguió el abogado— tendremos que ser muy, muy prudentes. El inspector Tragg sabe que Paul Drake interviene en el asunto. Ahora bien, Tragg es una temible mezcla de inteligencia, de competencia y de tenacidad. La policía conoce el automóvil alquilado por G. Corning en la agencia, y ha obtenido las huellas dactilares que hay en él. Si algún detalle les orienta hacia Bedford, nadie podrá impedirles que tomen sus huellas y demuestren que él estaba en ese coche.

—¿Y mistress Bedford? —observó Della—. ¿No estás obligado a hablar de ella a míster Bedford?

—Como abogado de míster Bedford debo servir lo mejor posible los intereses de mi cliente.

—Pero su esposa está complicada en el asunto —insistió Della—. El debería saberlo.

—¿Por qué está ella mezclada en el asunto?

—Estuvo en el motel; tenía los mejores motivos del mundo para querer desembarazarse de Denham. Jefe, tú sabes tan bien como yo,

que si ella fue allá es porque pensó que Binney Denham se disponía a exprimir a su marido; y no estaba dispuesta a soportar tal cosa. Para ella sólo había un medio de terminar el asunto.

—¿Quieres decir que mató a Denham?

—¿Por qué no?

—En un caso como éste —replicó el abogado con tono reflexivo —, no sabemos con lo que nos enfrentamos, tan misteriosas resultan aún las circunstancias del asesinato; y cuando se descubren, a menudo es demasiado tarde para proteger al cliente. En el caso que nos ocupa, protejo a mi cliente.

—En tal caso, ¿no estás obligado a hablarle de su esposa?

—Soy abogado —replicó Mason meneando la cabeza—. Debo aceptar la responsabilidad de ciertas iniciativas. Bedford ama a su esposa; probablemente más que ella a él. Este matrimonio ha sido para él como un acceso a una forma de existencia romántica y completamente nueva. Si le digo que su mujer fue al motel y que puede ser considerada sospechosa, Bedford se las dará de héroe; se acusará, para prevenir la eventualidad de que su esposa fuese culpable.

Della Street reflexionó un momento y después preguntó:

—¿Crees que la policía descubrirá hoy mismo que Bedford está complicado en el caso?

—Probablemente —repuso el abogado—. Sólo es cuestión de tiempo. Bedford, no lo olvides, es vulnerable en muchos aspectos. Por una parte, dio a los chantajistas un montón de cheques de viaje provistos de su firma; los chantajistas los han puesto en circulación, y esos cheques constituyen una pista que Tragg sabrá seguir. Por otra parte, recuerda el billete que Bedford entregó al camarero del parador, para pedirle que telefonease a Elsa Griffin y le diese la dirección del motel; el mensaje no iba firmado, pero así que los diarios empiecen a hablar del asesinato cometido en el *Staylonger*, el camarero recordará sin duda que hablaba de ese motel el mensaje que transmitió a Elsa Griffin.

—¿Crees que puede haber conservado ese mensaje?

—No me sorprendería —replicó Mason—. Un mensaje que produce veinte dólares es digno de ser guardado.

»Todo lo que podemos hacer es tratar de frenar la marcha de los acontecimientos mientras Paul Drake se informa sobre Denham, y

también tratar de localizar a esa rubia.

—Muy bien —contestó Della. Después añadió—: Voy a tomarme una taza de café y a telefonear a míster Bedford.

—¿Cómo te sientes, Della?

—Mientras me queden fuerzas para beber una taza de café, podré conservar los ojos abiertos.

—Convendría que tratases de retirarte temprano esta tarde y probaras de dormir un poco.

—¿Y tú?

—Resistiré. Es posible que yo también descanse algún rato durante la tarde. Las cosas han llegado ahora a un punto muerto y hemos de esperar el curso de los acontecimientos. Confío en que Drake descubra algo antes de que Tragg encuentre un pretexto para enchiquerar a nuestro cliente. Vete a tomar el café, Della, y luego márchate a tu casa. Si ocurre algo nuevo ya te telefonearé.

—Todavía me quedaré otro poco —decidió Della—. Me gustaría que te fueses a descansar; yo ya te llamaría si ocurriese algo.

Mason consultó su reloj.

—Esperemos hasta mediodía —propuso—. Si hasta entonces Drake no nos ha anunciado ninguna novedad, nos iremos los dos a descansar. Dejaré un mensaje en la agencia Drake para que en caso necesario, pueda localizarnos.

—Entendido —contestó Della Street—. Ahora mismo voy a telefonear a Bedford.

Capítulo 12

Mason se detuvo en el despacho de Paul Drake.

—Pues no tienes demasiado mal aspecto —dijo al detective.

—Uno se acostumbra a pasar las noches en blanco. ¡Siento no poder decirte lo mismo!

—Es que yo no estoy aún acostumbrado. ¿Por dónde andas?

—Prácticamente, por ningún sitio. La policía está metida en el asunto y esto no me facilita las cosas.

—Ese Denham —observó Perry— tenía una amiguita, la rubia.

—¿Y qué?

—Tienes que localizármela.

—Todo el mundo la reclama: la policía, la prensa…

—¿Cómo es su descripción? —preguntó el abogado.

—Según la policía, es una chica de veinticinco a veintisiete años; mide alrededor de un metro cincuenta y ocho, cintura de avispa, caderas redondeadas y busto generoso.

—¿Qué han descubierto en el automóvil de alquiler?

—Nadie lo sabe; en esto la policía guarda un secreto absoluto. En todo caso, han encontrado huellas.

—¿Y en los pabellones del motel?

—Más huellas.

—Voy a hacerte una confidencia, Paul —dijo Mason—: la policía sabe que intervienes en el asunto.

—Sería milagroso si no lo supiese. En un asunto así es imposible informarse sin dejar una pista fácil de seguir. Esto quiere decir, probablemente, que han llegado hasta ti, ¿no?

Mason asintió con la cabeza.

—¿Y de ti a tu cliente? —preguntó Drake, observando con atención al abogado.

—Aún no.

—Lleva cuidado. Lo conseguirán.

—Sólo se trata de una cuestión de tiempo —reconoció Mason—. Pero, antes de que la policía lo logre, quiero encontrar a esa rubia.

—En tal caso, será preciso que me des informes que la policía no tiene aún —contestó Drake—. De lo contrario, no tengo ninguna probabilidad de triunfar, Perry. La policía tiene a su favor su organización, su autoridad, sus archivos. Yo no tengo nada.

—Puedo hacerte otra confidencia —dijo Mason—. En ese asunto los nombres de los individuos no tienen ningún interés, pero sí sus iniciales. Mi cliente me dice que esa chica afirmaba llamarse Geraldine Corning. Llevaba consigo una maleta y un bolso nuevos con las iniciales G. C. en letras de oro.

—¿No crees que pudo decir su verdadero nombre a tu cliente?

—Lo dudo. Pero tengo la idea de que las iniciales son exactas. En cuanto al apellido, es difícil de adivinar; pero, por lo que se refiere al nombre… No hay demasiados que comiencen con una G; para empezar podrías probar con Gloria o con Grace.

—Las rubias que se llaman Gloria o Grace se encuentran a patadas —observó Drake.

—Lo sé, pero se trata de una chica que frecuenta personas algo especiales.

—¿Sabes lo que ocurre cuando uno hace preguntas respecto a una chica que frecuenta gente así? —preguntó Drake—. Tropiezas con el muro de silencio formado por el miedo. Es fácil hacer que cualquier informador empiece a hablar; las cosas van bien; y luego, con aire natural, uno dice: «¿No conoces a una chica llamada Grace o Gloria no sé qué, que se relacionaba con un chantajista llamado Binney Denham?». Y en aquel momento, ¿sabes lo que ocurre? Se callan bruscamente, como si les hubiesen cerrado el pico con una cremallera.

Mason reflexionó un momento.

—Entiendo lo que quieres decir, Paul —acabó por contestar—. Pero es preciso que encontremos a esa chica; de ello dependen demasiadas cosas. Debe de tener una cuenta corriente en algún sitio. Por ejemplo, en la peluquería. Tenía que tener contactos, tal vez no con Denham, pero sí con Harry Elston, el que compartía una caja con Denham. ¿Quién sabe? ¿Qué has descubierto en relación con Elston?

—Nada en absoluto —contestó Drake—. Elston fue a visitar la caja y luego desapareció como por ensalmo.

—¿Le busca la policía?

—¡Ya lo creo!

—Chantajistas y jugadores —murmuró Mason—. Los jugadores apuestan en las carreras. Investiga por los hipódromos. Procura conseguir alguna información sobre esa rubia. Tenía un equipaje relativamente nuevo; tal vez lo hubiese comprado para este caso concreto.

»Me voy a casa a dormir un poco. Quisiera que continuaras ocupándote personalmente del asunto. Paul, si te es posible resistir otras dos horas. Después podrás encargárselo a alguno de tus empleados y dormir un poco.

—¡Qué va! —exclamó el detective—. Todavía soy bueno para una noche y un día de trabajo.

Mason se levantó del sillón con un esfuerzo.

—Yo no —anunció—. Tan pronto como encuentres una pista, telefonéame. Quiero localizar a esa rubia y hablar con ella antes de que la policía la tome por su cuenta; y me da la impresión de que esta tarde va a ser bastante movida. Quiero tener las ideas claras en el momento en que empiece el jaleo.

—Entendido —contestó Drake—. Te telefonearé. Pero no te hagas demasiadas ilusiones por lo que respecta a esa rubia. Resultará difícil de localizar.

Capítulo 13

Mason se tomó una ducha caliente, metióse en la cama y se sumergió inmediatamente en un sueño reparador del que le sacó —le pareció que sólo unos segundos más tarde— la llamada insistente del teléfono. Consiguió acercarse el receptor a la oreja y con voz pastosa, murmuró:

—¡Diga!

La voz de un Paul Drake activo y con prisas le contestó:

—Se ha descubierto el pastel, Perry. Levántate.

—¿Qué?

—La policía investigaba sobre los probables cómplices de Denham, cuando ha tropezado con la pista de unos cheques de viaje. Parece que un montón de esos cheques ha sido presentado al cobro. Llevan la firma de Stewart G. Bedford. Dada la importancia de su posición, la policía vacilaba en mostrarse brusca con él antes de estar completamente segura.

»Han obtenido fotografías de Bedford y las han enseñado a Morrison Brems, el dueño del *Staylonger Motel*. Brems no está completamente seguro, pero, por las fotografías que le ha presentado la policía, piensa que el hombre que alquiló el pabellón doble para él y la rubia, podría ser Bedford. La policía ha…

—¿Lo ha detenido? —interrumpió Mason.

—No, aún no. Está en camino hacia su despacho y…

—En seguida llego —anunció Mason.

El abogado se levantó de un salto, se vistió, se alisó el cabello con peine, salió de su apartamento, cogió el ascensor, subió a su coche y corrió como una flecha hacia el despacho de Bedford.

Llegó demasiado tarde.

El sargento Holcomb, un agente de uniforme y un inspector de policía, vestido de paisano, estaban ya en el despacho de Bedford

cuando llegó el abogado. Un hombre algo obeso y de sonrisa servil esperaba pacientemente en segundo término.

—Buenas tardes —dijo Mason—. ¿Qué sucede?

—Llega usted demasiado tarde —le contestó el sargento Holcomb, sonriente.

—¿Qué le sucede, Bedford? —insistió Mason.

—Estos señores parecen creer que fui a un motel con una rubia. Me hacen muchas preguntas en relación con un chantaje, con un asesinato y…

—Y le hemos pedido amablemente que nos deje tomarle sus huellas dactilares —completó Holcomb—, y ni siquiera se ha dignado contestamos. Bueno, Mason, ¿va usted a aconsejar a su cliente que nos deje tomarle las huellas, o no?

—No tiene por qué concederles nada —replicó Mason—. Si quieren sus huellas, deténganle y enciérrenle.

—Podría ser que lo hiciésemos, ¿sabe?

—Esto es; y luego se encontrarían con un proceso por detención injustificada. Nada me causaría tanto placer como hacerles pagar los daños y perjuicios.

—¿Es éste su hombre? —preguntó Holcomb al sujeto obeso.

—Para estar seguro tendría que verlo con el sombrero puesto.

El sargento Holcomb se acercó al perchero, regresó con un sombrero y lo plantó en la cabeza de Bedford.

—Mire ahora —ordenó.

El hombre observó a Bedford.

—Parece ser él —anunció.

—Obtenga las huellas dactilares que haya en este despacho —ordenó Holcomb al hombre de paisano.

El hombre se sacó de un bolsillo un estuche de cuero, extrajo de él polvo de diferentes colores y un cepillo de pelo de camello, y empezó a cepillar un cenicero.

—No tienen derecho a hacer esto —observó Mason.

—Trate de impedirlo —dijo Holcomb—. Inténtelo: estamos reuniendo pruebas. Pruébelo, y ya verá lo que le sucede.

Luego, volviéndose hacia Bedford, prosiguió:

—Por otra parte tenía usted veinte mil dólares en cheques de viaje. ¿Qué se proponía hacer con ellos?

—No conteste —intervino Mason—; para responder espere a que

se le trate con la consideración y el respeto debidos a un hombre de su posición. No les diga ni una palabra.

—Todos estos cheques han sido cobrados en un plazo de menos de doce horas —insistió el sargento Holcomb—. ¿Qué hay detrás de todo esto?

Bedford apretó los labios.

—¿Tal vez le estaba exprimiendo una banda de chantajistas? —prosiguió Holcomb—. Los fulanos no querían que les pagase usted con billetes marcados, lo que ha hecho que pensaran en hacerle pagar con cheques de viaje.

—¿Para estar seguros de dejar una pista que permitiese llegar hasta ellos? —sugirió Mason, con tono sarcástico.

—No diga tonterías —replicó Holcomb—. Tal como estos cheques han sido cobrados, podríamos intentar durante cien años relacionarlos con Binney Denham, y no lo conseguiríamos. Sin el asesinato, ni siquiera hubiéramos llegado a descubrirlos.

El inspector de paisano examinó varias huellas que acababa de estudiar con la lupa. Bruscamente, alzó la mirada hacia el sargento Holcomb y asintió con la cabeza.

—¿Qué ha encontrado? —inquirió Holcomb.

—Una huella perfecta que corresponde a la del…

—¡No se lo diga! —cortó Holcomb—. Yo con esto tengo bastante. Coja sus cosas, Bedford. Nos lo llevamos.

—¿Con qué acusación? —preguntó Mason.

—Sospecha de asesinato —replicó Holcomb.

Mason dijo:

—Pueden ustedes hacer todas las investigaciones que quieran; y también pueden detenerle y acusarle de asesinato; pero no como sospechoso de asesinato.

—Nadie ha dicho que no haya de soltarlo más adelante —contestó Holcomb—. Pero, por lo que respecta a detenerle, lo detengo. ¿Qué se apuesta?

—O bien lo acusa, o bien obtengo un *habeas corpus* y le hago salir.

Holcomb sonrió triunfalmente:

—Adelante, abogado, obtenga el *habeas corpus*. De aquí a entonces, yo tendré encerrado a Bedford y habré obtenido sus huellas. Bueno, Bedford, vamos allá. ¿Paga el taxi o llamamos al

coche celular?

Bedford miró a Mason.

—Pague el taxi —aconsejó el abogado— y niéguese a decir nada, si no es en presencia de su abogado.

—Eso está bien. No necesito más de una hora para preparar mi acusación; y si usted puede obtener un *habeas corpus* en este plazo, es un superhombre.

Stewart G. Bedford se irguió y anunció:

—Señores, deseo hacer una declaración.

—¡Espere! —exclamó Mason—. ¡Todavía no!

Bedford fijó en el abogado sus ojos fríos y resueltos:

—Mason —le dijo—, le he pedido sus consejos por lo que respecta a mis negocios legales; no por lo concerniente a mis deberes morales.

—Le he dicho que espere —repitió Mason, con voz irritada.

—Está usted en su casa —hizo observar Holcomb a Bedford, con tono en el que se traslucía la esperanza—. Si quiere que le pongamos en la puerta, sólo tiene que decir una palabra.

—No deseo que salga —replicó Bedford—. Sólo quiero declarar que efectivamente ayer estuve en el *Staylonger Motel*.

—¡Esto está mejor! —exclamó Holcomb, acercándose una silla en la que se sentó—. ¡Prosiga!

—Ese Binney Denham me hacía chantaje —dijo Bedford—. En mi pasado hay algo que confiaba no tener que revelar nunca públicamente. Denham, Dios sabe cómo, lo había descubierto.

—¿De qué se trata? —preguntó Holcomb.

—Aplasté a una mujer con mi auto —afirmó Bedford, con sencillez—. De eso hace seis años. Yo había bebido unas copas. Era una noche oscura y llovía. De hecho, no fue verdaderamente culpa mía y no estaba embriagado ni mucho menos. Una vieja, vestida de negro, atravesaba la calle. No la vi hasta que mi coche estuvo encima. En el mismo momento de atropellarla conocí que nadie podía hacer nada por ella.

—¿Y dónde ocurrió eso? —quiso saber el sargento Holcomb.

—En la calle Figueroa, hace seis años. La mujer se llamaba Sara Biggs. Encontrarán todos los detalles en los informes relacionados con los accidentes. Tal como les he dicho, había bebido unas cuantas copas. Sé muy bien lo que puedo y lo que no puedo hacer

cuando he bebido. Cuando he bebido demasiado, jamás conduzco. Ese accidente no era debido a los varios combinados que había bebido, pero sabía que mi aliento olía a alcohol. Nada podía hacerse por la mujer. La calle estaba completamente desierta. Proseguí mi camino.

»Procuré informarme de las consecuencias del accidente por mediación de lo que dijeron los diarios. La mujer había muerto instantáneamente. Y les repito, señores, que la culpa fue suya. En una noche oscura y lluviosa, atravesaba la calle, fuera del paso de peatones. ¡Dios sabe en qué estaría pensando! Según me enteré más tarde, era una mujer anciana, completamente vestida de negro.

—Entendido —intervino el sargento Holcomb—. Así, pues, se largó usted. Ese Denham se enteró del asunto. ¿Es esto?

—Esto mismo.

—¿Y qué hizo él?

—Esperó cierto tiempo antes de empezar a exprimirme —repuso Bedford—. Después se presentó exigiendo…

—¿Cuándo fue esto? —interrumpió Holcomb.

—Hace tres días.

—¿No le conocía aún?

—Era la primera vez que veía a ese hombrecillo viscoso. Con su aire humilde, me dijo que lo sentía mucho, pero que necesitaba dinero y… en fin, me dijo que me procurase veinte mil dólares en cheques de viaje, y que no podía escoger.

Bedford continuó su relato hasta llegar al momento en que él y Geraldine Corning se detuvieron en el *Staylonger*.

—¿Quién escogió el motel? —preguntó Holcomb—. ¿Usted o ella?

—Yo.

—Muy bien. ¿Y luego?

Bedford prosiguió su historia, y para terminar, anunció:

—De regreso de almorzar nos tomamos un vaso de whisky, el segundo del día. El whisky había sido drogado. Me dormí. Después, ignoro lo que sucedió.

—Perfecto —intervino el sargento Holcomb—. Puesto que está usted tan bien dispuesto, ¿por qué no nos habla del revólver?

—A eso iba —explicó Bedford—. Era la primera vez en mi vida que me hacían un chantaje, y estaba furioso. Tenía un revólver en

mi despacho; lo cogí y lo guardé en mi cartera.

—Continúe.

—Ya les he dicho que el segundo vaso de alcohol que bebí, contenía un somnífero.

—¿A qué hora lo bebió?

—Hacia las cuatro de la tarde; no puedo decirles la hora exacta; todavía era de día.

—¿Cómo sabe que el alcohol contenía un soporífero?

—No es difícil; nunca he sido capaz de dormir de día. Pero, apenas vacié mi vaso, empecé a ver las imágenes dobles. Traté de levantarme y no pude; volví a caer en la cama y me dormí.

—¿Fue la rubita la que drogó el whisky? —sugirió Holcomb.

—Más bien creo que un tercer personaje entró durante nuestra ausencia y drogó la botella de donde procedía el alcohol —repuso Bedford—. Miss Corning pareció experimentar los efectos antes que yo. Estaba sentada en un sillón y se durmió cuando yo aún estaba despierto. De hecho, tengo la impresión de que se durmió en mitad de una frase.

—A veces esa gente desempeña una comedia —explicó Holcomb —. Eso evita que el primo sienta sospechas. La chica drogó un vaso y luego hizo como que se dormía la primera. Es un viejo truco.

—Es muy posible —replicó Bedford—. Sólo les digo lo que sé.

—Entendido —dijo Holcomb—. ¿Y cómo es que utilizó su revólver? Supongo que el sujeto llegó y que…

—Yo no utilicé mi revólver —interrumpió Bedford, con tono categórico—. Mi revólver estaba en mi cartera; cuando me desperté, ya de noche, había desaparecido.

—Y entonces, ¿qué hizo usted? —preguntó Holcomb, con aire escéptico.

—Al descubrir el cadáver de Denham, me asusté. Me escurrí por entre la cerca de alambre de espino…

—¿Se desgarró usted el traje? —preguntó Holcomb.

—Efectivamente, la rodilla del pantalón.

—¿Y después?

—Atravesé el descampado y llegué a la autopista. Allí conseguí que un automovilista me llevara a la ciudad. Creo, señores, que ya lo saben todo.

—¿Mataron a Denham con el revólver de usted? —insistió el

sargento.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Ya les he contado mi historia, señores. No estoy acostumbrado a que se me hagan preguntas y no estoy dispuesto a someterme a un contra-interrogatorio. Les he dicho toda la verdad.

—¿Qué hizo usted del revólver? —preguntó Holcomb—. Vamos, Bedford, después de decirnos tantas cosas, tanto da que nos diga el resto. Después de todo, la víctima era un chantajista. Estaba usted en sus manos. Tiene montones de excusas. Sabía usted que una vez había empezado a pagar, tendría que proseguir. Utilizó la única solución que le permitiría librarse de él. Vamos, igual puede decirnos qué hizo con el arma.

—Les he dicho la pura verdad —repitió Bedford.

—¡Narices! —exclamó el sargento—. No espere hacernos creer una historia así. Ante todo, ¿por qué había de coger su revólver si no tenía el propósito de utilizarlo?

—Ya les he dicho que no lo sé. Sin duda, pensaba que podía intimidar a ese individuo diciéndole que había pagado una vez pero que sería la última. Debía de tener la vaga idea de que, si le enseñaba el revólver y le explicaba que pensaba utilizarlo si él volvía a hacerme chantaje, esto me permitiría, quizá, desalentarlo. Francamente, señores, no lo sé. Nunca tuve un plan bien definido. Actué impulsivamente y…

—Sí, lo sé —interrumpió Holcomb—. Ya nos lo ha dicho. Ahora, vomite la verdad. ¿Qué hizo con el revólver después de haber matado a Denham? Confiese y se sentirá mejor.

Bedford meneó la cabeza.

—Les he dicho lo que sabía: Mientras dormía, alguien debió de coger el arma de mi cartera.

Holcomb miró al inspector de paisano; después prosiguió, dirigiéndose a Bedford:

—De acuerdo. Vamos a charlar con el juez instructor. Venga, Bedford. Usted pagará el taxi.

Capítulo 14

Completamente agotado, Mason penetró en los despachos de la agencia Drake.

—¿Se ha marchado Drake a su casa? —preguntó a la telefonista.

La aludida hizo un ademán negativo e, indicando la puerta que daba a un largo pasillo, repuso:

—Todavía está aquí; creo que descansa. Tiene un diván en su despacho. Puerta número siete.

—Gracias —replicó Mason—. Voy a echar una ojeada sin hacer ruido. Si duerme, no le despertaré.

Enfilando el pasillo, el abogado cruzó ante una serie de despachos, pequeños como conejeras, y abrió suavemente la puerta del número siete.

Era un despachito amueblado con una mesa, dos sillas y un diván; sobre éste, Paul Drake, tendido de espaldas, roncaba suavemente.

Durante un momento, Mason permaneció en el umbral, contemplando al hombre dormido. Iba a retirarse, cuando el teléfono empezó a sonar ruidosamente. Mason vaciló un momento y luego entró.

Paul Drake se incorporó. Con los ojos aún enturbiados por el sueño, buscó a tientas el aparato, apoyó el receptor en su oreja y dijo:

—¿Diga…? Sí… Qué…

Luego sus ojos, aún dormidos, descubrieron a Mason, y el detective inclinó débilmente la cabeza.

De repente, Mason vio que el rostro de Drake cambiaba de expresión. El hombre se despertó completa, brutalmente, como si le hubieran lanzado en pleno rostro un cubo de agua.

—Un momento —dijo—. Repítame la dirección… Está bien. ¿Y

el nombre? Anotado.

Escribió rápidamente algo en un bloc y luego dijo a su interlocutor:

—¡No te muevas! Vigila la casa. Si la chica sale, síguela. En seguida voy; dentro de un cuarto de hora o veinte minutos… Entendido. Hasta pronto.

Colgó bruscamente y dijo:

—Ya la tenemos, Perry.

—¿A quién?

—A Geraldine Corning.

—¿Estás seguro?

—Se llama Grace Compton. Tengo aquí su dirección. No te habías equivocado en lo de las iniciales.

—¿Cómo te las has arreglado para encontrarla?

—Te lo explicaré por el camino. Vamos allá.

Drake se pasó las manos por el cabello, cogió el sombrero y metióse en el estrecho corredor en tanto que Mason trotaba pegado a sus talones.

Los dos atravesaron corriendo el aparcamiento del edificio y subieron al coche del abogado.

—El barrio en que está la agencia de alquiler de coches nos ha dado el primer indicio —explicó el detective, mientras Mason ponía el motor en marcha—. Hemos empezado a examinar el anuario telefónico, en el apartado de artículos de viaje, y hemos anotado los nombres de las tiendas que se encontraban en el sector. He ocupado en el asunto a cinco muchachos. Uno de ellos ha hecho diana. Un fulano ha recordado haber vendido unas maletas a una rubia cuya descripción encajaba y que le pidió que grabase las iniciales «G. C.». La rubia pagó con un cheque firmado «Grace Compton» y el fulano recordaba el nombre del banco. Después ya ha sido fácil. Vive en un apartamento amueblado y en este momento, probablemente, está en su casa.

—Buen trabajo, Paul —contestó Mason.

—Desde luego, puede tratarse de una pista falsa —observó Drake—. Después de todo, ¿qué teníamos cuando hemos empezado? Una descripción y unos indicios muy débiles. Hay montones de chicas rubias que compran maletas.

—Lo sé bien —replicó el abogado—. Pero algo me dice que no

estamos equivocados.

—Tuerza a la izquierda, Perry —le aconsejó Drake.

Mason viró a la izquierda y luego, siguiendo las indicaciones de Drake, torció a la derecha tres calles más lejos; Estacionó el coche y se apeó junto con Drake. Y ambos se encaminaron hacia un edificio de aspecto chillonamente lujoso.

Un hombre sentado en un coche detenido ante la entrada del edificio, rascó una cerilla y encendió un pitillo.

—Es uno de mis hombres —explicó Drake—. ¿Quiere hablarle?

—¿Es necesario?

—No; ha encendido un cigarrillo, lo que quiere decir que la chica aún está arriba. Es una señal entre nosotros.

Subieron hasta la segunda planta y recorrieron el pasillo en toda su longitud.

—Es aquí —anunció Drake ante la puerta 231—. Desde este momento, tú tienes la palabra, Perry.

Después oprimió el botón del timbre. Un timbrazo largo, dos breves y otro largo.

Los dos hombres oyeron el rápido repiqueteo de unos tacones sobre el pavimento y luego la puerta se abrió. Una rubia vestida con pijama apareció y dijo:

—¡Dios mío! tú… —y calló bruscamente a la vista de los dos hombres.

—¿Miss Compton? —preguntó Mason.

Inmediatamente, los ojos de la joven se mostraron cautelosos.

—¿De qué se trata? —inquirió.

—Sencillamente, queríamos hablar con usted.

—¿Quiénes son?

—Éste es el detective Paul Drake, y yo soy el abogado Perry Mason.

—De acuerdo. ¿Y qué?

—El *Staylonger Motel*, ¿significa algo para usted, miss Compton?

—Sí —contestó ella rápidamente—. Fui con un actor de cine, un artista muy conocido. Él no quería que nuestras relaciones se supiesen. Me hizo perder la cabeza. Y ahora le pido daños y perjuicios para obligarle a subvenir a las necesidades del hijo que voy a tener de él. ¿Cómo lo han sabido?

Mason preguntó:

—¿Estuvo usted ayer con míster Stewart G. Bedford?

La joven les observó atentamente:

—Entendido —dijo—. Si es una broma, adelante y no se hable más de ello. Si no, ya pueden largarse.

—No es una broma. Estoy tratando de informarme antes de que lo haga la policía.

—¿Y por eso ha venido con un «poli»?

—Es un detective particular.

—¡Oh, entiendo! Y quiere usted saber exactamente lo que hice yo ayer. Resulta encantador. ¿Quieren tal vez entrar y sentarse? Sin duda esperarán que les ofrezca una bebida y…

—¿Conoce a Binney Denham?

—¿Denham? ¿Denham? —repitió ella; después negó lentamente con la cabeza—. El nombre no me dice nada. ¿Debería conocerlo?

—Si es usted la persona que creo —contestó Mason—, usted y Stewart Bedford ocupaban ayer los pabellones quince y dieciséis del *Staylonger Motel*.

—¡Oh, mister Mason, qué cosas de decir! —protestó la rubia—. Nunca voy al motel sin hacerme acompañar por una carabina… ¡Nunca!

—Y —prosiguió Mason— Binney Denham fue hallado muerto en el pabellón que usted había ocupado. Un revólver del 38, le había enviado una bala a la…

Con el rostro pálido, los ojos desorbitados, la chica retrocedió un paso; su boca se abrió como si quisiera ponerse a gritar. Apoyó con fuerza una mano sobre sus labios.

Con un movimiento de la cabeza dirigido a Paul Drake, Mason entró tranquilamente en el apartamento y cerró la puerta tras de sí. Se sentó en una butaca, encendió un cigarrillo y dijo:

—Siéntate, Paul —como si estuviese en su casa.

Durante varios segundos, la joven le contempló con ojos llenos de terror. Finalmente preguntó:

—¿No me estará contando un cuento?

—Telefonee a la policía —aconsejó Mason—; le confirmarán la noticia.

—¿Qué quieren que haga con la policía?

—En efecto, es más bien lo contrario. Los «polis» llegarán de un momento a otro. ¿Quiere contarnos lo que sucedió?

La joven se acercó a un sillón y se instaló en el borde del asiento.

—Cuando guste —dijo el abogado.

—Se trataba de hacer pagar a un fulano —explicó la rubia—. No estoy enterada de los detalles. Binney me había hecho trabajar otras veces para él.

—¿Qué clase de trabajo?

—Mantener al sujeto fuera de la circulación hasta que Binney tuviese la pasta en su poder.

—¿Cómo se las arregla?

—Ayudo al fulano a pensar en otra cosa.

—¿En qué, por ejemplo?

—¿Tengo que dibujárselo?

—¿Y qué ocurrió con Bedford?

—Me esforcé en entretenerlo, pero me fue difícil. Está enamorado de su mujer. Si yo hubiese sido un pedazo de hielo olvidado en el fregadero de la cocina, me hubiese hecho el mismo caso que me hizo. Luego, al cabo de un tiempo, empezamos a entendemos. No se confundan: era una buena amistad. Sin nada más. Ese tipo me gusta.

»Fue en aquel momento cuando decidí que era la última vez que trabajaba en estos asuntos. Cuando vi cómo quería a su mujer, como… En fin, todavía soy joven y tengo probabilidades. Tal vez algún día, un hombre me ame de esta manera, si nos conocemos, si es como es debido. Tal como están las cosas en estos momentos, hay pocas posibilidades de que esto suceda.

—¿Y qué hicieron entonces?

—Bueno. Alguien nos hizo una mala jugada. Salimos; yo dejé una botella de alcohol en la mesa. Regresamos y nos bebimos un trago. Yo ignoraba que el alcohol estaba drogado, hasta el momento en que me desperté, ya de noche. Bedford dormía aún. Él había bebido el doble que yo. Le tomé el pulso: parecía estar normal. Por lo tanto, me dije que no corría peligro.

—¿Y luego?

—Me duché y me vestí. Sabía que los bancos estaban cerrados y que Binney no tardaría en comparecer.

—¿Y se presentó?

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—Que se había hecho lo necesario y que podíamos marcharnos.

—¿Y después?

—Después le acusé de haber drogado la bebida, pero él lo negó. Me puse algo nerviosa; tenía la impresión de que ya no confiaba en mí. Le dije que la próxima vez que tuviese un trabajo de este estilo, tendría que buscar a otra que lo hiciera. Una cosa trajo otra. Le dije que Bedford dormía. Tratamos de despertarlo: imposible. Le levantamos, conseguimos sentarle, pero volvía a caer sobre las almohadas.

»En resumen, yo nada podía hacer. Por muy furiosa que estuviese contra Binney, esto no devolvía la conciencia a Bedford. No tenía intención de quedarme esperando a que él se despertara: tenía dinero y podría regresar a su casa en taxi. Le prendí en la manga una nota para decirle que todo había terminado y que podía marcharse. Después fui a buscar mi auto.

—¿Dónde estaba Denham?

—En su coche.

—¿Qué hizo usted?

—Me marché y devolví el auto a la agencia de alquiler, según lo convenido.

—¿Dejó a Binney en el motel?

—No; se marchó casi al mismo tiempo que yo.

—En tal caso, él debió de dar media vuelta y volver allá.

—Probablemente. ¿Estaba allí su coche?

—Parece que no. ¿Qué clase de vehículo tenía?

—Un Chevrolet de lo más vulgar —contestó la chica—. Le interesa tener un automóvil que nadie pueda descubrir. Un auto tan parecido a los otros que nadie se fije en él.

—¿Tenía algún motivo para regresar al motel?

—Que yo sepa, no. Ya tenía la pasta.

—¿Necesitaba ver de nuevo a Bedford?

—De ningún modo; ya le he dicho que tenía la pasta: ¿qué más podía querer?

Mason frunció el ceño:

—Debía de haber un motivo. ¿No habría olvidado alguna cosa comprometedora?

—¡Esto no es propio de Binney!

—¿Se marcha de viaje? —preguntó Mason, señalando las maletas nuevas que había junto a la puerta de un armario.

—Podría ser.

—¿Se gana mucho en este oficio?

—Aunque ganara cien veces más —contestó ella con amargura—, no bastaría. ¿Cuánto cuesta el respeto hacia uno mismo?

—Así, ¿no puede hacer nada por Bedford?

—Nada. Pagó como un señor. Era un buen montón: veinte mil dólares; todo en cheques de viaje.

—¿Qué hizo usted con ellos?

—Se los hice firmar y después los puse en el compartimiento para guantes del auto de alquiler. Lo habíamos convenido así, Binney y yo. Binney estaba situado en un lugar desde donde podía verlo todo. Luego cogió los cheques y fue a cobrarlos.

—¿Tenía un cómplice?

La rubia hizo un ademán negativo.

—Sin embargo —insistió el abogado—, él hablaba de un tal Delbert.

La chica se puso a reír.

—¡Qué astuto era ese Binney! Ponía furiosa a la gente que esquilmaba de tanto hablarle de ese Delbert ficticio. Algunos hubiesen estrangulado a ese Delbert si llega a existir. Pero Binney siempre les resultaba simpático. ¡Siempre tan amable, tan dispuesto a disculparse por todo!

—¿Usted era su única asociada?

—¡No diga estupideces! Yo no era su asociada; sólo una empleada a sueldo. De vez en cuando, me hacía un obsequio de doscientos billetes, pero no a menudo. Parecía tenerlos atados con gomas. Para hacerle arrojar la pasta a ese cochino hombrecillo…

Ella calló bruscamente; Mason la animó:

—Prosiga.

Ella dijo que no con la cabeza.

—¿Le hizo alguna jugarreta?

—¡Vaya a que le ahorquen! ¿Por qué tendré que irme siempre de la boca?

Mason trató de abordar el problema de manera distinta.

—Así, pues, ¿decidió usted que era la última vez que trabajaba para Denham?

—Sí; lo decidí después de haber hablado con Bedford.

—Es usted quien lo dice —observó Mason—. De hecho, era una ocasión magnífica para desembarazarse de Denham, sin armar alboroto. Usted misma reconoce que se proponía abandonar esta vida. Tal vez comunicase sus intenciones a Binney y él no se sintiese contento. Estaban allí usted y Binney tratando de despertar a Bedford. Usted acaba de decírmelo. Sin duda alguna, había registrado su cartera y sabía lo que contenía. Hubo una disputa, usted largó un pildorazo a Binney y después se marchó tranquilamente, llevándose los veinte mil dólares.

—Ya le he dicho que abandonaba esa vida, que de repente, me sentía llena de moralidad. ¿Cree usted que es el momento que hubiese escogido para cargarme a un tipo y birlarle veinte mil dólares?

—Tal vez no tuviese otra alternativa que cargárselo —replicó Mason, observando atentamente a la rubia—. Su conversión moral tal vez no fuese del gusto de Binney; nada me dice que él no tuviese sus ideas sobre esto y que la pequeña reunión familiar no degenerase en pelea.

—Está usted empeñado en que yo sea quien pague el pato, ¿verdad? —contestó la joven—. Es usted abogado; su cliente tiene su fortuna, su posición social, su prestigio político. Mientras que yo no tengo nada. Va usted a echarme a los leones para salvar la piel de su cliente. He sido una imbécil al consentir en responderle.

—Si lo mató usted en legítima defensa —insistió Mason—, estoy convencido de que míster Bedford haría lo necesario para que…

Ella le interrumpió diciendo:

—¡Váyase al diablo!

El abogado se levantó.

—Quería simplemente conocer su versión del asunto —explicó.

—Ya la tiene.

—Si ocurrió algo que verdaderamente la obligó a matar a Denham para defenderse, mejoraría su situación si fuese a comunicárselo a la policía. Tiene que saber también que toda tentativa de abandonar la ciudad será considerada como una tácita confesión de culpabilidad por su parte.

—Seguramente tendrá usted muchas cosas que hacer, míster Mason —le contestó ella, con tono sarcástico—. A mí me sucede lo

mismo. No quiero entretenerle por más tiempo.

Después se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Dile a tu hombre que la siga —aconsejó Mason a Drake, cuando los dos se encontraron en la escalera—. Algo me dice que se dispone a tomar las de Villadiego.

—¿Quieres que se lo impidamos?

—¡Válgame Dios, no! Sólo quiero saber a dónde va.

—Entendido. Ve andando hacia el coche, que ahora te alcanzo.

Mason se dirigió hacia su automóvil. Drake pasó junto al otro vehículo, que aguardaba ante el edificio, hizo un ligero ademán con la cabeza y después encaminóse hacia la esquina más próxima, que dobló.

El hombre bajó del auto, anduvo a su vez hasta la esquina, reunióse con Drake, sostuvo con él una breve conversación, y regresó al auto.

Drake fue a sentarse junto a Mason y le dijo:

—Si ocurre cualquier cosa, nos avisará, y la seguirá a dondequiera que ella vaya.

—¿Lleva bastante dinero consigo?

—Ya se lo he dado —repuso Drake—. Dime, Perry, ¿te gustaría que la rubia se largara?

El abogado contestó con aire pensativo.

—Quisiera que no me diese esa impresión de sinceridad. Claro está que me gustaría verla largarse: represento a un cliente que está acusado de asesinato. Si creemos la versión de esa chica, ella tenía los mayores motivos para liquidar a Denham. Si toma las de Villadiego, estaré en situación de acusarla del asesinato, a menos que la policía encuentre otras pruebas contra Bedford. Por lo tanto, me interesa dar a la rubia la cuerda suficiente para que pueda ahorcarse. Pero me inquieta. Su relato ha despertado mi simpatía.

—No empieces a dejarte enternecer —le aconsejó Drake—. Con la vida que ella lleva, su especialidad es hacer tragar a la gente las historias más desgarradoras. En mi opinión, ella fue quien mató a Denham. No desperdicies tus lágrimas por ella.

—No es esa mi intención —anunció Mason—. Y, como trate de largarse, garantizo la absolución de Stewart G. Bedford.

Capítulo 15

Mason estaba sentado frente a Bedford en el locutorio de la cárcel reservado a los abogados.

—Presumo —le dijo— que había usted preparado anticipadamente su historia del accidente de auto para proteger la reputación de su esposa. ¿Estaba dispuesto a sacrificarse para impedir que ella se viera comprometida?

Bedford asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué diablos no me advirtió de sus intenciones?

—Temía que no estuviese de acuerdo.

—¿De dónde sacó todos los detalles? —quiso saber el abogado.

—En realidad, es una historia auténtica de la que me enteré por casualidad. La vieja en cuestión era parienta de uno de mis empleados y se disponía a sufrir una operación muy grave y costosa. Lo sé porque acababa de anticipar dinero a mi empleado, que debía devolvérmelo en mensualidades. Cuarenta y ocho horas más tarde, la vieja salió a la calle como en estado de trance, y un auto la arrolló. Nunca se supo quién fue.

—Pues bien, ahora se ha puesto la cuerda al cuello —le hizo observar Mason.

—No es tan grave como eso. Para esta clase de delitos existe prescripción al cabo de tres años; mi asunto data de seis. ¿Es que no se da cuenta, Mason, de que era preciso que encontrara algo que explicara el porqué Denham me hacía chantaje? De lo contrario, los periodistas hubiesen empezado a tratar de descubrir de qué se trataba y desde luego, en seguida hubiesen pensado en mi esposa…

»De esta manera, nadie se acordará de ella.

—Esperémoslo —replicó Mason.

—Ahora, Mason, voy a decirle una cosa: creo saber quién mató a Denham.

—¿Quién?

—Recordará que había una mujer que deambulaba por el motel, una mujer de la que no se sabe nada. Creo haber comprendido lo que sucedió. Alguien decidió que el mejor sistema de terminar con el chantaje de Denham, era procurar que fuese asesinado, pero sin que su muerte atrajese la atención sobre el beneficiario del crimen; para eso había que esperar que Denham hiciese chantaje a otra persona: sería la última víctima del chantajista quien aparecería sospechosa del delito.

—Prosiga —dijo Mason.

—Así, pues, según yo veo la situación, esa mujer tenía un medio para saber que Denham me hacía chantaje. Le siguió hasta el motel y, cuando él hubo cobrado mi dinero, ella le mató.

—¿Con el revolved de usted? —preguntó Mason, secamente.

—Espere, a eso voy. Según todas las evidencias, la desconocida no pudo habernos seguido a Geraldine Corning y a mí hasta el motel. Ante todo, porque Geraldine había adoptado toda clase de precauciones para asegurarse de que no éramos seguidos; después, porque fui yo quien escogí el motel.

—Prosiga —dijo Mason—. Hasta aquí su teoría es lógica.

—Muy bien. Cuando Denham fue a cobrar los cheques de viaje, la desconocida supo que él tenía entre manos un nuevo asunto. Cuando Denham fue a advertir a Geraldine que ya podíamos marcharnos, la mujer decidió probar suerte. Desde luego, tenía que esconderse en algún sitio; y resultó que lo hizo en el pabellón doce, que Elsa Griffin había dejado abierto porque no guardaba en él nada de valor. Después, la desconocida debió de ir a matar a Denham con su propio revólver.

»Luego registró el pabellón, me encontró allí, dormido, evidentemente atiborrado de soporífero. Mi cartera estaba en el suelo: la mujer debió de preguntarse quién era yo. Registró mi cartera y encontró mi arma. ¿Hay algo más fácil para ella que apoderarse del revólver y ocultarlo en un lugar en el que nunca fuese hallado? De esta manera, era yo el que debía pagar por el asesinato de Denham.

—No es imposible —contestó Mason, sin comprometerse.

—Por lo tanto, quiero que remueva cielo y tierra para hallar a esa mujer —dijo Bedford—. Cuando la tenga y poseamos la

verdadera arma del crimen, los expertos en balística podrán demostrar que es ésta la que disparó la bala fatal. El propietario del motel tuvo ocasión de hablar a esa mujer. La vio salir del pabellón que había alquilado Elsa y le preguntó qué hacía allí. Esto la convierte en un testigo precioso. Hágale interrogar por sus hombres, trate de obtener una descripción lo más perfecta posible de la mujer. Por otra parte, tiene usted las huellas encontradas por Elsa en el pabellón doce. Vamos, Mason, juegue esta carta, créame; tengo el presentimiento de que es la buena.

»Tengo dinero, amigo mío, montones de dinero. No existe límite para los gastos que pueda efectuar. Ocupe en el asunto a los mejores detectives de la ciudad, si es preciso, pero encuéntreme a esa mujer; es lo que necesitamos.

—Supongamos que hubiese matado a Denham con el revólver de usted.

—Imposible. Siguió a Denham hasta allí con un solo objeto: matarlo. Y supongo que no pensaría hacerlo con las manos desnudas.

—Antes de lanzarnos por este camino —sugirió Mason—, me gustaría estar seguro de que el asesinato no fue cometido con su revólver. Para esto necesitamos o bien su arma, o bien balas procedentes de su arma; ¿no recuerda usted algún árbol u otro objeto por el estilo que le hubiese servido de blanco cuando ejercitaba su puntería?

—No; no creo haber usado nunca ese revólver.

—Tengo una hipótesis —anunció Mason—. Pero guárdela para usted.

—¿Cuál es?

—La rubia que estaba con usted en el motel. Tuvo la ocasión y los motivos necesarios —explicó Mason—. De hecho, es de ella de quien lógicamente se debería sospechar.

El rostro de Bedford se ensombreció:

—¡Qué cosas se le ocurren, Mason! Esa joven era una buena chica. No le diré que no hubiese ido demasiado por ahí, pero no es mujer para asesinar a nadie.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque pasé un día con ella. Una buena chica; se disponía a abandonar esa vida.

—Razón de más. Supongamos que hubiese comunicado a Binney sus intenciones y que éste empezase a intimidarla para obligarla a renunciar a su proyecto. A la rubia sólo le quedaba una salida. Binney debía de saber lo bastante acerca de ella para obligarla a obedecer.

—Se equivoca usted por completo —replicó Bedford, meneando enérgicamente la cabeza—. A quien hay que encontrar es a la desconocida del pabellón doce.

—Y podríamos convencer a un jurado de que era lógico que esa rubia hubiese cogido el revólver que se encontraba en su cartera y lo hubiese utilizado —prosiguió Mason—; en tanto que una mujer que hubiese seguido a Binney hasta el motel, con intención de matarle, hubiese ido armada.

—Es lo que me esfuerzo en explicarle.

—De tal manera que, si lleva usted el juego a su manera, y finalmente resulta que su revólver es el arma del crimen, está usted listo.

—Haga lo que le digo —ordenó Bedford—. Tengo un presentimiento y siempre me fío de mis presentimientos. Después de todo, Mason, si me equivoco seré yo quien reciba, ¿no?

—Usted lo ha dicho, Bedford: será usted quien reciba. ¡Y de qué manera!

Capítulo 16

Mason bostezaba de cansancio cuando abrió la puerta de su bufete. Desde su mesa de trabajo, Della Street alzó los ojos y dijo:

—Hola, jefe, ¿cómo va el asunto?

—Creía haberte dicho que te fueras a dormir.

—Me he marchado; me he acostado y he dormido. Y heme aquí de regreso, dispuesta a afrontar otra sesión de noche, si es necesario.

Mason se estremeció de horror:

—¡Ni hablar de eso! Una experiencia de este género es suficiente para toda una temporada.

—Paul Drake ha telefoneado durante tu ausencia. Dice que tiene algo que podría ser interesante.

—Llámale y dile que venga.

En tanto que Della Street telefoneaba, Mason se repantigó en su sillón basculante, cerró los ojos, se desperezó y emitió un descomunal bostezo.

—En un asunto como el nuestro —replicó—, el problema estriba en que siempre hemos de ir un paso por delante de la policía. Ahora bien, la policía no duerme; trabaja con equipos que se relevan sucesivamente.

En aquel momento oyeron que Drake llamaba a la puerta, Della Street se levantó y fue a abrir.

—Hola, Paul —dijo Mason—. ¿Qué noticias hay?

—Tu cliente. Bedford, ha hecho una nueva declaración. Pero supongo que estarás al corriente, ¿no?

Mason gruñó.

—No cesa de hacerlas. ¿Qué ha dicho esta vez?

—Ha declarado a los periodistas que quiere ser sometido a juicio inmediatamente; y el juez instructor dice que, si Bedford no

fanfarronea, tendrá el juicio que pide. Dada la posición social de Bedford, quien además, no deja de insistir en que se le exculpe sin pérdida de tiempo, es posible que el presidente del tribunal esté de acuerdo.

—Encantador —dijo Mason, con tono sarcástico—. Aparentemente, a Bedford nunca se le ocurre que debería consultar con su abogado antes de hacer a la prensa esta clase de declaraciones. ¿Y Harry Elston, Paul? ¿Has podido encontrar algo respecto a él?

—Nada en absoluto, y la policía ha tenido tan poco éxito como yo. Pero ahora que han abierto la caja que compartía en el banco con Binney Denham, la policía se muestra propensa a pensar que cuando Elston abrió anoche la caja, hacia las diez menos cuarto, cogió alguna cosa y dejó otra.

—¿Cómo es eso?

—La caja estaba a nombre de Denham y Elston. Ahora bien, ya no contiene nada que lleve el nombre de Elston, pero en cambio, está atestada de papeles pertenecientes a Binney Denham. Papeles sin ningún valor y que a nadie se le ocurriría meter en una caja fuerte.

Mason se quedó pensativo.

—La realidad es que la caja está llena hasta los bordes —prosiguió Drake—. La policía piensa que Elston, habiéndose enterado de la muerte de Denham, debió de llevarse el dinero que había en la caja y sustituirlo por montones de papeluchos, para dar la impresión de que nada se había sacado.

—¿Cómo se enteró de la muerte de Denham?

—Bueno, a decir verdad la policía se ha hecho con vehemencia esta misma pregunta. Pero ahora ya no le interesa. Está convencida de que, por lo que respecta a Bedford, es cosa hecha, que cualquier jurado le encontrará culpable de homicidio en primer grado.

—¿Qué más hay, Paul?

—Lo más importante. En el momento en que salía de mi despacho para venir a verte, he recibido una llamada telefónica del sujeto a quien he encargado que siga a Grace Compton. No ha podido hablar gran cosa. Está en el aeropuerto. Nuestra amiga rubia se dispone a tomar el avión para Acapulco, en Méjico. Nuestra amiga rubia debe de tener ganas de tomar unos cuantos baños de

mar. Mi hombre no le pierde de vista. Ha reservado un asiento en el mismo avión.

—¿Cuándo se marchan?

—Hay un avión para Méjico a las ocho y media.

Mason consultó su reloj y dijo:

—¿Y la chica está ya en el aeropuerto?

Drake hizo un ademán afirmativo.

—¿Qué puede querer hacer allí?

—¡Ni idea!

—¿Cómo se ha disfrazado? —preguntó Mason.

—¿Cómo has adivinado que se había disfrazado? —exclamó Drake—. Yo no he dicho nada.

—Reflexiona, Paul. Sabe que la policía tiene su descripción y que la busca. En tal caso, hay peligro de que el aeropuerto esté vigilado. Para atreverse a llegar anticipadamente, en lugar de esperar en su casa hasta el último minuto, en que ha debido recurrir a algún disfraz.

—Pues bien, has dado en el blanco. Va disfrazada de tal manera que nadie podría reconocerla.

—¿Cómo?

—No tengo detalles —repuso Drake—. Mi hombre se ha limitado a decirme que, si no la hubiese seguido y, por lo tanto, no hubiese asistido a su transformación, ni él mismo la hubiese reconocido.

—¿Ha de llamarte de nuevo?

—Cada vez que pueda telefoneará para mantenerme al corriente.

—¿Crees que conoce a Della?

—Probablemente; a menudo viene a verme al despacho.

Mason se encaró con Della Street.

—Toma un taxi, Della —le ordenó—, y ve al aeropuerto. El agente de Paul nos llamará probablemente antes de que tú llegues. Trata de ponerte en contacto con él. Descríbeselo, Paul.

—Tiene cincuenta y dos años —dijo Drake—. Sus cabellos eran antes rojizos, pero ahora se están volviendo rosados. Lleva un sombrero gris con las alas caídas. Es un hombre delgado, que mide alrededor de un metro sesenta y ocho. Debe de pesar unos sesenta y tres kilos. Siente debilidad por el gris; traje gris, corbata gris,

sombrero gris. Además, tiene los ojos grises, y es la clase de tipo al que uno puede contemplar durante una hora sin llegar a verlo.

—Lo encontraré —afirmó Della—. ¿Qué tengo que hacer luego, jefe?

—Localiza a la chica. Trata de entablar conversación con ella. Haz esto de manera sutil; si es posible, deja que sea ella la que dé el primer paso. Siéntate a su lado y empieza a sollozar y a sonarte. Muéstrate preocupada; si ella tiene miedo, tal vez esto le dé la impresión de que ambas tenéis algo en común.

—¿Y con qué motivo he de llorar?

—Tu pequeño debía llegar de San Francisco en avión y ha hecho una travesura. Le esperas en cada avión.

—De acuerdo —replicó Della—. Me voy.

—Ve a tomar trescientos dólares a la caja fuerte —le aconsejó Mason.

—¡Caramba! ¿Es que yo también he de ir a Acapulco?

—Sólo Dios lo sabe —contestó Mason—. Si le agradas y ella empieza a hacerte confidencias, permanece en su compañía mientras siga hablando, incluso aunque para ello necesites tomar el avión.

Della Street apresuróse a ir a coger dinero en la caja, guardó los billetes en su bolso de mano, pescó al vuelo su sombrero y su abrigo y anunció:

—Allá voy, jefe.

—Si te es posible, telefonea —dijo Mason.

Cuando ella se hubo ido, el abogado se encaró con Paul Drake:

—Ahora, Paul —le dijo—, informémonos sobre el apartamento de la rubia. ¿Qué ha hecho con él? ¿Se ha limitado a cerrarlo? O, si no, debe de haber anulado su contrato de inquilinato.

—¡Diablo! No lo sé —contestó Drake.

—Infórmate y mantenme al corriente. Si ella ha renunciado al apartamento y éste está por alquilar, envía hacia allá a dos agentes tuyos, un hombre y una mujer. Que finjan ser un matrimonio, que paguen su depósito a la propietaria para que les guarde el apartamento; en fin, que hagan lo que les parezca, pero que entren ahí y obtengan las huellas dactilares.

—¿Quieres las huellas de la rubia?

Mason asintió con la cabeza.

—¿Para qué?
—Para enseñarlas a la policía.

Capítulo 17

Eran las siete cuando Della Street telefoneó a Mason su informe.

—Estoy en una cabina telefónica del aeropuerto, jefe. No he podido conseguir nada con la rubia.

—¿Has podido ponerte en contacto con el agente de Drake?

—Bueno, ha sido él quien se ha puesto en contacto conmigo. Paul lo había descrito bien: yo estaba mirando a mi alrededor con la esperanza de descubrir a un hombre sin ninguna característica en particular, cuando he sentido algo que me rozaba el brazo con insistencia: era el codo del hombre que estaba a mi lado, ante el quiosco de periódicos. Iba a alejarme, y después he mirado al tipo y, bruscamente, he comprendido que era él.

—Y a Grace Compton, ¿la has descubierto?

—Él me la ha indicado. A mí me hubiese engañado.

—¿Qué ha hecho ella? —preguntó Mason.

—Bueno, ante todo, lleva unas enormes gafas negras, las mayores que he visto en mi vida. Su cabellera está completamente aplastada. Y lleva un conjunto de futura mamá con…

—¿Qué? —exclamó el abogado.

—Exactamente —confirmó Della Street—. Con un poco de trampa y los vestidos adecuados, una chica bien hecha puede conseguir maravillas.

—¿Y no has conseguido nada con ella?

—Nada en absoluto. He sollozado y me he enjugado las lágrimas. He recurrido a todos los trucos que me han pasado por la cabeza. Nada en absoluto.

—¿Hay algo más?

—Sí. En un momento dado, ella se ha levantado y se ha dirigido a los lavabos; yo me las he arreglado para llegar antes que ella. Y he descubierto por qué lleva esas gafas de sol.

»La chica ha recibido una paliza magistral. Tiene uno de los ojos tan amoratados, que el color asomaría por el borde de las gafas si no lo hubiese maquillado. Se ha colocado ante un espejo y se ha puesto maquillaje de tono pálido en la mejilla. Tiene la boca hinchada y…

—¿Y no conseguiste nada?

—Nada en absoluto.

—Sal y busca al hombre de Drake, Della —ordenó Mason—. Dile que tú vigilarás un momento a la rubia y que él me telefonee. Dile que me llame inmediatamente. Entretanto, no pierdas de vista a la chica.

—Entendido; allá voy en seguida. Pero prefiero que ella no me sorprenda hablando con él: escribiré todo esto en un pedazo de papel y se lo pasaré al hombre.

—De acuerdo —replicó Mason—. Y después, Della, así que el individuo me haya telefoneado y salido de la cabina, sube a un taxi y regresa al despacho.

Unos minutos más tarde, el teléfono sonó en el despacho del abogado. Mason descolgó. Una voz de hombre, baja y monótona, dijo:

—Aquí el agente de Drake, míster Mason. ¿Quería usted hablarme?

—Sí. ¿No sospecha nada la chica?

—Nada en absoluto.

—Tome el mismo avión que ella, para estar seguro de que no se vuelve a disfrazar de otra cosa. En Méjico será usted recibido por los corresponsales locales de Paul Drake. Trabaje en contacto con ellos. Están al corriente. Conocen el idioma del país y tienen los apoyos oficiales necesarios. Más vale que no trate de solucionar el asunto usted solo.

—De acuerdo; y gracias.

—Ahora, escúcheme bien: lo que voy a decirle es importante. ¿Nos ha visto usted a Paul Drake y a mí cuando hemos ido a visitar a Grace Compton?

—Sí.

—¿La ha visto cuando ella ha salido?

—Sí.

—En el intervalo, ¿no ha salido para nada?

—No.

—¿Hay mucho movimiento en el edificio?

—Bastante.

—Ha entrado un hombre —dijo Mason—. Un hombre al que quisiera identificar.

—¿Sabe el aspecto que tiene?

—Por el momento, ni la menor idea —contestó Mason—. Pero es posible que dentro de poco tenga su descripción. Quisiera saber si, en el caso de que yo le hallara, podría usted reconocerle.

La voz monótona y sin expresión, contestó:

—¡Caramba, no! No soy un autómata. Estaba allí para vigilar a una rubia y procurar que no se escapase inadvertidamente. Nadie me ha dicho…

—No tiene importancia: —le interrumpió Mason—; sólo trataba de informarme. Que se divierta mucho por allá.

Por primera vez, la voz del hombre adquirió un poco de vivacidad para responder:

—¡No se haga demasiadas ilusiones!

Cuando Della Street regresó del aeropuerto, encontró al abogado recorriendo el despacho de un lado para otro.

—¿Por qué estás inquieto? —preguntó ella.

Mason contestó:

—Tengo algunos triunfos en la mano; he de jugarlos de manera que cada uno de ellos obtenga una baza. No quiero hacerle el juego a la acusación y darle oportunidad para que coloque sus triunfos sobre mis ases.

—¿Tiene muchos triunfos la acusación?

—En esta clase de asuntos, la acusación los tiene todos —declaró el abogado.

Después prosiguió sus paseos por el despacho. Llevaba así cinco minutos, cuando Drake llamó a la puerta. Della Street fue a abrirle. El detective entró y dijo:

—Bueno, lo habías adivinado, Perry. La rubia ha anunciado a su propietaria que se veía obligada a ir a visitar a su hermana, que debe dar a luz en San Francisco en condiciones difíciles. Ha explicado que tenía que marcharse inmediatamente y abandonar el apartamento. Ha dejado dinero a la propietaria para la mujer de la limpieza y otras cosas por el estilo, y le ha dicho que lamentaba

mucho tenerse que marchar.

—Un momento —dijo Mason—. ¿Ha hablado directamente con la propietaria o…?

—No; la ha telefoneado.

—Un fulano le ha pegado una paliza —explicó el abogado—. Daría cualquier cosa por saber quién es.

—En todo caso, he puesto a mi gente a trabajar en el asunto y ya han alquilado el apartamento. Han dejado a la propietaria una garantía de cincuenta dólares y le han explicado que querían pasar un momento en el piso para ver si se sentían bien. Ella les ha dado su bendición.

»Después, se han dedicado a obtener todas las huellas que han podido encontrar; luego lo han limpiado todo bien. Tanto, que nadie notará que en el apartamento se han estado buscando huellas.

—¿Cuántas han encontrado? —preguntó Mason.

—Cuarenta y ocho —anunció el detective mientras sacaba un sobre de su bolsillo—. Están todas en estas fichas.

Mason miró rápidamente las fichas y luego preguntó:

—¿Cómo se las distingue, Paul?

—En el dorso de cada ficha hay un número escrito suavemente con lápiz.

—Perfecto.

—En resumen, todavía tenemos nuestra opción sobre el apartamento; nadie lo tocará hasta el quince de este mes. Y ahora, Perry, ¿quieres informar a la policía?

—¡Todavía no! —exclamó Mason.

—Con esa rubia en Acapulco, hay peligro de que te cueste reunir las pruebas que necesitas —observó Drake.

—Tengo ya mis pruebas, Paul —replicó Mason sonriendo.

Drake se levantó del sillón.

—Bueno, espero que no vuelvas a tener otra ocurrencia hacia medianoche. Hasta mañana, Perry.

—Hasta la vista.

Della Street observaba a Mason con aire perplejo:

—Jefe —le dijo—, tienes el aspecto del gato que ha encontrado el plato de natillas.

—Ve a abrir la caja de caudales, Della —le contestó Mason—, y tráeme las huellas que Elsa Griffin obtuvo en el pabellón doce.

Della Street le trajo el sobre.

—Hay dos series —anunció ella—. La una comprende las huellas que han sido reconocidas como de Elsa Griffin; la otra, incluye las cuatro huellas de la desconocida. Estas cuatro últimas están en las fichas numeradas 14, 16, 9 y 12, respectivamente.

Ocupado en examinar las huellas que acababa de traerle Drake, Mason contestó con un breve movimiento de cabeza.

—Toma nota, Della —acabó por decir—. La número 7 de la serie de Drake va a ser sustituida por la número 14 en tinta. La número 3 en lápiz, de la lista de Drake, se convierte en la número 16 en tinta. El número 19 se convierte en número 9. El número 30 (siempre de la lista de Drake) pasa a ser el número 12 en tinta. ¿Has comprendido?

Della asintió con la cabeza.

—Perfecto. Coge estas fichas y anota, por este orden, los números 14, 16, 9 y 12. Quiero que estén escritos por una mano de mujer. Fíjate bien: ni por un momento se me ocurriría pedirte que realizaras una falsificación; pero me gustaría que los números que escribas se parezcan todo lo posible a los que aparecen en las otras fichas.

—Pero, jefe —exclamó Della—, esto es… ¡Pero estos números son los de las huellas de la desconocida del pabellón doce!

—Exactamente —contestó Mason—. Y una vez los hayas anotado en las fichas, recuerda que, cada vez que te pida las huellas números 14, 16, 9 y 12, deberás traerme éstas.

Della Street le miró con aire consternado.

—No puedes hacer una cosa así, jefe. ¿Es que no te das cuenta de lo que representa esto? Lo estás mezclando todo… Pero… Pero…

—¿Qué estoy haciendo exactamente? —preguntó Mason.

—Estás marcando con los números 14, 16, 9 y 12 las huellas obtenidas por los agentes de Drake, y guardándolas en el sobre de Elsa Griffin. Pero si Elsa Griffin coge ahora estas fichas y las compara con su lista, dirá que la huella número 14 procede del pomo de la puerta y… Esto querrá decir que, en lugar de la desconocida, será la rubia la que penetró en el pabellón doce.

—Y como la policía tiene un montón de huellas de la rubia —observó Mason sonriendo—, le será difícil hacer creer que no sabe quien entró en el pabellón doce.

—Pero, entonces —protestó Della Street—, acusarán a Grace Compton de haber entrado en el pabellón doce, lo que… lo que no es cierto.

—¿Qué sabes tú?

—Bueno, sus huellas no han aparecido allí.

Mason se limitó a sonreír.

—Jefe —insistió Della Street—. ¿No hay ninguna ley que prohíba esto?

—¿Que prohíba qué?

—Hacer desaparecer pruebas.

—Yo no destruyo nada —observó el abogado.

—En todo caso, lo has enredado. ¿No hay una ley que prohíbe hacer una falsificación…?

—No hay nada falso en esto —interrumpió Mason—. Cada huella es una huella auténtica y exacta.

—Pero has cambiado los números de las fichas.

—Nada de eso —contestó Mason—. Drake nos ha dicho que había numerado sus fichas a lápiz para que pudiéramos trazar en tinta los números definitivos.

—En todo caso, engañas a Elsa Griffin.

—Nada he dicho a Elsa Griffin. Además, ¿quién nos asegura que estas huellas constituyen una prueba?

—¡Te lo ruego, jefe, no hagas esto! —insistió Della—. Te comprometes demasiado. Para salvar a mistress… ya sabes quién quiero decir, corres un riesgo personal y fabricas huellas contra la pequeña Compton.

Mason sonrió.

—Vamos Della —dijo—, cesa de preocuparte. Los riesgos los corro yo.

—¡Es lo que me parece!

—Ponte el sombrero —ordenó Mason—. Te invito a cenar. Después vete a tu casa y duerme un poco.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Oh, creo que también puedo irme a dormir. Me parece que Hamilton Burger se encontrará con un hueso duro de roer.

Capítulo 18

El juez Harmon Strouse dirigió la mirada hacia la mesa de defensa, donde estaba Perry Mason, su cliente Stewart G. Bedford, e, inmediatamente detrás de Bedford, un policía uniformado. Después declaró:

—Señores, la defensa puede proceder a una declaración preliminar.

—La defensa se abstiene —contestó Mason.

El juez Strouse miró a Hamilton Burger, el fiscal del Distrito, famoso por la rivalidad que sostenía con Perry Mason.

—La acusación se declara satisfecha del jurado escogido —contestó con tono seco.

—Muy bien —prosiguió el juez Harmon Strouse—. En tal caso, los señores del jurado tendrán la bondad de levantarse para prestar juramento.

Bedford se inclinó hacia adelante y cuchicheó a Mason:

—Bueno, por lo menos, ahora sabremos lo que esconden en la manga, y con lo que nos enfrentamos. Las pruebas que han presentado ante el gran jurado autorizaban apenas una inculpación. Nos dejan adrede en la incertidumbre.

Mason meneó la cabeza.

Hamilton Burger púsose en pie y anunció:

—Señoría, la decisión que acabo de tomar, carece, sin duda, de precedentes. Pero nos encontramos en presencia de un jurado inteligente que no necesita que se le explique lo que me propongo demostrar. Omitiré mi declaración preliminar y haré comparecer a mi primer testigo, Thomas G. Farland.

Después de haber prestado juramento, Farland declaró que pertenecía a la policía y que, el 6 de abril, había recibido la orden de dirigirse al *Staylonger Motel*; allí había encontrado al dueño del

motel, un tal Morrison Brems; después de haber mostrado su chapa a Brems, había solicitado examinar el pabellón dieciséis; así que entró en el mismo vio un cadáver tendido en el suelo; era el cuerpo de un hombre que, por las apariencias, había recibido un balazo de revólver. De modo que el testigo se había apresurado a informar a la Brigada Criminal, que un poco más tarde se presentó en el lugar en compañía del *coroner* adjunto, de expertos del servicio de huellas dactilares, etcétera, y que el testigo había permanecido allí hasta la llegada de la Brigada Criminal.

—Contra-interrogatorio —declaró Hamilton Burger.

—¿Cómo fue que acudió usted al motel? —preguntó Mason.

—Había recibido la orden.

—¿Quién se la había dado?

—Un mensaje.

—¿De qué clase?

—Por radio.

—¿Y qué decía ese mensaje?

—Protesto —intervino Hamilton Burger—. La pregunta de la defensa no se relaciona directamente con la acusación y se propone hacer explicar al testigo hechos que sólo conoce de oídas.

—El testigo ha declarado bajo juramento —replicó Mason— que «recibió la orden» de acudir al pabellón dieciséis. En virtud del principio según el cual, cuando una parte de una conversación es evocada en el curso de un interrogatorio, la parte contraria puede, en el curso del contra-interroga rió, solicitar que se exponga la conversación entera, quiero saber en qué términos fueron formuladas las instrucciones recibidas por el testigo.

—No se admite la objeción —decidió el juez Strouse—. Habiendo declarado el testigo una parte de la conversación, puede declararla por entero durante el contra-interrogatorio.

—Pues bien —dijo Farland—, sólo me ordenaron que fuese al motel, nada más.

—¿No le dijeron lo que encontraría allí?

—Sí.

—¿Qué era?

—Un cadáver.

—¿No le dijeron nada que le permitiese saber cómo la policía estaba enterada de que había un cadáver en el pabellón dieciséis?

—Me dijeron que la policía había sido informada.

—¿Le explicaron cómo?

—Mediante una llamada telefónica anónima, según parece.

—Por lo que respecta a esa llamada anónima, ¿no se enteró de nada más? ¿No le dijeron si la había hecho un hombre o una mujer?

El testigo pareció vacilar.

—¿Se lo dijeron, sí o no? —insistió Mason.

—Era una voz de mujer —acabó por declarar el testigo.

—Muchísimas gracias —contestó Mason con cortesía exagerada —. Eso es todo.

Hamilton Burger hizo comparecer a una serie de testigos puramente formularios, que atestiguaron que la víctima había sido identificada, que se trataba de Binney Denham y que, cuando levantaron el cadáver para llevárselo, una bala del 38 había caído de la parte delantera de la americana de Denham.

—Mi próximo testigo será Morrison Brems —anunció Hamilton Burger.

Morrison Brems subió al estrado; cuando hubo prestado juramento, Hamilton Burger hizo un signo a su ayudante, que estaba sentado a su izquierda: Vincent Hadley. Éste, hábil estratega de los tribunales, interrogó al dueño del motel y le hizo contar detalladamente la jornada del 6 de abril. Después le preguntó:

—¿Bajo qué nombre se inscribió el acusado?

—Bajo el nombre de S. G. Wilfred.

—¿Y su esposa? —preguntó Hadley.

—Y su esposa.

—¿Y qué pasó entonces?

—Bueno, después no me ocupé de ellos gran cosa. Desde luego, reflexionando más tarde, pensé…

—Lo que pudo pensar no nos interesa —le interrumpió Hadley. Conténtese con explicar lo que ocurrió, lo que usted observó, lo que vio, lo que le dijo el acusado o lo que pudieron decirle otras personas en presencia del acusado.

—Bueno, ¿por dónde quiere que empiece?

—Limítese a contestar a mi pregunta: ¿qué pasó después?

—Se quedaron un momento en el pabellón, y luego, la zorra…

—¿Alude usted a mistress Wilfred?

—Sí, pero si ella es mistress Wilfred yo soy un Papa.

—Eso usted no lo sabe —le hizo observar Hadley—. Estaba inscrita bajo el nombre de mistress Wilfred, ¿no es así?

—El acusado la había inscrito con este nombre.

—En tal caso, llámela mistress Wilfred. ¿Qué pasó después?

—Mistress Wilfred salió por dos veces. La primera se dirigió hacia la puerta del pabellón quince y encerró con llave al sujeto. Lo sé, pero no podría jurar que vi la llave dar vuelta a la cerradura, lo que hace que probablemente no me deje usted hablar de ello. Luego, después de esto, ella fue hasta el automóvil y sacó el equipaje, que llevó al pabellón quince. Al cabo de un rato, salió de nuevo y se dirigió otra vez hacia el auto, en el que abrió el compartimiento para guantes. En esta ocasión, ignoro el tiempo que permanecieron fuera, porque tuve que acudir a otro sitio y no regresé hasta media hora después, aproximadamente.

—Un momento —intervino Hadley—. Hasta el momento en que vio marcharse a los dos, ¿observó a alguien más que se acercara al automóvil?

—Bueno, vi una especie de cacharro detenido durante unos minutos cerca del pabellón dieciséis. Después se marchó.

—¿Conoce a la persona que conducía ese auto?

—En aquel momento no la conocía. Ahora sí la conozco.

—¿Quién era?

—Ese míster Denham, el hombre que fue asesinado.

—¿Vio su rostro?

—Exactamente.

—¿Se detuvo cuando abandonaba el motel?

—No.

—¿Se había detenido al llegar?

—Tampoco.

—Perfectamente. Ahora, trate de recordar con todos sus detalles los acontecimientos subsiguientes.

—A decir verdad, tenía otras cosas que hacer. Debo dirigir todo el motel y no puedo pasarme la vida contemplando…

—Limítese a contarnos lo que vio usted, míster Brems. No le pedimos que nos cuente todo lo que sucedió; sólo lo que usted vio.

—Bueno, el acusado y esa chica, quiero decir la que estaba inscrita como mistress Wilfred, se marcharon durante un buen rato. Después regresaron; debía de ser a última hora de la tarde, aunque

no miré el reloj. Guardaron el auto en el garaje que se encuentra entre los dos pabellones…

—Un momento —le interrumpió Hadley—. ¿No tuvo usted ocasión de entrar en sus dos pabellones durante su ausencia?

—Pues, la verdad, sí que entré.

—¿Con qué motivo?

—Para hacer una pequeña inspección.

—¿Por qué?

—Bueno… Bueno… ya sabe, cuando recibimos a parejas de esa clase, bueno… Tenemos tres tarifas: la de los clientes habituales, otra para los turistas y una tercera para los clientes de paso. Considere una pareja como la que nos ocupa: les hacemos pagar, aproximadamente, el doble de la tarifa de los clientes. Cuando salen de los pabellones, echamos una ojeada para ver si han dejado equipaje y si tienen el propósito de volver.

—¿Y por esta razón entró usted en los de ellos?

—Sí.

—¿Y qué hizo?

—Traté de abrir la puerta del pabellón quince y estaba cerrada. Probé la puerta del dieciséis y también estaba cerrada.

—¿Y entonces?

—Abrí con una llave maestra y entré.

—¿Por qué puerta?

—Por la del dieciséis.

—¿Encontró usted algo? Y en caso afirmativo, ¿qué?

—Descubrí que la zorra… quiero decir esa mistress Wilfred, tenía una maleta y un bolso en el pabellón dieciséis, y que el hombre tenía una cartera de cuero en el pabellón quince.

—¿Abrió usted la cartera?

—En efecto.

—¿Qué vio en ella?

—Un revólver.

—¿Examinó el revólver?

—Sí, pero sin sacarlo de la cartera. No quería tocarlo. Me limité a ver que era un revólver, y nada más.

—¿Volvió a ver a la acusada?

—Sí, señor. Él y esa mujer, esa mistress Wilfred, regresaron al motel a última hora de la tarde. Se metieron en sus pabellones y no

les presté más atención. Tenía otras cosas que hacer. Después vi que se marchaba un auto; debían de ser hacia las ocho, tal vez un poco más. Le eché una ojeada y me di cuenta de que era el auto que el acusado conducía cuando habían llegado los dos; pero, esta vez, la que conducía era la mujer. No miré con demasiada atención, pero tuve la sensación de que no iba sólo en el coche.

—¿Oyó algún ruido insólito?

—Personalmente, no oí nada. Pero varias personas que se encontraban en otros sectores del motel oyeron algo.

—No es lo que le pregunto. Dígame si usted, personalmente, oyó algún ruido insólito.

—Nada.

—¿Fue esto lo que respondió cuando la policía le interrogó?

—En efecto.

—Y después, ¿en qué momento tuvo de nuevo ocasión de entrar en uno de los pabellones quince o dieciséis?

—Cuando llegó ese policía y me dijo que quería entrar en ellos.

—¿Qué hizo usted?

—Cogí mi llave maestra y fui hasta la puerta del pabellón dieciséis.

—¿Estaba cerrada la puerta con llave?

—Pues no.

—¿Y entonces?

—Abrí la puerta.

—¿Y qué vio?

—Vi el cadáver de ese hombre; después dijeron que se llamaba Binney Denham; estaba tendido en el suelo, en medio de un gran charco de sangre.

—¿Fue usted al pabellón quince?

—Sí.

—¿Cómo entró en él?

—Salimos por la puerta del pabellón dieciséis y traté de abrir la puerta del pabellón quince.

—¿Estaba cerrada?

—No, abierta.

—¿Estaba allí el acusado?

—Cuando nosotros entramos, no. Se había marchado.

—¿Estaba allí su cartera?

—No.

—¿El acusado, o la mujer que el acusado inscribió como su esposa, regresaron más tarde a su motel?

—No.

—Ahora, desde el momento en que vio cerca del pabellón dieciséis a Binney Denham con su automóvil, que ha descrito como un vehículo en bastante mal estado, ¿volvió usted a ver a míster Denham?

—No, hasta el momento en que le vi tendido en el suelo, muerto.

—¿Está su motel abierto al público?

—¡Bueno, para eso lo tengo!

—¿Hubiese podido míster Denham entrar y salir sin que usted se enterara?

—¡Claro!

—Puede usted proceder al contra-interrogatorio —anunció Hadley a Mason.

El abogado atacó:

—Por lo que usted sabe, Denham hubiese podido entrar en el pabellón dieciséis inmediatamente después de la marcha de la mujer que usted ha designado con el nombre de mistress Wilfred, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Sin verle usted?

—En efecto.

—¿Es un hecho plausible?

—¡Claro! Cuando alguna persona entra en coche en los terrenos del motel y actúa como si tuviese intención de detenerse en el despacho, yo miro; pero no me ocupo de los que entran y van directamente hacia los pabellones. Con esto quiero decir que, si pasan sin detenerse ante el despacho, les dejo hacer. Me gano la vida alquilando pabellones en un motel. No veo por qué habría de mezclarme en la vida privada de mis clientes.

—Eso está muy bien —reconoció Mason—, pero, veamos, durante el día y el atardecer alquiló usted otros pabellones, ¿no es así?

—En efecto.

—Durante el atardecer del seis de abril y todo el día siete, ¿no

ayudó usted a la policía a buscar el revólver?

—Protesto —intervino Hadley quien, después de levantarse, añadió—: Con la venia del Tribunal, me permito hacerle observar que no hemos preguntado al testigo lo que hizo el siete de abril. Nuestras preguntas concernían únicamente a los acontecimientos del seis.

—Dadas las circunstancias —replicó el juez Strouse—, creo que, efectivamente, el siete de abril nos aparta del tema abordado por el interrogatorio. Se acepta la protesta.

—¿Volvió a ver ese revólver? —preguntó Mason.

—Protesto —intervino de nuevo Hadley—. Dada la forma de plantear la pregunta, el testigo podría muy bien haber visto el arma una semana más tarde. El interrogatorio del testigo concernía únicamente al seis de abril.

—Protesta aceptada —decidió el juez Strouse.

—Durante la tarde y la noche del seis de abril —preguntó Mason —, ¿observó usted alguna otra cosa insólita?

Brems hizo un ademán negativo:

—No.

—Bedford se inclinó hacia adelante y murmuró a Mason:

—Apriételе a conciencia; oblíguele a hablar de la desconocida que andaba por el hotel. Que nos la describa. ¡Hemos de descubrir de quién se trata!

—Observó usted la presencia de Binney Denham en el motel — recordó Mason.

—En efecto.

—¿Y sabía que no habla alquilado ningún pabellón?

—Así es.

—En otras palabras, era un desconocido.

—Es cierto. Pero no hay que olvidar que yo no hubiese podido afirmar que él no residía en algún pabellón. Por ejemplo, el acusado había alquilado y había pagado dos pabellones. Me había dicho que esperaba a otra pareja procedente de San Diego. ¿Cómo hubiese podido afirmar yo que ese Denham no era una de las personas a las que el otro había aludido?

—Comprendo —contestó Mason—. Esto explica la presencia de míster Denham. Y ahora, ¿observó usted aquel día, en los límites del motel, a alguna otra persona que, normalmente, no hubiese

debido estar allí?

—No.

—¿Ni siquiera en el pabellón doce?

Brems reflexionó un momento, inició un ademán negativo y luego respondió:

—Oh, espere un momento. En efecto, dije a la policía…

—Poco importa lo que declaró usted a la policía —le interrumpió Hadley—. Limítese a contestar exactamente a las preguntas que se le hacen; nada mas.

—Pues bien, hubo alguien cuya presencia de momento no supe explicarme; pero después descubrí que era un caso normal.

—¿Quiere usted decir una de las personas que ocupaba uno de los pabellones del motel sin tener derecho a él?

—Bueno, voy a contarle. Vi a una mujer que salía del pabellón doce. No era la que había alquilado el pabellón. La interpelé porque me pareció… Desde luego, sin duda, no tengo derecho a decir lo que pensé. Pero hablé con la mujer.

—¿Qué le dijo? —preguntó Mason.

—La interrogué.

—¿Y qué contestó ella?

—¡Oh, Señoría! —intervino Hadley—. Nos adentramos ahora en consideraciones que no sólo rebasan los límites permitidos en el contra-interrogatorio, sino que además se basan en las palabras de otra persona.

—Se acepta la objeción —decidió el juez Strouse.

—¿Qué le preguntó usted? —inquirió Mason.

—La misma objeción —intervino Hadley.

—Se acepta —repitió el juez Strouse.

Volviéndose hacia Bedford, Mason murmuró:

—Como ve, Bedford, estamos tropezando con una serie de objeciones puramente formularias. Me es imposible interrogar a este testigo sobre la conversación que pudo tener con esa mujer.

—Pero hemos de descubrir quién es ella. Insista, Mason. No les permita que le aparten del tema. Es usted un abogado lleno de recursos. Arrégleselas para hacer las preguntas de manera que el juez no pueda elevar una objeción. Hemos de saber quién es esa mujer.

—¿Dice usted que la mujer salía del pabellón doce, sin haberlo

alquilado? —preguntó Mason a Brems.

—Exactamente.

—¿Y la detuvo usted?

—Sí.

—En su declaración, ha aludido usted a una conversación que sostuvo con la policía —recordó Mason.

—Desde luego, cuando las cosas se complicaron, la policía quiso saber todo lo que había ocurrido en los límites del motel. Fue después de que los agentes solicitaran permiso para echar una ojeada al pabellón dieciséis, a fin de verificar una información que habían recibido. Les dije que podían hacerlo.

—Muy bien —replicó Mason—. Ahora bien, en el curso de esta misma conversación, ¿le preguntó la policía si había observado usted algún otro merodeador durante la tarde o el anochecer?

—En efecto.

—¿Y les habló usted entonces, en el curso de la misma conversación, de esa mujer que había sorprendido en el pabellón doce?

—Sí.

—¡Oh, Señoría! —intervino Hadley—, esto va a adentramos en consideraciones que sólo servirán para enredar el problema y que no tienen nada que ver con el caso que nos ocupa.

—¿Cómo puede saberlo? —contestó el juez Strouse.

—Sabemos lo que ocurrió.

—Tal vez míster Mason tenga su teoría sobre lo ocurrido —comentó el juez Strouse—. Este Tribunal desea dar al acusado el beneficio de un interrogatorio de la máxima amplitud. El testigo queda autorizado a responder a la pregunta que le ha hecho la defensa.

—Así, pues —prosiguió Mason—, ¿qué dijo usted a la policía en relación con la mujer que se encontraba en el pabellón doce?

—Expliqué que una persona ajena al motel había entrado en ese pabellón.

—¿Y qué más?

—Les dije que había hablado con esa mujer.

—¿Les dijo también lo que la mujer había contestado?

—Sí, les dije que esa mujer me había contestado que era amiga de la persona que había alquilado el pabellón. Afirmó que su amiga

la había autorizado a que entrara y a esperarse en el caso de que no la encontrase a ella.

—¿Puede describirnos a esa mujer? —preguntó Mason.

—Protesto —intervino Hadley—. La pregunta no está relacionada con el caso.

—Se acepta la objeción —decidió el juez Strouse.

Mason sonrió.

—Cuando sostuvo usted esta conversación con la policía, ¿le describió a la mujer?

—Sí.

—¿En qué términos?

—La misma objeción —repitió Hadley.

A su vez, el juez Strouse sonrió:

—Se rechaza la objeción —decidió—. La pregunta concierne ahora a una parte de la conversación sobre la que míster Mason tiene derecho a interrogar al testigo.

—Dije a la policía que aquella mujer podía tener de veintiocho a treinta años, que era morena, de ojos grises oscuros y más bien alta… Quiero decir, alta para una mujer, con las piernas largas. Había un algo en su andar, un algo majestuoso. En seguida se notaba…

—No la describa —le interrumpió Hadley, con rabia—. Conténtese con repetir lo que dijo a la policía.

—En efecto, señor. Es precisamente lo que estoy haciendo: lo que dije ya a la policía —explicó Brems, quien, a continuación, añadió gratuitamente—: Desde luego, después de eso descubrí que su presencia en el hotel era completamente normal.

—Solicito que el final de esta declaración sea eliminado del expediente —dijo Mason, volviéndose hacia el juez—; se trata de una declaración espontánea del testigo.

—Concedido —contestó Strouse.

—Esto es todo —terminó Mason.

Furioso, Hadley volvió a enfrentarse con el testigo:

—¿Dijo usted a la policía que creía que esa persona merodeaba por su establecimiento?

—Sí, señor procurador.

—Y más tarde descubrió usted que se había equivocado, ¿no es así?

—Protesto —intervino Mason—. La pregunta obliga al testigo a sacar sus propias conclusiones y no está relacionada con el caso.

—Se acepta la propuesta —decretó el juez Strouse.

—Pero —exclamó el adjunto del fiscal, exasperado—, más tarde dijo usted a la policía que sabía que se había equivocado, ¿no es cierto?

—Protesto —interrumpió de nuevo Mason—. La pregunta no concierne a la conversación sobre la que el testigo ha sido interrogado.

El juez Strouse pareció vacilar y luego, mirando al testigo, le preguntó:

—¿En qué momento hizo esta declaración a la policía?

—Al día siguiente.

—En este caso, se acepta la protesta.

Hadley se sentó e, inclinándose hacia Hamilton Burger, entabló con él una discusión cuchicheada, pero vehemente. Después se levantó y probó otra táctica.

—¿Afirmó usted a la policía, la noche misma del crimen, en el curso de esta misma conversación, que, después de haber hablado con la desconocida, se le había asegurado que su presencia en el motel era normal y que la mujer decía la verdad? —preguntó al testigo.

—Sí —replicó Brems.

—Esto es todo —terminó Hadley, con tono triunfal.

—Un momento —intervino Mason, en el instante en que el testigo se disponía a bajar del estrado—. Una pregunta más: ¿No describió usted, la noche misma del crimen y en el curso de esta misma conversación con la policía, a esa mujer como una merodeadora?

—Es posible, señor abogado. En efecto, eso hice en aquel momento.

Mason dirigió una sonrisa a Hadley y declaró:

—Con esto termino mi contra-interrogatorio.

—El testigo puede retirarse —decidió Hadley, con aire enfurruñado.

—Puede llamar a su testigo siguiente —ordenó el juez Strouse.

Hadley hizo comparecer sucesivamente al director de la agencia de alquiler de automóviles, quien explicó en qué circunstancias el

automóvil amarillo había sido alquilado y luego devuelto a la agencia; a un empleado de la misma, quien describió a la joven que, la noche del 6 de abril, había devuelto el auto a la agencia, pero no se había presentado en el despacho para retirar su fianza de cincuenta dólares. Después el fiscal interrogó a un experto, que testificó haber hallado huellas dactilares en los pabellones quince y dieciséis del *Staylonger Motel* durante la noche del 6 al 7 de abril. Sacó varias huellas que él había examinado y seleccionado como «significativas».

—¿Y en qué sentido las encuentra usted significativas? —preguntó Hadley.

—Porque hallé otras huellas similares en el automóvil que acaba de describir el testigo precedente —repuso el experto.

Mediante una serie de preguntas, Hadley consiguió establecer que ciertas huellas encontradas por una parte en los pabellones quince y dieciséis y por otra parte en el automóvil, correspondían indudablemente a las del acusado, Stewart G. Bedford.

—Su turno —dijo secamente a Mason.

—Entre las huellas que encontró en el motel y en el automóvil, había otras que se parecían —hizo observar Mason al testigo—. ¿A quién pertenecen?

—Supongo que proceden de la joven rubia que devolvió el automóvil a la agencia de alquiler y que…

—¿No lo sabe usted?

—No lo sé.

—Y esas huellas que supone usted fueron dejadas por la joven rubia, ¿las encontró también en el pabellón quince y en el pabellón dieciséis?

—En efecto.

—¿Dónde?

—En diversos sitios: en los espejos, en los vasos, en el pomo de una puerta.

—Y estas mismas huellas, ¿aparecían también en el automóvil?

—Exactamente.

—En otras palabras —declaró Mason—, ¿esas otras huellas hubiesen podido ser también las del asesino de Binney Denham?

—Protesto —intervino Hadley—. La pregunta obliga al testigo a llegar a una conclusión.

—El testigo es un experto —observó Mason—. Le pregunto la conclusión que sacó de sus investigaciones, y la limito a sus observaciones personales.

El juez Strouse vaciló y por fin decidió:

—Autorizo al testigo a que conteste la pregunta que acaba de hacerle míster Mason.

El testigo declaró:

—Por lo que yo sé, y en la medida de las observaciones que realicé, tanto una como otra de las dos personas a quienes correspondían las huellas hubiese podido ser el criminal.

—Y, además, ¿el asesinato pudo haber sido cometido por una tercera persona? —sugirió Mason.

—Exactamente.

—Muchas gracias. Eso es todo.

Hamilton Burger anunció que se proponía interrogar al testigo siguiente.

—Que comparezca Richard Judson —ordenó al ujier.

Richard Judson subió al estrado. Muy erguido, de espaldas anchas y cintura estrecha, con su voz grave y sus ojos azules y fríos que le daban aspecto de un banquero que valuase un préstamo en primera hipoteca, resultó ser simplemente un agente de policía que, el diez de abril, había estado en la residencia de los Bedford.

—Y una vez allí, ¿qué hizo? —preguntó Hamilton Burger.

—Busqué.

—¿Dónde?

—Pues alrededor de la casa y en el garaje.

—¿Tenía una orden de registro?

—La tenía.

—¿La presentó a alguien?

—No había nadie en la casa.

—¿Dónde buscó primero?

—En el garaje.

—¿En qué parte del garaje?

—En todo el garaje.

—¿Puede ser un poco más preciso?

—Bueno, había un automóvil en el garaje; por allí registramos con mucho cuidado. También había neumáticos: verificamos el interior de los mismos.

—Habla usted en plural. ¿Quién le acompañaba?

—Mi colega.

—¿Un agente de policía?

—Sí.

—¿Buscaron en otros sitios?

—Registramos todos los rincones del garaje: en unas estanterías donde había cajas viejas. En realidad, pasamos el garaje por un fino tamiz.

—Y después —insistió Burger—, ¿qué hicieron?

—En el centro del garaje había un desagüe que permite lavar el suelo con una manguera; el desagüe estaba recubierto por una placa de metal perforado. Sacamos los tornillos que sujetaban la placa y miramos debajo.

—¿Y qué encontraron?

—Un revólver.

—¿Qué entiende usted por «un revólver»?

—Quiero decir un Colt del 38.

—¿Tiene el número de ese revólver?

—En efecto, lo anoté.

El testigo consultó una libretita que acababa de sacar de un bolsillo y prosiguió:

—El revólver era un Colt de acero azul, calibre 38; su tambor contenía cinco cartuchos cargados y uno vacío. Llevaba el número 740818.

—¿Qué hizo con ese revólver?

—Lo entregué a Arthur Merriam, uno de los expertos policíacos en armas de fuego y cuestiones de balística.

—Puede proceder al contra-interrogatorio —dijo Hamilton Burger a Mason.

—Así, pues, míster Judson, si lo he entendido bien, ¿tenía una orden de registro? —empezó Mason.

—En efecto.

—¿Y en casa de los Bedford no había nadie a quien pudiese presentar esa orden de registro?

—No, señor; no en el momento en que efectuamos el registro.

—¿Qué fecha llevaba la orden de registro?

—Creo que la del ocho de abril.

—¿Le fue entregada por la mañana del ocho de abril?

—No recuerdo la hora exacta.
—¿Por la mañana?
—Creo que sí.
—Y una vez le fue entregada esa orden de registro, ¿qué hizo usted?
—La guardé en el bolsillo.
—¿Y después?
—Circulé en automóvil.
—De hecho, fue usted en coche hasta el domicilio de los Bedford, ¿no es así?
—Bueno, nos ocupábamos del asunto; circulamos por allí.
—Después estacionó usted su auto, ¿no es así?
—En efecto.
—¿En un lugar desde el que podía ver el garaje?
—Bueno…, sí.
—¿Y esperó todo el día?
—Hasta última hora, en efecto.
—¿Y el día siguiente regresó allí?
—Sí.
—¿Al mismo lugar?
—Sí.
—Y, una vez más, ¿esperó durante todo el día?
—En efecto.
—¿Y el día siguiente?
—Lo mismo.
—¿El mismo sitio?
—Sí.
—Y ése día, ¿hasta qué hora esperó?
—Oh, hasta las cuatro de la tarde.
—Y en aquel momento, desde su punto de observación, pudieron asegurarse de que la casa estaba vacía, ¿no es eso?
—Bueno, vimos que mistress Bedford se iba en un auto.
—¿Y en aquel momento, estuvieron seguros de que no había nadie más en la casa?
—No podíamos estar verdaderamente seguros.
—¿Habían vigilado la casa?
—En efecto.
—¿Con el propósito de aprovechar un momento en que la casa

quedara vacía?
—Sólo vigilábamos la casa para comprobar las idas y venidas.
—Y a la primera oportunidad, cuando les pareció que la vía estaba libre, ¿fueron a registrar el garaje?
—Bueno, más o menos fue así.
—¿Y registraron el garaje, pero no la casa?
—En efecto, la casa, no.
—¿Esperaron hasta estar seguros de que no había nadie en la casa y después fueron a registrar cuidadosamente el garaje?
—Queríamos registrar el garaje, pero no nos interesaba ser interrumpidos o que alguien entorpeciese nuestra labor.
Mason sonrió glacialmente:
—Acaba usted de decir, míster Judson, que querían registrar el garaje.
—¿Y qué? No creo que en ello haya ningún mal: teníamos una orden de registro, ¿no?
—Ha dicho usted «el garaje».
—Quería decir toda la residencia, la casa y todo.
—Pero no es lo que ha dicho: usted ha dicho que querían registrar «el garaje».
—Teníamos una orden de registro que nos autorizaba a ello.
—¿No es verdad que el único lugar que les interesaba registrar era el garaje, y eso porque alguien les habla informado de que en él encontrarían el revólver? —insistió Mason.
—En efecto, buscábamos un revólver.
—Pero, antes de dirigirse a la residencia de los Bedford, ¿no fue usted informado de que encontrarla el revólver en el garaje?
—Protesto —intervino Hamilton Burger—. La pregunta no está relacionada directamente con el asunto.
Después de reflexionar brevemente, el juez Strouse decidió:
—Se rechaza la objeción; el testigo tiene permiso para contestar la pregunta, si le es posible.
—No estoy enterado de una información de este género —contestó Judson.
—Pero, ¿no es cierto que, desde el principio, habían tenido ustedes intención de registrar el garaje?
—Empezamos por allí.
—¿Por qué motivo?

—Pensábamos encontrar un revólver.

—¿Y cómo se les había ocurrido esta idea?

—Era un buen escondrijo para un revólver.

—¿Quiere usted decir que la policía no había recibido una llamada telefónica anónima que orientó sus pesquisas?

—Quiero decir que buscamos un revólver en el garaje y que lo encontramos. No sé qué confidencias pudieron recibir los compañeros. A mí se me dijo que buscase un revólver.

—¿En el garaje?

—Bueno, sí.

—Muchas gracias —contestó Mason—. Puede retirarse.

Hamilton Burger interrogó a continuación a otro testigo, el jefe del departamento de artículos de caza de uno de los grandes almacenes de la ciudad. El hombro presentó un registro que demostraba que el revólver en cuestión había sido vendido cinco años antes a Stewart G. Bedford, quien había firmado el registro de ventas.

—Puede usted contra-interrogar —anunció Burger.

—No tengo preguntas que hacer —contestó Mason, disimulando un bostezo.

Después de lanzar una mirada al reloj, el juez Strouse declaró:

—La vista queda aplazada hasta mañana a las diez. Hasta entonces, el jurado se abstendrá de hacer cualquier alusión al asunto que se debate, ni entre ellos ni con otras personas.

Bedford sujetó a Mason por una manga:

—Mason —le dijo—, alguien puso ese revólver en mi garaje.

—¿Fue usted? —le preguntó el abogado.

—¡No diga estupideces! Le repito que no volví a ver ese revólver desde el momento en que me dormí. El alcohol contenía un soporífero; y alguien cogió el revólver de mi cartera, mató a Binney Denham y más tarde ocultó el arma en mi garaje.

—Y —completó Mason— telefoneó a la policía para comunicárselo, a fin de estar seguro de que los agentes no dejarían de encontrar el arma en su casa.

—Bueno, ¿y esto qué significa?

—Significa que hay alguien a quien le interesaba mucho que la policía no careciese de pruebas para acusarle del asesinato.

—Y esto nos vuelve a la misteriosa desconocida que estaba en el

pabellón que Elsa…

—Un momento —le interrumpió Mason—, nada de nombres propios.

—Bueno, la mujer que estaba allí —rectificó Bedford—. Mason, no ceso de decirle que esa mujer es la clave de todo el asunto. Y, sin embargo, no parece tener usted mucha prisa en encontrarla.

—¿Y cómo quiere que lo haga? —le contestó Mason, con impaciencia—. Me dice usted que hay una aguja en un pajar y que le interesa encontrar la aguja.

El agente de servicio hizo ademán a Bedford para que le siguiese.

—Contrate cincuenta detectives privados —ordenó Bedford antes de marcharse—. Contrate cien. ¡Pero encuéntreme a esa mujer!

—Hasta mañana —le contestó Mason.

Capítulo 19

Perry Mason y Della. Street cenaron en su restaurante favorito y luego regresaron al despacho con el propósito de trabajar un par de horas. Encontraron a Elsa Griffin, que les esperaba en el vestíbulo del edificio.

—Buenas noches, Elsa —dijo Mason—. ¿Quería verme?

Elsa Griffin asintió con la cabeza.

—¿Hace mucho rato que me espera?

—Unos veinte minutos. Me han dicho que había ido a cenar pero que regresaría; y por eso he decidido esperar.

El abogado guiñó furtivamente un ojo a Della Street y preguntó:

—¿Se trata de algo importante?

—Eso me parece.

—Suba con nosotros.

Los tres cogieron el ascensor y entraron en el despacho.

—Quítese el abrigo y el sombrero —aconsejó Della Street a Elsa Griffin, y venga a sentarse en esta butaca.

Elsa Griffin aceptó la invitación con el aire determinado de una mujer que se había fijado un objetivo concreto y no pensaba dejarse desviar de él. Después anunció:

—He podido hablar unos momentos con míster Bedford. A solas —añadió.

—Prosiga —le dijo Mason.

—Míster Bedford considera que, con todos los medios que ha puesto a su disposición, podría usted esforzarse más en encontrar a la mujer que estuvo, en mi pabellón del motel. Después de todo, pensándolo bien, ella pudo vigilar desde mi pabellón los números quince y dieciséis y después, aprovechando el momento oportuno, ir hasta allí, abrir la puerta del pabellón dieciséis, disparar un tiro, y marcharse.

—Esto es —confirmó Mason, con voz secamente irónica—, disparar un tiro con el arma de Bedford.

—Tiene usted razón —contestó Elsa, con aire pensativo—. Hubiese sido preciso que ella entrara antes en el pabellón quince para apoderarse del arma… Pero esto no es imposible, míster Mason. Nada le impedía entrar en él después de que la rubia se hubo marchado; hubiese encontrado dormido a míster Bedford y se habría apoderado del revólver cogiéndolo de la cartera.

Mason observó con atención a la joven. Bruscamente, ella estalló:

—Míster Mason, ¿no le parece que mistress Bedford demuestra muy poca habilidad al llevar esas enormes gafas negras? ¿Y por qué está siempre en las últimas filas de la sala? ¿No debería estar delante de todo, apoyando moralmente a su marido, en lugar de portarse como… como si temiera que la gente descubriese quién es?

—Nadie ignora quién es ella —observó Mason—. Desde que se ha iniciado el caso, los periodistas no han cesado de entrevistarla.

—Lo sé bien. Pero ella insiste en llevar esas enormes gafas de sol que la disfrazan por completo. No se la reconoce en absoluto.

—Así, pues, según usted, ¿qué debería hacer yo?

—¿No podría aconsejarle que se portase de manera más natural? Dígale que suprima esas gafas negras y que vaya a sentarse en primera fila, lo más cerca posible de su esposo.

—¿Es esto lo que desea míster Bedford?

—¡Estoy convencida! Creo que la actitud de su esposa le apena. Le he encontrado muy cambiado… como abrumado.

Elsa Griffin calló durante unos segundos y después prosiguió:

—¿Ha conseguido algo con las huellas que obtuve en el pabellón doce?

—No gran cosa, lo confieso. Es que, para identificar a alguien mediante sus huellas, hay que tener una serie completa de los diez dedos. Pero no le digo nada nuevo, puesto que usted ha estudiado la cuestión.

—Es posible —replicó Elsa, con tono escéptico. Y agregó—: Opino que míster Brems ha hecho una descripción muy precisa de la desconocida que había entrado en mi pabellón. Hay algo en ella que me da la impresión de conocer a esa mujer; ya sabe, cuando uno ve un rostro familiar sin poderle atribuir un nombre.

Mason hizo un ademán de comprensión y Elsa Griffin prosiguió:

—Tengo la sensación de que, si llegase a encontrar el eslabón que me falta, sabría de quién se trata y tendríamos resuelto el problema. Pero cada vez que estoy a punto de conseguirlo… se me escapa.

Mason continuó callado.

—Bueno —anunció Elsa, levantándose—, tengo que irme. Quería decirle que míster Bedford le pide que haga todo lo posible para encontrar a esa mujer. Por otra parte, estoy convencida de que él se sentiría muy dichoso si su esposa cesara de portarse como si temiese ser reconocida. En realidad, es una mujer encantadora, ¿sabe?; tiene una prestancia extraordinaria y…

De repente calló y clavó en el abogado una mirada llena de sorpresa e incredulidad.

—¿Qué sucede? —preguntó Mason.

—¡Dios mío, no es posible! —exclamó la joven.

—¡Pero, hable! —insistió Mason—. ¿De qué se trata?

Elsa Griffin siguió mirándole con ojos de estupefacción.

—¿No se siente bien? —preguntó Della Street.

—¡Dios del cielo! Míster Mason, acaba de ocurrírseme una idea que me ha causado una impresión espantosa. Tengo que sentarme. —Elsa se dejó caer en un sillón, sacudió lentamente la cabeza y examinó la habitación como si la sorpresa le hubiese hecho perder el sentido de la orientación.

—Bueno —preguntó de nuevo el abogado—, ¿de qué se trata?

—Estaba hablándole de mistress Bedford y pensaba en su manera de andar y… bruscamente, parece como si se hubiese encendido una luz en mi cerebro.

—¿Es decir?

—¿Pero es que no lo comprende? La desconocida que estaba en mi pabellón… La descripción que ha hecho míster Brems corresponde exactamente a mistress Bedford; no se la podría describir de manera más clara.

Con los ojos fijos en el rostro de Elsa Griffin, Mason siguió observándola y callando.

—¡Ya lo tengo, míster Mason! —exclamó la joven—. Ya lo tengo. Tiene usted la ficha policíaca que lleva la foto de mistress Bedford y sus huellas. Podría comparar éstas con las que yo obtuve

en el pabellón doce. ¡Y lo sabríamos!

Mason hizo un signo a Della Street:

—Ve a buscar la ficha policíaca de mistress Bedford, Della —le pidió—. Y tráeme también el sobre que contiene las huellas no identificadas; ya recuerdas: las fichas 14, 16, 9 y 12.

Por un instante, Della Street contempló el rostro enigmático del abogado y después fue a buscar lo que él le pedía en el fichero especial donde él guardaba las pruebas que se proponía utilizar en el caso que le ocupaba.

Con ávido ademán, Elsa Griffin alargó una mano hacia el sobre, sacó las fichas, que examinó con cuidado, y después apoderóse de la ficha policíaca de Ann Roann Bedford.

Rápidamente, comparó las huellas de la ficha policíaca con las que estaban en las fichas numeradas; poco a poco, su excitación aumentó y acabó por exclamar:

—Míster Mason, estas huellas son las de mistress Bedford.

Mason cogió la ficha policíaca de mistress Bedford, pero Elsa Griffin no soltó las fichas numeradas 14, 16, 9 y 12.

—Son las de ella, míster Mason —repitió Elsa—. Puede creer en mi palabra. Conozco bien la cuestión.

—Esperemos que se equivoque usted —replicó Mason—. De lo contrario, nos encontraríamos metidos en un buen lío. No podemos permitir que ocurra una cosa así.

Elsa Griffin cogió el sobre que contenía las huellas y dijo con voz severa:

—Míster Mason, su defendido es Stewart G. Bedford; debe usted proteger sus intereses sin preocuparse en saber quién sale perjudicado.

Mason alargó la mano para recuperar las huellas; la joven retrocedió levemente y prosiguió:

—No puede usted traicionar su causa para proteger a la persona que es responsable de la situación en que se encuentra.

—Un abogado debe velar por los intereses de su cliente —repuso Mason—. Lo que no quiere decir, necesariamente, que deba hacer lo que desea su cliente o los amigos de su cliente.

—¿Quiere usted decir que no tiene intención de revelar a míster Bedford que fue su propia esposa quien, llevada hasta el último extremo por ese chantajista, desesperada, acabó por decidir que…?

—No —la interrumpió el abogado—. No tengo intención de decírselo y le prohíbo que lo haga usted.

De repente, la joven se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta que daba al pasillo.

—¡Deténgase! —gritó Della Street.

Trató de retener a Elsa Griffin por la falda, sin conseguirlo. La joven había abierto ya la puerta.

El inspector Holcomb estaba en el umbral.

—Muy buenas noches, señoras y caballeros —dijo—. Parecen estar ustedes muy agitados —añadió, rodeando con un brazo los hombros de Elsa Griffin—. ¿Qué sucede?

—Esa joven trata de nevarse algo que no le pertenece —replicó Mason.

—¡Ah, esto es interesante! Le ha robado algo, ¿no es eso? ¿Podría describirme el objeto, míster Mason? ¿O tal vez prefiera presentar una denuncia por robo? Y usted, miss Griffin, ¿cuál es su versión de la historia?

—¿Quiere usted tener la bondad de acompañarme hasta mi casa y después hacer lo necesario para que sea citada como testigo de cargo? —pidió ella al inspector Holcomb, mientras se metía las fichas en el escote—. Creo que ya es hora que alguien enseñe al gran Perry Mason, que es contrario a la ley proteger al asesino y ocultar a la policía pruebas de convicción.

Capítulo 20

Al día siguiente, Hamilton Burger se puso en pie al reanudarse la vista y dijo:

—Señoría, quisiera llamar la atención del Tribunal sobre el artículo 135 del Código Penal, según el cual: «Toda persona que, con conocimiento de causa, destruye u oculta a la Justicia todo escrito u objeto que debiera ser incluido en el expediente del proceso, resulta culpable ante la Ley».

Visiblemente perplejo, el juez Strouse respondió:

—Míster Burger, tengo la impresión de que este Tribunal conoce perfectamente la ley.

—En efecto, Señoría —prosiguió Hamilton Burger—, sé que su Señoría conoce perfectamente el Código Penal. Pero tengo la impresión de que no sucede lo mismo con otra persona. Y ahora, Señoría, deseo que comparezca miss Elsa Griffin.

Stewart Bedford miró a Mason con ojos alarmados:

—¿Qué diablos sucede? —cuchicheó—. Creía que debíamos procurar que ella no apareciese en público. No podemos permitir que Brems la reconozca como la inquilina del pabellón doce.

—Mi manera de llevar el asunto no le ha gustado —contestó Mason—. Y ha decidido testificar.

—¿Cuándo ha sido esto?

—Ayer, a última hora de la noche.

—No me había dicho nada.

—No quería inquietarle a usted.

La puerta se abrió y Elsa Griffin, con la cabeza erguida, avanzó hacia el estrado con pasos decididos. Alzó la mano derecha, prestó juramento y se sentó.

—¿Su nombre? —preguntó Hamilton Burger.

—Elsa Griffin.

—¿Conoce al acusado?
—Estoy empleada a su servicio.
—¿Dónde se encontraba usted el seis de abril?
—En el *Staylonger Motel*.
—¿Qué hacía allí?
—Había ido a petición de cierta persona.
—¿Hace varios años que está al servicio del acusado?
—En efecto.
—¿En calidad de qué?
—Soy su secretaria particular.
—¿Conoce a míster Morrison Brems, el propietario del *Staylonger Motel*?
—Sí.
—¿Sostuvo una conversación con Morrison Brems el seis de abril?
—En efecto.
—¿En qué momento?
—A última hora de la tarde.
—¿Puede informar al Tribunal de lo que se habló durante esta conversación?
—Protesto —intervino Mason—. La pregunta sólo concierne al caso de una manera indirecta.
—Un momento, Señoría —contestó el fiscal—. Nos proponemos demostrar que la testigo, en el momento en que tuvo lugar esta conversación, actuaba siguiendo órdenes del acusado.
—Entonces, sería mejor que hubiese empezado por ahí —aconsejó el juez Strouse.
—Pero, Señoría, la testigo ha comparecido con la condición de testificar sólo sobre ciertos puntos. Y el que nos ocupa en estos momentos, es de los que ella no desea citar.
—En tal caso, empiece por los puntos sobre los cuales miss Griffin está dispuesta a testificar.
—Muy bien, Señoría.
Hamilton Burger volvió a encararse con Elsa Griffin:
—Después de esta conversación, ¿regresó usted al motel un poco más tarde, durante la noche del seis de abril?
—De hecho, creo que era a primera hora del siete de abril.
—¿Quién la envió?

—Míster Perry Mason.

—¿Quiere decir que míster Mason le dio la orden cuando se había encargado ya de la defensa del acusado?

—Exacto.

—¿Y cuáles fueron las órdenes de míster Mason?

—Míster Mason me ordenó que buscara ciertas huellas dactilares en el pabellón doce, qué borrara después todas las huellas que pudiese haber y que le llevara las que obtuviere.

—¿Sabía usted el sistema de obtener huellas dactilares?

—Sí.

—¿Tiene usted estudios en este sentido?

—Poseo un diploma de un curso por correspondencia.

—¿Dónde obtuvo el material necesario para ejecutar la orden de míster Mason?

—Me lo entregó el propio míster Mason.

—¿Y qué hizo después?

—Cumplí las indicaciones de míster Mason.

—¿Y luego?

—Llevé a míster Mason las huellas que había obtenido, de manera que se pudieran eliminar las mías a fin de poder determinar las que había dejado la persona que durante mi ausencia había penetrado en mi pabellón.

—¿Resultó todo bien?

—Sí, eso me dijo míster Mason, quien me informó también que todas las huellas que había obtenido eran mías, con excepción de cuatro.

—¿Estaba usted en situación de reconocer las fichas en las que había esas cuatro huellas?

—Desde luego. Al obtener las huellas, las había ido fijando en fichas que luego numeré. Las fichas que llevaban las huellas significativas, estaban marcadas con los números, 14, 16, 9 y 12. Las huellas 14 y 16, procedían del pomo de la puerta de un armario del pabellón; las huellas 9 y 12, procedían del borde del espejo.

—¿Sabe dónde están ahora esas cuatro fichas?

—Sí; las tengo yo.

—¿Cómo se las ha procurado?

—Se las quité anoche a Perry Mason y, en el momento en que él trataba de recuperarlas, recurrí a la policía.

—¿Por qué no entregó a la policía esas cuatro fichas?

—No deseaba que pudiera ocurrirles algo. Ha de saber que anoche descubrí el origen de esas huellas.

—¿Dice que siguió un curso sobre este tema?

—En efecto.

—Y en aquel momento, ¿le fue posible identificar las huellas?

—Sí.

—¿Las comparó con el original?

—Lo bastante como para no albergar ninguna duda.

En aquel momento, el juez Strouse dirigió a Mason una mirada intrigada. Pero ya Burger proseguía su interrogatorio.

—Así, pues, ¿pudo usted identificar el origen de esas huellas?

—Sí.

—¿Quién es el autor de esas huellas?

—Un momento —interrumpió Mason—. Con la venia del Tribunal, deseo expresar la opinión de que esa pregunta no está formulada de modo adecuado.

—Opino lo mismo que el abogado defensor —manifestó el juez Strouse.

—Sin embargo —prosiguió Mason—, la protesta que elevo, no obedece a los motivos que tal vez supone su Señoría. Tengo la impresión de que esta testigo, pese a los estudios que ha podido hacer sobre el asunto de las huellas dactilares, y pese al diploma que ha obtenido, es únicamente lo que podríamos denominar «un experto aficionado». En consecuencia, me parece que el fiscal hubiese debido preguntarle, no quién era el autor de las cuatro huellas, sino qué puntos de semejanza había creído descubrir el testigo entre las huellas y el original.

—Se acepta la protesta —decidió el juez Strouse.

Con expresión exasperada, el fiscal prosiguió:

—En su opinión, ¿qué puntos de similitud existen entre estas cuatro huellas y aquéllas con las que las ha comparado y que pertenecen a la persona que usted supone?

Elsa Griffin irguió la cabeza; miró al fiscal y después a Mason, con ojos en los que se leía un soberano desafío; luego, volviéndose hacia el jurado, declaró con voz firme:

—En mi opinión, estas huellas presentan tantos puntos comunes con las de la persona en que pienso, que estoy en situación de

afirmar que proceden de la esposa del acusado, mistress Stewart G. Bedford.

Con sonrisa satisfecha, Hamilton Burger preguntó:

—¿Lleva usted consigo estas huellas?

—Las llevo.

—¿Y cómo puede identificarlas?

—Las fichas están numeradas —replicó Elsa Griffin—. Además, anoche firmé en el dorso de cada una de ellas para evitar todo riesgo de sustitución o de error. Hice esto por consejo del fiscal; míster Hamilton Burger quería que le dejara las fichas; al negarme, me pidió que firmara en el dorso de cada una de ellas. Después firmó él y anotó la fecha.

—Solicito del Tribunal —decidió Hamilton Burger— que estas huellas sean mostradas al jurado, como pruebas de convicción.

—Un momento —intervino Perry Mason—. Tengo la impresión, Señoría, de que me corresponde el derecho de comprobar la autenticidad de estas pruebas de convicción.

—Adelante —respondió Hamilton Burger.

—La defensa puede proceder al contra-interrogatorio —decidió el juez Strouse.

—Miss Griffin, fue anoche cuando identificó de manera positiva estas cuatro huellas, ¿no?

—En efecto.

—¿En mi despacho?

—Sí.

—¿Estaba muy excitada en aquel momento?

—Bueno…, es posible que estuviese un poco excitada, pero no lo bastante como para no poder comparar las huellas.

—¿Verificó las cuatro huellas?

—Sí.

—¿Y las cuatro pertenecían a mistress Bedford?

—Sí.

Bedford tiró de una manga del abogado y le cuchicheó:

—¡Pero, oiga! ¡Lleve cuidado! No la deje…

—Calle —ordenó Mason, rechazando la mano de su cliente. Después se levantó y, acercándose al estrado, preguntó a la testigo —: Si lo he entendido bien, sabe usted cómo se clasifican las huellas…

—En efecto.

—¿Es capaz de hacerlo por sí sola?

—Desde luego.

Mason anunció:

—Voy a darle una lupa que le permitirá examinar estas huellas.

Luego, sacándose del bolsillo una lupa muy potente, solicitó que se le entregasen varias de las huellas incluidas en el expediente del caso.

—No las del acusado —precisó—; quisiera algunas de las huellas que se encontraron en el automóvil y que no han sido identificadas.

Cuando tuvo las fichas en la mano, Mason dijo a Elsa Griffin:

—Ahora, le ruego que se fije en la prueba número 28, que lleva una huella. Voy a pedirle que la examine y que nos diga si esta huella corresponde a una de las que se encuentran en las fichas 14, 16, 9 o 12, facilitadas por usted.

La testigo hizo como que examinaba con lupa las huellas y después meneó la cabeza y dijo:

—¡No! —y añadió—: Por lo demás, es imposible, las huellas facilitadas por mí, son las de mistress Bedford; las otras proceden de una persona desconocida.

—Pero, ¿no es cierto que esa persona desconocida, por lo que usted sabe, podría ser mistress Bedford?

—No; esa persona era rubia; la vi.

—Pero, usted ignora si fue esa mujer rubia la que dejó las huellas, ¿no?

—Así es, lo ignoro.

—Entonces, hágame el favor de examinar esta huella con la mayor atención.

Mason alargó la huella a Elsa Griffin, quien la examinó rápidamente con la lupa y después la devolvió al abogado.

—Ahora —anunció Mason—, le ruego que fije su atención en la prueba número 34, y que la compare con la otra.

De nuevo la testigo realizó un examen superficial con ayuda de la lupa y después declaró:

—No, ninguna de estas huellas se parece.

—¿Ninguna? —insistió Mason.

—¡Ninguna! Le repito, míster Mason, que estas huellas son de mistress Bedford, y usted lo sabe tan bien como yo.

El abogado pareció quedar desconcertado; examinó las huellas y después miró las fichas que tenía Elsa Griffin.

—Tal vez pueda explicarme usted cómo hace para examinar una huella —le dijo—. Tomemos ésta, por ejemplo, en la ficha número 16. ¿Cuál es la primera característica que observa en ella?

—Un arco cerrado.

—Un arco cerrado —repitió Mason, con aire pensativo—. Entiendo. Ahora, ¿quiere enseñarme el lugar exacto en que aparece esta curva cerrada? Oh, ya veo. Ahora bien, esta huella que ahora le enseño y que constituye la prueba número 37, posee también una curva cerrada, ¿no es así?

Elsa Griffin miró la huella y dijo:

—En efecto.

—Ahora, volvamos a la huella número 16, que afirma usted haber obtenido en el pabellón doce, y contemos a partir de la curva cerrada: ¿Cuántas líneas contamos antes de hallar una intersección? Veamos… una, dos, tres… ocho líneas, y encontramos la intersección.

—Exactamente.

—Ahora, cojamos la huella que constituye la prueba número 37, y realicemos la misma operación… Veamos… Contamos el mismo número de líneas y encontramos la misma intersección, ¿no es así?

—Déjeme ver —solicitó la testigo.

Elsa Griffin estudió con lupa la huella y declaró:

—Bueno, en efecto, es un punto de semejanza. Harían falta varios para que estas dos huellas pudieran ser consideradas idénticas.

—Comprendo —replicó Mason—. Un solo punto de semejanza podría, desde luego, no ser más que una coincidencia.

—Es una coincidencia —le corrigió la testigo—. No lo dude.

—Perfecto. Volvamos a considerar, pues, su huella número 16, y veamos si podemos encontrar otro detalle característico.

—Aquí hay uno —contestó Elsa Griffin—, en la décima línea.

—La décima… Veamos… En efecto. Bueno, ahora cojamos la huella número 37 y veamos si puede usted encontrar el mismo detalle característico.

—No merece la pena. No lo encontrará.

—¡Espere, espere! —dijo Mason—. No se apresure usted, miss

Griffin. Está testimoniando en calidad de experta, y le quedaría muy agradecido si quisiera examinar esta huella. Cuente las líneas y…

La testigo dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Ha encontrado el mismo detalle característico? —preguntó Mason, en apariencia tan sorprendido como la testigo.

—Me… me parece que sí. ¡Alguien ha tocado estas huellas!

—Un momento, un momento —intervino el fiscal—. El asunto se vuelve grave, Señoría.

—¿Quién quiere que haya tocado estas huellas? —preguntó Mason—. Las que corroboran el testimonio de miss Griffin están en su poder desde anoche; ha estampado su firma en cada ficha. El fiscal del distrito ha hecho otro tanto. Las fichas llevan las firmas de ambos. Las otras fichas son pruebas que la acusación ha presentado y llevan el número que les ha atribuido el Tribunal.

—No importa —gritó Hamilton Burger—, aquí hay alguna estratagema. La testigo lo sabe y yo también.

—Míster Burger —intervino el juez Strouse—, le agradeceré que se abstenga de hacer tales acusaciones ante este Tribunal, a menos de estar en condiciones de facilitarnos pruebas de lo que afirma. Aparentemente, ninguna sustitución ha sido posible. Miss Griffin…

—Dígame, Señoría.

—¿Quiere examinar de nuevo estas huellas? Tómese el tiempo que le haga falta.

En tanto que Elsa Griffin examinaba las huellas, Hamilton Burger se levantó y dijo:

—Señoría, me doy cuenta de que aquí hay materia para una investigación. Se trata, una vez más, de uno de esos extraños fenómenos que ocurren cada vez que míster Mason tiene a su cargo la defensa de un acusado.

—Eso es inadmisible —manifestó Mason—. Me he limitado a contra-interrogar a este experto, o, por mejor decir, a este pseudo-experto.

Después regresó a su silla y se sentó, con las manos cruzadas en la nuca, en tanto que Elsa Griffin le lanzaba una mirada ponzoñosa. Stewart Bedford trató de murmurar algo al abogado, pero éste le impuso silencio.

Entretanto, la testigo había empezado a comparar las fichas, contando las líneas, primero en una huella y después en la otra, con

un lápiz muy afilado. En la sala reinaba un tenso silencio.

De repente, Elsa Griffin lanzó la lupa a la cabeza de Perry Mason. La lupa pegó contra la mesa de caoba y rebotó en el pecho del abogado, en tanto que Elsa Griffin, soltando todas las fichas, ocultaba el rostro entre las manos y estallaba en sollozos.

Mason se levantó. Pero el juez Strouse intervino:

—Solicito a la defensa que espere un momento. El Tribunal desea interrogar a la testigo. Miss Griffin, procure recobrar la calma. Este Tribunal desea hacerle ciertas preguntas.

Bajando las manos, la joven alzó un rostro bañado en lágrimas y preguntó:

—¿Qué desea saber?

—¿Ha llegado a la conclusión de que su huella número 16, y la exhibida bajo el número 37, fueron hechas por el mismo dedo?

—En efecto, Señoría. Pero no era así anoche; anoche era la huella de mistress Bedford. Alguien lo ha mezclado todo… y… ahora, ya no sé lo que hago ni lo que digo.

—Bueno, éste no es motivo para excitarse, miss Griffin —observó el juez Strouse—. Esto demuestra sencillamente que la mujer que el seis de abril estuvo en el pabellón dieciséis, es también la que penetró en el pabellón doce, y que fue ella la que condujo el automóvil de alquiler.

Elsa Griffin denegó con la cabeza.

—Es imposible, Señoría. Es…

Y de nuevo estalló en sollozos.

—¿Puedo sugerir al Tribunal que se retire la testigo y que las fichas con las huellas sean entregadas al experto de la policía, quien se encargará de compararlas y podrá damos rápidamente su opinión sobre el asunto? —manifestó Hamilton Burger—. Entretanto, deseo afirmar que estoy convencido de la perfecta buena fe e integridad de la testigo. Ahora deseo interrogar a Morrison Brems, propietario del motel.

En tanto que el ujier escoltaba hasta fuera de la sala a una Elsa Griffin bañada en lágrimas, Morrison Brems subió al estrado.

—Míster Brems —empezó a decir el fiscal—, ¿habló usted a esa presunta merodeadora en el momento en que salía del pabellón doce?

—Sí.

—¿La vio usted?

—Efectivamente.

—Voy a pedir a mistress Stewart G. Bedford, que se encuentra en la sala, que se levante, que se quite las gafas negras tras las que se ha disimulado desde el inicio de la vista, y que se coloque ante el testigo.

—Opóngase —cuchicheó Bedford, asustado, a Mason—. ¡Impídalo! ¡No se lo deje hacer!

—Tranquilícese —le aconsejó Mason—. De lo contrario, vamos a ponernos el jurado en contra.

—Levántese, mistress Bedford —ordenó el juez Strouse—, y tenga la bondad de quitarse las gafas.

Mistress Bedford obedeció.

—Ahora, acérquese —prosiguió el juez—, y coloqúese ante el testigo, de…

—Es ella —interrumpió Brems—. ¡Se trata de ella!

Ann Roann Bedford se detuvo bruscamente. Luego, encarándose con el testigo, le dijo con voz fría:

—Miente usted.

—Nada de comentarios —intervino el juez—. Mistress Bedford, puede volver a su sitio. Prosiga, míster Burger.

—Le cedo la palabra, míster Mason —replicó el fiscal, exultante.

Mason se irguió cuan alto era y fue a situarse ante Morrison Brems.

—¿No ha sido usted nunca condenado, míster Brems? —preguntó.

El testigo retrocedió como si el abogado le hubiese golpeado.

—¡Protesto, Señoría! —exclamó el fiscal, poniéndose en pie de un salto—. La defensa no tiene derecho a hacer esto, a menos que posea pruebas…

—¿Y si dejase contestar al testigo? —le sugirió Mason.

—Creo que desestimaré la protesta —dijo el juez Strouse—. Testigo, conteste la pregunta que le ha hecho la defensa.

—Ha prestado usted juramento —recordó Mason a Brems—. Le repito mi pregunta: ¿Nunca ha sido condenado?

El testigo pareció encogerse dentro de su traje y empezó a agitarse, inquieto. En la sala reinó un silencio absoluto.

—¿Bueno? —insistió Mason.

—Sí —repuso Brems.

—¿Cuántas veces?

—Tres.

—¿No se ha hecho usted nunca llamar Harry Elston?

El testigo pareció vacilar de nuevo y, luego, con un esfuerzo repentino y desesperado para recuperar su aplomo, declaró:

—Me niego a contestar, pues mi respuesta podría incriminarme.

—Y —prosiguió Mason— el siete de abril fue usted a ver a su cómplice, Grace Compton, que había ocupado el pabellón dieciséis de su motel, bajo el nombre de mistress Wilfred, y la golpeó porque ella me había hablado; ¿es exacto? Y no olvide, míster Brems, que yo había encargado a un detective que vigilara los menores movimientos de Grace Compton, así como las personas que la visitaban. ¿Tiene algo que decir?

—Me niego a contestar —repitió el testigo.

Consciente de la estupefacción del jurado, Mason dirigióse al juez Strouse.

—Y ahora, Señoría —declaró—, sugiero que se aplace la vista hasta que el experto pueda darnos su opinión sobre estas huellas, lo que dará a la policía la posibilidad de instruir un nuevo caso.

Capítulo 21

Stewart Bedford, Della Street, Paul Drake y Perry Mason estaban instalados en el despacho del abogado.

Bedford se pasó una mano por los ojos:

—¡Esos condenados fotógrafos, con sus aparatos! —exclamó—. Me han disparado tantos destellos a los ojos que estoy completamente ciego.

—Ya se le pasará dentro de una o dos horas —le dijo Mason—. Pero haría mejor si dejara que Paul Drake le acompañase hasta su casa.

—No será preciso —contestó Bedford—. Mi mujer está en camino hacia aquí. Dígame, Mason, ¿cómo diablos descubrió la verdad?

—Tenía ciertos indicios —reconoció Mason—. Los chantajistas sabían que le extorsionaban a causa de su mujer. Para complicarle por entero, quisieron mezclar a su esposa en el asunto. Lo que hace que Morrison Brems, personaje en apariencia respetable y propietario del motel, declaró que había visto salir del pabellón doce a una mujer desconocida.

»Cuando usted y Grace Compton salieron para ir a almorzar, Brems comprendió que era el momento oportuno de drogar el whisky y, seguidamente, de matar a Denham con su revólver, vaciar la caja fuerte que estaba a nombre de los dos y dejarle cargar a usted con la responsabilidad del crimen; tenía usted un motivo evidente: poner fin al chantaje de que eran víctimas usted y su esposa.

»Por tal razón, Brems quiso orientar las sopechas hacia su esposa. Cuando Elsa Griffin alquiló el pabellón doce con un nombre falso, Brems no se había dejado engañar. Inventó, pues, la historia de esa desconocida misteriosa que había visto salir del pabellón

doce. Dio de su esposa una descripción tan completa, tan detallada, que quienquiera que la conociese tenía que identificarla.

—Pero, veamos, Mason, fui yo quien escogió ese motel.

—Creyó que lo escogía —corrigió el abogado sonriendo. Si hace memoria, se dará cuenta de que, en un momento dado, la rubia le dijo que escogiese un motel. El primero que encontraron era destartalado. A usted no le gustó y los chantajistas lo habían previsto.

»El siguiente era el *Staylonger*, y usted lo escogió. Si no hubiese sido así, la rubia lo hubiese llevado a él de todas maneras. Lo escogió usted del mismo modo que escoge la carta que le impone el prestidigitador.

—Pero, ¿y las huellas? ¿Cómo pudo Elsa Griffin dejarse engañar de una manera tan burda?

—Elsa fue la primera en tragarse la fábula de Morrison Brems —contestó Mason—. Apenas oyó la descripción de la desconocida, estuvo segura de que su esposa había ido al motel. Estaba convencida de que su esposa, en tal caso, era la asesina de Denham. No tenía intención de manifestarlo a menos que la vida de usted corriese peligro.

»Cuando la envié a obtener las huellas que había en el pabellón doce, empleó horas en hacerlo. Tuvo tiempo sobrado, no sólo para obtener las huellas, sino también para compararlas con las suyas; y, con gran decepción por su parte, se dio cuenta de que no había conseguido obtener una sola huella que no le perteneciese. Sin embargo, estaba completamente segura de que su esposa había estado en aquel pabellón. Lo que ella hizo es perfectamente lógico, dadas las circunstancias. Siente una gran devoción por usted. A su esposa la aprecia mucho menos. Pese a las instrucciones que usted le había dado, había conservado las huellas obtenidas de la bandeja de plata. De manera que, al salir del motel, regresó a su casa, cogió esas huellas, las numeró para poderlas añadir al lote que me traía, y me lo entregó todo.

»En aquel momento sabía, sin lugar a dudas, que cuando sus propias huellas hubiesen sido eliminadas, quedarían las cuatro de su esposa. No pensaba utilizarlas a menos que la situación se volviese desesperada para usted.

»Reconozco que, durante cierto tiempo, esto me inquietó mucho,

e incluso creí que su esposa era efectivamente la desconocida visitante del pabellón doce. Después descubrí mi error.

—¿Y qué hizo entonces?

—Hice obtener las huellas de Grace Compton en su apartamento; guardé cuatro en mi caja de caudales, con los mismos números que los atribuidos por Elsa Griffin a las huellas de su esposa.

Paul Drake meneó la cabeza.

—Haciendo esto has corrido un gran riesgo, Perry —le hizo observar—. Hay una ley que prohíbe sustituir una prueba por otra.

—Desde luego —replicó Mason—, pero no he hecho tal cosa. Evidentemente, si Elsa Griffin me hubiese preguntado si estas huellas eran las que ella me había confiado, me hubiese visto en la obligación de reconocer que no. Pero no me ha hecho tal pregunta. Por otra parte, tampoco comparó verdaderamente las huellas entre sí. Habida cuenta que *sabía* que las huellas que me había entregado eran de mistress Bedford, se contentó con fingir que las comparaba y luego se apoderó de las fichas y corrió hacia la puerta, donde se las había arreglado para que la esperara el sargento Holcomb. Dadas las circunstancias, nada me obligaba a facilitar espontáneamente una explicación.

—Pero, ¿cómo diablos podía estar seguro?

—Es muy sencillo —contestó Mason—. Sabía que su esposa no podía haber dejado esas huellas en el pabellón doce, por el motivo evidente de que no había ido. Como la descripción que Morrison Brems daba de su esposa era demasiado precisa y exacta, comprendí que Brems mentía. Todos sabíamos que Denham tenía un cómplice entre bastidores; o, en todo caso, lo sospechábamos. Cuando Grace Compton fue golpeada por haberme hablado, tuve la prueba de que el cómplice existía. ¿Quién podía ser éste?

»El sospechoso más lógico era Brems; el motel suponía una facilidad para los asuntos de que se ocupaba Denham, quien, por lo demás, era copropietario del mismo. Sin duda descubriremos que ese motel constituía una importante fuente de ingresos para la pareja. Cuando personas algo sospechosas ocupaban un pabellón, Morrison Brems no dejaba de echar una ojeada a su equipaje y después, pasaba la información a Denham, quien sacaba de allí una gran parte del material para sus chantajes.

»Cometieron el error de querer operar con demasiada perfección. En su deseo de comprometer a su esposa, quisieron hacer creer que había estado en el motel. La policía no había establecido ninguna relación entre la desconocida y mistress Bedford, pero Brems tenía, sin duda, intención de colmar esta laguna antes del final del proceso.

—Pero, Mason —objetó Bedford—, ¿cómo podía usted saber que ellos mentían y que mi mujer no había ido al motel?

Mason le miró a los ojos.

—Hice la pregunta a su esposa —contestó— y ella me aseguró que no había ido.

—¿Y ha hecho usted todo eso, ha arriesgado su reputación, sólo basándose en su palabra?

Sin apartar la mirada de Bedford, Mason contestó:

—En mi oficio, Bedford, se aprende a juzgar a las personas, o, de lo contrario, no es posible hacer carrera.

—Sigo sin comprender cómo pudo adivinar que Brems tenía antecedentes penales.

Mason sonrió:

—Sencillamente, me fié de la ley de probabilidades. Hubiese sido imposible que un individuo poseedor del cerebro de Morrison Brems viviese tanto tiempo sin caer, por lo menos una vez, bajo el peso de la ley; por la misma razón, a su esposa le hubiese sido imposible mirarme a los ojos y mentirme afirmando que no había ido al motel.

* * *

Se oyó una llamada discreta en la puerta del despacho de Mason.

—Debe de ser Ann —dijo Bedford, poniéndose en pie—. ¿Cómo diablos podré agradecerle lo bastante todo lo que ha hecho por mí?

La respuesta de Mason fue lacónica:

—Muy sencillo: escriba *«GRACIAS»* bajo su firma, antes de enviarme el cheque.

Notas

[1] Hotel sin servicio de restaurante, provisto de garaje, en el que se alquilan apartamentos y situado, generalmente, en las afueras de las poblaciones. <<